

SIN VUELTA ATRÁS

JORDI SIERRA I FABRA





Primera edición: noviembre 2005

Segunda edición: marzo 2007

Dirección editorial: Elsa Aguiar
Coordinación editorial: Gabriel Brandariz
Diseño de la colección: Estudio SM

© Jordi Sierra i Fabra, 2005
© Ediciones SM, 2005
Impresores, 15
Urbanización Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
www.grupo-sm.com

CENTRO INTEGRAL DE ATENCIÓN AL CLIENTE

Tel.: 902 12 13 23

Fax: 902 24 12 22

e-mail: clientes@grupo-sm.com

ISBN: 978-84-675-0584-9

Depósito legal: M- -2007

Impreso en España / *Printed in Spain*

Gohegraf Industrias Gráficas, SL - Casarrubuelos (Madrid)

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la Ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de su propiedad intelectual. La infracción de los derechos de difusión de la obra puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos vela por el respeto de los citados derechos.

A todos los que sufrimos malos tratos en la infancia.

Esta es una historia inventada. Que no se busque relación alguna con otras que hayan sucedido con nombres y apellidos. Ningún personaje está basado o inspirado en un modelo concreto. Pero es la historia de decenas, cientos de chicos y chicas que hoy, ahora, están siendo sometidos al mismo calvario que el protagonista de la novela. Es la historia de la intolerancia, el miedo, la estupidez y el silencio.

Y es mi historia.

JORDI SIERRA I FABRA, febrero de 2005

PRIMER GRITO

La noticia

(Primera hora)

1

A lo lejos, sobre la línea del horizonte, el cielo y el mar se confundían.

El cielo era gris, denso, poblado de nubes oscuras que, a primera hora de la mañana, conferían al nuevo día un aire de melancólica lasitud. El mar era plumizo, compacto, rota únicamente su monótona intensidad por las crestas blancas de algunas olas empeñadas en destacar, como si el viento las azotase.

Pero no había viento.

Aquella calma...

El viejo Tobías contempló la distancia desde su propia distancia. Los años formaban una escalera desde la cual aquella visión tenía otros colores, otras sensaciones. Su cielo, su mar, la tierra, el acantilado, los mismos pasos perdidos de todas las mañanas de su vida más reciente.

Llenó sus pulmones de aire.

Y mientras sus ojos se inundaban de luz, su interior saboreó el aroma de la vida.

Amaba aquel silencio.

El tiempo no contaba. El paseo de todas las mañanas dependía de si hacía sol o llovía y poco más. Y si la lluvia era débil, apenas la esquiría de la humedad que provenía del mar, bastaba con un chubasquero o un paraguas para protegerse de ella. La tierra, con su mezcla de verde y negrura, desprendía racimos de energía que él absorbía como las plantas absorben la savia de la que se alimentan.

Una perfecta cadena natural.

Un paso, dos, tres, hasta llegar casi al borde del acantilado.

La pared, vertical, se alzaba unos treinta metros sobre la escasa playa tachonada de rocas. La playa de toda la vida. La playa en la que, generación a generación, los jóvenes del pueblo se habían bañado a lo largo de la historia.

Como él mismo, años y años atrás.

El viejo Tobías miró hacia abajo, en busca del recuerdo. Por allí, impregnando las rocas, flotaban los ecos de sus voces, cantos y risas, los primeros besos de aquellos veranos perdidos aunque nunca olvidados, la memoria del pasado. La playa y el acantilado siempre habían sido uno de los sellos distintivos del pueblo.

Su casa de toda la vida.

La conocía palmo a palmo, hueco a hueco. Casi granito de arena a granito de arena. Era la imagen constante y eterna de todas sus mañanas, de todos sus paseos frente al mar. Una pintura móvil.

Por esa misma razón capturó la anomalía.

Lo extraño.

La mancha rojiza destacaba de una forma antinatural en la playa, junto a las tres rocas gemelas y al pie del acantilado.

El viejo Tobías aclaró la vista. La tenía buena, por lo menos de lejos. Otra cosa era leer el periódico o un libro. Para eso sí necesitaba gafas. Pero aunque la distancia no era excesiva, la forma rojiza sí se le antojó difícil.

Parecía un cuerpo, y aquello era absurdo.

Miró hacia atrás. Estaba solo. La silueta del pueblo se recortaba a lo lejos, incrustada en el perfil de las montañas que lo aprisionaban cerca del mar. Nadie en el sendero.

Volvió a centrar su atención en la mancha rojiza.

Una chaqueta, una prenda de abrigo...

El mar devolvía siempre lo que se le echaba, pero no en un día como aquel. Todo había estado en calma la noche pasada, y también los días anteriores. Así que aquello...

La figura humana se le hizo más y más concreta.

—No —suspiró ante el grito de su instinto.

Echó a andar hacia su izquierda. El camino que descendía en dirección a la playa era seguro, amplio. Veinte años atrás incluso se había colocado una barandilla en los dos tramos más pronunciados, y se le dio consistencia a los escalones naturales, cimentándose piedras en ellos para no resbalar y afianzarse en los días de mal tiempo. Sus pasos, sin embargo, fueron inquietos, más y más inquietos a medida que su corazón empezó a latir de aquella forma tan acusada y antinatural, en tanto que la certeza se abría paso en su ánimo.

—Otra vez, no —suspiró de nuevo.

El camino desembocaba en la playa tras una larga curva que lo suavizaba aún más en su proximidad. El viejo Tobías pisó la arena con la sensación del reencuentro. Allí sí se escuchaba el mar, el beso de las olas, el dulce deslizar del agua en la orilla en su eterno ir y venir. Se movió con pesadez al hundírsele los pies y tuvo que afianzar el bastón para no caer. Las tres rocas gemelas

rezumaban humedad. Parecían los restos de un monolito ancestral.

Quizás en otro tiempo lo hubieran sido.

El cadáver se le hizo visible a los pocos pasos.

La forma rojiza era la de su cazadora.

No era la primera vez que veía algo como aquello, así que cuando miró hacia la cumbre del acantilado no se hizo más preguntas. El cuerpo estaba roto, quebrado, adoptando una forma absurda sobre la arena y las rocas. La sangre aún brillaba, pero se hundía en el suelo igual que una raíz en busca de una vida que ya nunca volvería. Cuando superó el choque, la brutalidad de la verdad, se movió hacia la derecha, en busca de aquel rostro todavía invisible.

El viejo Tobías ahogó un gemido.

Cerró los ojos, porque los del muerto seguían abiertos, orlando una mueca de estupor no superada con la agonía final, y luego venció el agarrotamiento muscular, aunque su corazón no dejó de latir, como si una feroz arritmia se hubiera apoderado de él, hasta que consiguió reaccionar.

Echó a correr, en la medida de sus posibilidades, para subir de nuevo por el camino y llegar al pueblo cuanto antes.

2

Miguel Ángel se detuvo al llegar a las inmediaciones del instituto.

A veces, unos pocos metros representaban la mayor de las distancias.

Miró arriba y abajo de la calle. Nada. Los últimos chicos y chicas entraban por la verja aún abierta en el muro. Faltaban apenas un par de minutos para que se cerrara, dejando fuera y con el problema a cuestas a los que llegaban tarde.

—¿Dónde estás? —susurró por lo bajo, revestido de angustias.

No podía estar dentro. Eso seguro. Se daban un poco de fuerzas el uno al otro. Así que todo dependía de él. Si no entraba, se la ganaba. Si lo hacía y ellos estaban esperándole...

Miguel Ángel se mordió el labio inferior hasta hacerse daño.

Un minuto.

Vio a dos de su clase apretando el paso. Pensó en alcanzarlos. Casi al instante se dijo que no valía la pena. Era un esfuerzo inútil. Nunca habían roto una lanza a favor suyo o de Jacinto. Siempre eran espectadores mudos, temerosos. A veces incluso sonreían.

Ellos también cruzaron la verja.

—Vamos, Jacinto... —gimió asustado.

Se acercó al muro, despacio, pero era imposible ver nada desde el exterior. Solo cruzando la puerta podría saber si ellos estaban allí. Las pintadas exteriores hablaban de paz y amor, con escenas y motivos muy variados. *Graffitis* llenos de color envolviendo el perímetro del instituto. El edificio, de tres plantas, conservaba su sabor añejo, el tono de las construcciones viejas, como la iglesia, la alcaldía o algunas casas de la plaza Mayor.

Para Miguel Ángel era la cárcel.

Se arriesgó. No le quedaba otra opción. Echó a correr desde unos diez metros de la verja y pegado al muro. Cada paso marcó una aceleración de su corazón. Cada morado de su cuerpo le recordó el dolor tanto o más que el miedo que lo dominaba. Atravesó la puerta como una exhalación.

Aunque no tanta como para eludirlos.

Se los encontró casi de cara, como si supieran perfectamente el momento de su aparición, como si el muro hubiera sido transparente para ellos. La sorpresa le restó una simple fracción de segundo.

Suficiente.

No consiguió esquivarlos. No a los cuatro. Uno le lanzó el pie. Fue suficiente. Tropezó con él y cayó al suelo, de bruces, con la mochila igual que una joroba en la espalda. Su gatear para incorporarse de nuevo fue desesperado. Terminó cuando dos piernas le interceptaron el paso. Entonces alzó la cabeza, esperando el golpe.

Esta vez no llegó.

—Buenos días, gordo —escuchó la voz de Salva.

Siempre Salva.

No se enfrentó a ellos, sólo les miró. Segis y Cafre estaban a ambos lados. Alan cerraba su imposible retirada. Salva sonreía de aquella forma tan especial. Decían que tenía un aire satánico. Decían.

—Va a sonar el timbre —dijo Alan.

Era una advertencia inútil.

—¿Dónde está el mierda? —le preguntó Salva inclinandose sobre él.

Si no respondía, siempre era peor.

—No lo sé.

—¿No lo sabes?

—No.

—Yo es que tengo la mano tonta, y si no le sacudo a él... te toca a ti —Salva extendió su mano derecha por delante y la estudió por ambos lados antes de hacer con ella un gesto rápido en dirección a Miguel Ángel.

El chico se encogió por puro instinto.

—Vamos, gordo, ¿dónde está esa nenaza? —insistió Salva.

—No lo sé, os lo juro —estaba a punto de echarse a llorar.

—Vaya, pues es una pena —Salva miró a sus compañeros—, ¿verdad, tíos?

Segis y Cafre asintieron con la cabeza. A Alan no le veía.

Miguel Ángel esperó el primer golpe.

Entonces sonó el timbre del instituto y, junto a él, escucharon una voz adulta, recia.

—¡Eh! ¿Qué pasa aquí?

Salva reaccionó rápido. Le bastó con ver las caras de sus camaradas. Extendió la mano hacia Miguel Ángel y, atrapándole por la mochila, tiró de él.

—Este, que se ha caído —dijo con el mayor de los desparpajos.

Miguel Ángel quedó en medio de ellos. La mano de Salva, tras ayudarlo a incorporarse, pasó por encima de sus hombros. Sintió el frío aliento del diablo en sus huesos. A un par de metros, el profesor Osvaldo mantenía el ceño fruncido. El timbre dejó de sonar.

—¿Estás bien, Gara?

—Sí —se apresuró en responder Miguel Ángel.

El hombre los barrió con una mirada críptica. Se detuvo en los dos personajes centrales. Fue de la sonrisa de superioridad de uno al expresivo pánico del otro. Vaciló un segundo.

No más.

—¿Queréis meteros en clase de una vez? —masculló con fastidio el maestro.

Miguel Ángel no esperó más. Se soltó de la mano de Salva y echó a correr. Atravesó el patio en un tiempo récord y se sumergió de cabeza en el instituto. Tanto que casi se llevó por delante a uno de los pequeños, un chico de unos diez años llamado Isaías Bermejo.

Estaba llorando, o por lo menos tenía los ojos húmedos y enrojecidos.

Sostenía sus gafas rotas en la mano.

Fue un rápido intercambio de miradas. La de Miguel Ángel, aún despavorida, como si por detrás estuvieran a punto de aparecer los Cuatro Jinetes del Apocalipsis. La del niño, llena de rencor.

Mucho rencor.

Miguel Ángel pasó de él para seguir corriendo en dirección a su clase.

3

Cipriano Galindo supo que no sería un día tranquilo en cuanto escuchó las voces procedentes de la calle.

Había dormido mal, con retortijones, con cierta ansiedad recogida en cada duermevela, soñando estupideces propias de su agitación. Y, además, se trataba de sus pesadillas más recurrentes, la del ascensor que no se detenía al llegar al último piso, la de la escalera que desaparecía, hasta hacerse tan angosto el paso, que se veía obligado a reptar por el suelo con el pánico añadido de quedarse atascado, la del campo de fútbol cuya localidad daba a una tapia y le impedía ver el partido. Toda su colección de inquietudes, aderezada con la imposibilidad de correr, con lo cual tenía que hacerlo a cuatro manos, asiendo los pliegues del terreno con los dedos para afianzarse y conseguir una mínima progresión.

Ahora, los gritos.

En un pueblo tan pequeño, gritos en la mañana sólo significaban una cosa: problemas.

—Mi sargento... —escuchó la voz de Morales cuando ya se disponía a salir, tricornio en mano.

Tampoco tenía nada de extraño que los problemas surgieran aquel día. La Ley de Murphy lo decía bien claro. Justo una jornada en la que estaba solo, al mando, con el teniente en la capital...

Tobías Maldonado era uno de los habituales del bar de la plaza, buen jugador de dominó, un hombre recio, de mirada fija, mandíbula firme. No daba problemas, aunque tenía sus ideas y no eran precisamente amables. Un radical amparado en su edad. A su hija la conocía menos, de vista. Era una mujer fornida, gritona.

Justo lo que hacía en ese momento: gritar.

—¡Está muerto! ¡Muerto! ¡Vengan corriendo! ¡Abajo, en la playa, al pie del acantilado!

Un muerto era más de lo que podía imaginar.

—Cálmese, por favor...

—¿Que me calme? ¡Pregúntele! —señaló a su padre, enrojecido por la más que posible caminata a paso vivo—. ¡Él se lo acaba de encontrar, Santo Dios!

Cipriano Galindo sí mantuvo la calma frente a la tormenta y los curiosos. Sebastián Morales le lanzaba miradas de recelo. El número no llevaba ni dos meses en el pueblo, estaba tierno. De momento, todo había sido como una balsa de aceite. A él le dio por pensar en Laura.

Se casaba en tres semanas.

Se casaba y se iba. A Madrid.

—Pasen —les dijo al señor Tobías y a su hija, viendo que la gente empezaba a arremolinarse a su alrededor.

—¿Para qué vamos a pasar? —objetó ella—. El muerto sigue allí. ¿No hay que avisar a una ambulancia?

—¿Señor Tobías?

No hizo falta que le preguntara.

—Está muerto, sí —logró decir el hombre con ojos vacuos.

—¿Le ha tomado el pulso?

—Coño, sargento, no hacía falta. Está reventado.

—¿En la playa?

—Al pie del acantilado.

No hacía falta decir mucho más.

Siempre el acantilado.

—¿Sabe de quién se trata? —volvió a preguntar Cipriano Galindo.

La respuesta no se la dio el señor Tobías, sino su hija. Era como si la esperase, para estallar, para convertirse de nuevo en el centro de la atención popular. Su voz los dominó a todos, mitad histérica mitad rota por

la emoción que, de pronto, la embargó de arriba abajo, igual que una esponja absorbiendo sus fluidos vitales antes de catapultarlos hacia el exterior.

—Es el crío de la Fernanda, ¿verdad, padre? ¡El Jacintito! ¡Es el Jacintito, pobrecito él!

4

Cecilia no podía apartar los ojos de la silla vacía.

Era incapaz de escuchar a la señorita Manuela. Las palabras de la maestra pasaban por encima de ella y se perdían más allá de sí misma. El peso de aquella ausencia la dominaba, hacía encoger su alma, su estómago, su mente. Sentía una bola de plomo en su garganta y una mano muy fría agarrotándola.

Tuvo que volver la cabeza para mirar a Miguel Ángel, sentado tres filas más atrás y justo por detrás de él. Logró que el chico le devolviera la mirada al segundo intento.

Entonces, hablaron en silencio, a lo largo de un momento.

Sus ojos se lo dijeron todo.

Es decir, nada.

Cecilia recuperó la vertical.

La señorita Manuela hablaba con su tono cadencioso, lento, deliberadamente pausado. Nunca sabían si era para que pudieran seguirla en sus explicaciones o si más bien se trataba de su peculiar forma de dar las clases. Su minuciosidad quedaba aún más patente cuando escribía en la pizarra, con aquella letra tan clara y elegante, llena de curvas y armonías.

La letra de alguien que amaba las palabras.

—...por lo que en cada texto tenemos lo que nos dice el autor, lo que no nos dice y lo que nosotros mismos entendemos. De manera que lo más importante es...

La bola de papel impactó en la nuca de Cecilia. No le hizo daño, fue un golpe blando, pero sí la asustó. Mientras la pelotita caía al suelo y rodaba en dirección al entarimado, ella volvió la cabeza otra vez.

Sabía a quien mirar.

Salva y Segis disimulaban. Alan escribía algo, al parecer ajeno a la maniobra, porque no se aguantaba la risa como ellos. Cafre, en cambio, la miraba con fijeza.

Hubo un murmullo.

Roto por la tensión de la profesora.

—¿Y ahora qué?

No era una novata. Le bastó con ver la escena y leer en sus rostros y en sus gestos. Cecilia Torralba, como un tomate, Salvador Mateos y Segismundo Garrido, disimulando fatal, Carlos Freser, siempre un segundo por detrás de ellos...

La bola de papel se quedó quieta casi a sus pies.

—¡Ya! —apretó los puños al límite—. ¡Ya!, ¿de acuerdo?

Su ira dominó el silencio.

Cecilia bajó la cabeza. Contuvo sus ganas de llorar, más producto del miedo que a causa del enfado de la profesora.

Porque la silla vacía se agigantaba más y más en su ánimo.

—Freser, recoge eso —ordenó Manuela Giner.

—¿Yo? ¿Por qué?

—¡Porque te lo digo yo!

—Pues vaya —continuó en su asiento—. No es justo.

—¿Quieres que te diga lo que es y no es justo?

El chico, el más alto y cuadrado de toda la clase, lanzó una mirada envenenada a sus dos compañeros. Salva y Segis se la devolvieron, y también Alan, en el otro extremo del aula. Finalmente, se levantó y condujo su corpachón hasta la tarima. Recogió la bola de papel y se quedó con ella en la mano sin saber qué hacer.

Hubo algunas risas más.

—¡He dicho que ya! —gritó con más fuerza Manuela Giner.

—¿Qué hago con esto? —preguntó el muchacho.

—¿Qué tal si lo echas a la papelera?

—Ah.

La arrojó desde donde estaba. Se la jugó deliberadamente, pero tuvo suerte. Fue un enceste limpio a casi tres metros de distancia. Alguien dijo «¡Gasol!» en voz muy baja aunque todavía audible.

—Vuelve a tu sitio, Freser —ordenó la maestra.

Había nombres repetidos, así que se usaban los apellidos, por lo menos en clase.

Cafre la obedeció, envalentonado por su última acción.

—¿Podemos continuar? —preguntó Manuela Giner.

Cecilia intercambió una última mirada con Miguel Ángel.

¿Por qué una ausencia era más notoria y gigantesca que toda una clase junta?

5

Manuela Giner observó los movimientos de Carlos Freser regresando con lentitud a su puesto. Sabía de sobra que ellos le llamaban por su apodo, Cafre, resultante de unir las dos sílabas iniciales de su nombre y apellido, pero también del talante y la personalidad de su alumno.

Los instigadores eran siempre ellos.

Salvador Mateos, su sombra, Segismundo Garrido y el inteligente pero sobrado Alan Gao.

«Ellos».

Aunque fuera demasiado fácil resumirlo en una sola palabra, siempre impersonal y vacía.

Como en otras ocasiones, demasiadas ya, se sintió agotada. Tanto como furiosa. La impotencia era un cán-

cer capaz de minar una resistencia semana a semana, día a día, hora a hora y minuto a minuto. Igual que el ejército sitiador de una plaza, bastaba con dejar pasar el tiempo para que los resistentes fueran debilitándose por la falta de alimentos y de agua. No hacía falta luchar. Sólo esperar.

Y el cáncer avanzaba.

Tan rápido.

Tan pronto.

Se sentía demasiado joven para ceder.

Y ya vieja para luchar.

Vieja a los treinta años.

Primero solía decirse que los lunes eran malos. El segundo peor día de la semana. Los viernes se llevaban la palma, con la inmediatez del fin de semana disparando sus adrenalinas. Ahora ya no se trataba de un día concreto. La degradación aumentaba, le ganaba el terreno a cuanto se le pusiera por delante. Se habían roto las medidas, los límites.

El libro que sostenían sus manos empezó a pesarle. Jamás lo hubiera dicho. Para ella un libro era la máxima felicidad, la llave de todas las maravillas. Mundos fascinantes, personajes que adquirían forma en su mente y en su corazón, historias que la emocionaban y la hacían reír, llorar, pensar... Sin embargo, para muchos de ellos aquello no significaba nada. Libro equivalía a «cultura», «estudio». Se negaban el aire del alma, el alimento del espíritu. Y no eran los nuevos tiempos.

Eran «ellos».

Salvador Mateos, Segismundo Garrido, Carlos Freser y Alan Gao.

A veces no sabía si era mejor suspenderlos, para que aprendieran una mínima lección, o aprobarlos, para perderlos de vista y quitárselos de encima. Y al diablo su ética profesional. Al diablo con todo, empezando por los cuatro. De cualquier forma, tanto les daba aprobar o

suspender, repetir curso o no. Se lo pasaban por el foro. Alan Gao tal vez no. Tenía esperanzas. Era demasiado listo. El único con perspectiva. Pero los otros tres... Ninguno iba a seguir estudiando. Ninguno veía un futuro más allá del pueblo y del trabajo que les esperaba en un par de años. Aún sin olvidar la ley, se preguntaba qué estaban haciendo allí.

Contaminando al resto.

Y aquella mañana...

Fuere lo que fuere, flotaba en el ambiente.

En los ojos extraviados de Cecilia Torralba, en el miedo de Miguel Ángel Gara, en el desafío de Salvador Mateos...

No quiso apartar la mirada.

Aquella sonrisa burlona, aquella superioridad.

Todos sus sueños de maestra despedazados por una guerra perdida.

—¿Puedo seguir? —les preguntó.

Nadie tomó la palabra.

Otro lunes. Otra clase. Otra impotencia.

—Como estaba diciendo —retomó el hilo de sus palabras—, en toda historia encontramos...

6

Cipriano Galindo no se atrevió a tocar el cadáver.

Salvo comprobar su temperatura corporal.

Aún cálida.

Miró el rostro del chico, vuelto hacia él, con el cuello roto, o desencajado, de manera que la postura resultaba grotesca. La parte de la cabeza que había impactado contra la roca se veía deforme, como si hubiese estallado. La caída desde lo alto del acantilado había sido de cara. Daba la impresión de que las rocas lo hubieran absorbido. El tronco se expandía hacia los lados. Las piernas

debían de estar machacadas. El pie izquierdo colgaba en una posición imposible.

—¿No le va a cerrar los ojos? —preguntó la hija del señor Tobías.

—No.

—¿Por qué?

Utilizó sus galones. Deslizó una rápida mirada hacia Morales y este reaccionó como se esperaba de un buen número de la guardia civil.

—Aquí ya no hay nada que ver —anunció—. Por favor, retírense y vuelvan a sus casas. Por favor...

Nadie se movió.

Así que tuvo que empujarlos.

Algunos seguían llorando. Otros hundían sus sorpresas en la escena. Todos sabían que eran testigos de la historia. Vivían en un pueblo. Siempre, había un antes y un después para según que cosas.

Y aquella era una de ellas.

—Pobre chico.

—¿Cómo se habrá podido caer?

—Y justo aquí, en el acantilado.

—Habría que volarlo de una vez.

—O poner una barandilla.

Cipriano Galindo se acercó un poco más al cadáver. El mar no llegaba hasta allí. Y la humedad ambiental no era tanta como para haber entumecido el cuerpo. De cualquier forma, las huellas de los senderos que fluían de los ojos del chico no parecían ser otra cosa que lágrimas.

Cauces abiertos en una piel violentamente roja.

Brillando en la despedida.

Levantó la cabeza y miró la pared vertical que ascendía rumbo al cielo, todavía demasiado plomizo y compacto como para que los rayos de sol penetraran a través de las nubes. La última vez que alguien se había arrojado por el acantilado él acababa de llegar al pueblo.

Ahora se disponía a dejarlo.

¿Casualidad?

Como si alguien escuchara sus pensamientos, recuperó el eco de una de las voces.

—¿Os acordáis de la Enriqueta?

Y a continuación, otras.

—Cayó allí, un poco más lejos.

—Pero ella estaba enferma.

—No estaba enferma. Estaba embarazada. Bien lo sabía el Juan de la tía Francisca.

—Morales, lléveselos —ordenó él.

Esperó a que los apartara un poco más allá. Luego se resignó. Protegido con un guante de látex introdujo los dos dedos de la mano derecha en el bolsillo izquierdo de la cazadora del muerto. No encontró nada. Para hacer lo mismo en el otro bolsillo hubiera tenido que mover el cuerpo, así que se abstuvo.

Volvió a mirar el acantilado.

Un chico de catorce años no era tan estúpido como para tropezar y caerse.

—¿Y si le han empujado? —gritó todavía alguien más.

Cipriano Galindo no era el mejor guardia civil del mundo, ni siquiera un policía avezado.

Pero si de algo estaba seguro, por años de trabajo, por instinto, por pequeños grandes detalles como aquellas lágrimas, la postura y el lugar de la caída, era que a Jacinto Quesada no le había empujado nadie.

7

Lo primero que notó al entrar en la habitación de su hijo mediano fue el orden.

Y eso le hizo abrir los ojos.

Sorprendida.

Tenía que haberlo hecho antes de ir a la escuela, por

fuerza. O antes de acostarse. La tarde anterior la habitación era la misma leonera de siempre, con ropa tirada por el suelo, la mesa convertida en un caos, libros, libretas, discos y un largo etcétera atiborrándola, la cama por hacer, ya que los días de fiesta eso era cosa suya, el olor a pies sudados y a lugar cerrado...

Ahora en cambio...

Jacinto nunca hacía las cosas por sí mismo. Había que gritarle, ordenárselo.

Su madre contempló aquel nuevo horizonte.

Se quedó quieta en mitad de la habitación, perdidas las alas, el ímpetu con el que había entrado dispuesta a pelear con la adversidad. El lugar era una isla.

Destilaba paz.

De sus tres hijos, sin duda Jacinto, el mediano, era el más trasto, capaz de romperlo todo, perderlo todo, poner al límite sus paciencias, la de ella y la de su padre. Le decían que era inteligente, muy sensible, con una enorme capacidad, y que si estudiaba una carrera saldría para adelante, pero los que le decían eso no le conocían como ella ni vivían en su misma casa. En el último año, Jacinto se estaba volviendo más y más extraño, casi un desconocido. Apenas hablaba, se encerraba en su habitación, y a ella más que a nadie le costaba entender su comportamiento, sus reacciones.

Sus silencios.

¿Por qué tantas diferencias entre Patricio, Jacinto y Cosme?

Se sentó en la cama unos segundos, dispuesta a disfrutar de aquella sensación de paz. No tenía que recoger nada. Un milagro. Bueno, la cama no estaba hecha, sólo estiradas las sábanas y la colcha, pero bastaba. No tocaría nada, y así a mediodía o por la noche él comprobaría que lo había hecho bien, y que eso bastaba.

Tal vez fuese el primer paso de una nueva responsabilidad.

¿Cuándo se perdía la adolescencia?

Ya no podía recordarlo. Se le antojaba que hacía un millón de años que ella había dejado de ser joven.

Se disponía a salir de la habitación, dando por terminada aquella pausa gratificante, cuando vio el sobre en la mesita de noche, apoyado junto a la lámpara.

En la parte frontal destacaba una sola palabra: «Mamá».

Se puso en pie, dio los dos pasos que la separaban del sobre y alargó la mano para tomarlo, con el ceño fruncido. En el momento de extraer la carta del interior lo único que pudo leer fueron dos palabras: «*Lo siento...*».

Los gritos procedentes de la calle, súbitos, dramáticos, y por encima de todo, el eco de su nombre flotando en ellos, como un zarpazo de mal agüero, hicieron que el sobre y la hoja de papel resbalaran de sus manos.

—¡Fernanda! ¡Fernanda!

—¡Ven, tu hijo...!

—¡Oh, Fernanda, pobrecillo...!

Sobre y carta llegaron al suelo casi en el instante en que ella salía a la carrera por la puerta de la habitación de Jacinto.

8

Salva no dejaba de hacerse la pregunta.

Miraba la silla vacía, el hueco abierto en mitad de la clase, y sentía esa ausencia con rabia, con más furia de la que experimentaba cada vez que lo tenía delante.

Algo que ni los golpes ni las palizas conseguían menguar.

El pobre idiota...

—¿Dónde estás, mierda? —musitó por lo bajo.

Ni siquiera sabía de dónde salía aquel odio. Y le importaba poco saberlo. La vida era instinto. Y el ins-

tinto es primario. De la misma forma que uno podía perder la cabeza por una chica en unos segundos también podía querer aplastársela a un imbécil. A todos los imbéciles que pululaban por aquí y por allá.

Se imaginó a Jacinto en casa, fingiéndose enfermo, retardando lo inevitable, escudándose en las faldas de su madre. Y se lo imaginó temblando, llorando.

Aunque nunca lloraba cuando le sacudían.

Se lo aguantaba, el muy cabrón.

¿De qué iba a servirle un aplazamiento? Si no daba la cara, peor para él. Los lunes la ración era doble, por lo del fin de semana. Los lunes...

Intentó concentrarse en la clase. La señorita Manuela no dejaba de lanzarle miradas. Al comienzo, un año antes, le gustaba. Era de formas suaves, delicada, una verdadera princesa con cara de ángel. Casi estuvo tentado de estudiar la asignatura y leer los libros que ella le pedía. Luego reaccionó y mantuvo su orgullo. La venda se le cayó de los ojos. A fin de cuentas no dejaba de ser una maestra, una pobre, desgraciada e infeliz maestra de pueblo, tan insignificante como cualquier otra. No merecía la pena.

No merecía que él perdiera el tiempo.

¿Cervantes? La madre que lo parió. ¿Qué le importaba Cervantes y su maldita novela escrita cuatrocientos años antes? ¡Que le dieran mucho a Cervantes! El muy cabrón perdía un brazo y se ponía a escribir en lugar de vivir del cuento. Así que si eso no era estar loco...

El partido sí era importante.

Lo primero, darle una patada en la boca al Esteban, para marcar territorio. Todo lo más, el «cagueta» del Nacho le enseñaría una tarjeta amarilla. Pero el Esteban ya no tendría ganas de acercarse al área en lo que quedaba de partido, de eso seguro. Después ya se encargarían ellos de...

Los ojos de la señorita Manuela, de nuevo fijos en él.

«¿Qué miras, tía?», le gritó mentalmente.

El hueco del lugar que ocupaba Jacinto formaba una especie de isla entre los dos.

La profesora siguió hablando.

Cervantes, «El Quijote», bla-bla-bla.

Salva miró a su izquierda y Segis le devolvió la sonrisa.

9

Habían intentado separarlos, obligarlos a sentarse uno en cada extremo de la clase, pero ellos no eran como los demás. Cafre no había tenido más remedio que obedecer, porque todo lo que tenía de grande lo tenía de estúpido, y Alan, a veces, se limitaba a verlas venir y esquivarlas, sin más, siempre con aquella especie de sangre fría por bandera. Pero ellos dos no. Ellos eran Salva y Segis, o Segis y Salva.

Siempre ellos.

Uña y carne.

Segis mantuvo la sonrisa dirigida a su compañero hasta que este fingió interesarse de nuevo por la clase y las explicaciones de la señorita Manuela.

¿Qué podía esperarse de una tía que daba clases de lengua y literatura y amaba los libros?

Segis suspiró y se dejó caer hacia atrás, apoyando la espalda en el respaldo de su silla. Estiró las piernas todo lo que pudo y, aprovechando que ella miraba hacia el otro lado, se desperezó. Estuvo a punto de gemir de placer pero evitó la provocación. Los lunes siempre eran raros. A lo peor la maestra había tenido un mal fin de semana y la tomaba con él. Y no es que le preocupara. Pero fastidiar por fastidiar... Mejor hacerlo a conciencia y en los momentos adecuados.

En clase de Matemáticas, por ejemplo.

El profesor Venancio sí era el perfecto monigote.

Segis dejó de escuchar, de ver, de sentir. Al diablo el instituto. Al diablo la pesadilla. ¿Qué estaba haciendo allí? ¿Por qué transcurría el tiempo tan despacio? Parecía anclado en el mismo sitio desde hacía una eternidad. De lo único que tenía ganas era de terminar con aquel mal rollo, pasar de los libros y ponerse a trabajar, para ganar pasta, para vivir, para...

Como si saber algo del soplapollas de Cervantes ayudase a que los tomates crecieran antes o salieran mejores.

Cervantes y todos los que se empeñaban en dar la vara escribiendo.

La voz de la señorita Manuela flotaba por encima de sus cabezas.

—Nosotros estamos hechos de letras, de palabras, de historias. Somos lo que hemos leído, venimos de lo que otros han sido y han vivido y luego nos han dejado escrito. Por esta razón «El Quijote» es tan importante, porque nos ayuda...

Segis paseó una mirada por la clase. La silla vacía de Jacinto era un grito silencioso. Se fijó en Cafre, que en ese momento se estaba hurgando la nariz con mucho empeño. Consiguió su objetivo, hizo una pelotilla y la impulsó hacia arriba con los dedos pulgar y medio de su mano derecha. La porquería fue a caer sobre la cabeza de Lucas, que ni se dio cuenta de ello. Un poco más allá estaba Alan.

Segis siguió su mirada.

Fija en el perfil de Cecilia, la amiga de Jacinto.

10

¿Cuánto hacía que...?

Ni siquiera lo sabía. Era algo que había surgido de forma natural, imprevista. Quizás durante el verano. Tal vez al regresar a la escuela. La gente cambiaba.

Cecilia había cambiado.

Alan deslizó su mirada como un manto, cubriéndola, llenándose de ella, cabeza, cuerpo, manos... Pero luego fue como si sus ojos la siluetearan, recorriendo los detalles, el perfil, deteniéndose en cada pequeña inflexión física. Vio la frente abierta, la nariz pequeña, acabada en punta; los labios formando un sesgo rosa, elevado el superior, carnosos el inferior, bien dibujados y formando una armónica estructura sobre la barbilla y los pómulos tan marcados como redondos. Siguió por el pelo, largo, libre y sedoso. Continuó con las manos, tan cuidadas como suaves. Y regresó a los ojos.

Tristes.

Aquella mirada perdida que nunca se había posado en él.

¿Qué dirían los otros, Salva, Segis y Cafre, si supieran que le gustaba Cecilia Torralba? ¿Qué pensarían? Para ellos no era más que una niña. Él la veía como una mujer. Su cuerpo ya había cambiado, tenía todos los atributos y dones capaces de despertar sus instintos. La edad no importaba. Ya no. Ni tampoco que fuera buena estudiante, una listilla, una sabelotodo.

Y amiga del mierda.

Alan se sintió inquieto.

¿Por qué alguien como Cecilia se fijaba en un infeliz como Jacinto Quesada?

¿Qué sentido tenía algo así?

Antes, para él, a pesar de la manía que le profesaban los otros tres, no era más que eso: un infeliz, del montón. Pero después del verano, en el nuevo curso...

Cecilia no era la misma.

Y él tampoco.

Salva se reiría. Segis le diría que «las tías sólo sirven para complicar la vida antes y después de montártelo con ellas». Y Cafre... Bueno, Cafre no pensaba, sólo actuaba. Era la caballería y la infantería, todo junto.

La cosa siempre estaba entre ellos dos, Salva y Segis, y él.

Decían que era frío, cerebral.

No tenían ni idea.

Sus amigos.

Continuó mirando a Cecilia, la manera en que respiraba, como subía y bajaba su pecho ahora vivo y turbadoramente femenino, las formas de sus piernas, prisioneras de los vaqueros, y de nuevo las manos.

Tanta ternura.

¿La misma ternura que mostraba por el hecho de que Jacinto fuese débil? ¿Era eso? ¿Detrás de toda chica latía una madre?

El murmullo de unas risas le hizo reaccionar y centrarse en lo que pasaba a su alrededor. La señorita Manuela había dejado de hablar. Todos miraban a Cafre.

—Freser... —suspiró la profesora—, ¿quieres dejar de hacer eso?

—¿El qué? —masculló él con aquella cara de pasmo tan eterna como la Luna.

—Ya lo sabes.

—No, no lo sé.

—Ya vale, ¿de acuerdo?

No respondió. Sus ojos y los de la señorita Manuela establecieron un combate sin vencedor ni vencido. En los de ella latía la tristeza mezclada con la rabia y la frustración. En los de él sólo la resignación.

—¿De acuerdo? —repitió la profesora.

11

—De acuerdo —se vio obligado a decir.

Todavía tenía entre los dedos de la mano la última pelotilla que se había sacado de las fosas nasales. La dejó caer al suelo sin más, por si las moscas. Pero cuan-

do la señorita Manuela reanudó lo que estaba diciendo le sacó la lengua, infantilmente.

Luego buscó la complicidad de Salva y Segis.

El primero le guiñó un ojo. El segundo subió la comisura izquierda de sus labios.

Cafre suspiró con fuerza.

La voz de la profesora continuó siendo un murmullo ahogado por su propia indiferencia. Ella hablaba y hablaba, y él, por más que escuchase, en el fondo se quedaba igual, en blanco. No entendía nada. Por lo tanto, ¿para que escuchar? El resultado era el mismo. Y tampoco es que le fuera fácil concentrarse. Los mayores se preocupaban mucho y muy en serio de fastidiarles la existencia. Y lo hacían justo en el peor momento, en la parte que más necesitaban para disfrutar.

La vida no era justa.

¿A quién le importaba lo que otros hubieran escrito?

Cervantes no estaba allí, en el pueblo, en las tomateras. Cervantes sólo había escrito un libro y se había quedado descansado, el hijoputa. ¿Quién decidía que aquello era bueno? ¿Por qué tenían que seguir en la maldita escuela hasta una edad? ¿Qué clase de libertad era esa?

Volvió a reinar el silencio. Todos estaban abriendo sus libros.

Y la profesora demostrando que seguía teniéndole manía.

—Freser, ¿has leído el capítulo que te dije?

Pensó que mentirle era una tontería. Y, además, una concesión.

—No.

—¿Por qué?

—Porque está lleno de palabras raras que no entiendo.

—Si leyeras más las entenderías —la frase no era nueva, la conocían de sobra.

—Si leyera más me volvería tonto.

—Freser, no seas bobo, por Dios —suspiró ella con más y más cansancio.

—Mi padre dice que a los que leen, de tanto estar sentados sin moverse, se les atrofia el pito.

La carcajada fue casi general. Cafre hinchó el pecho. La profesora era una, pero ellos eran todos. Las risas le hicieron fuerte.

—¿Queréis callaros? —tuvo que gritar la maestra para imponer el orden—. ¿Cómo podéis reír cuando alguien dice una tontería de este calibre?

Cafre buscó la complicidad que más le importaba, la de sus amigos.

Salva levantó el pulgar de su mano derecha. Segis asintió con la cabeza. Ambos gestos fueron apenas perceptibles. Al otro lado, Alan parecía ensimismado.

Ahora, las consecuencias.

—Freser, ponte en pie —le ordenó la señorita Manuela.

12

Patricio Quesada le echó un cable a su padre con la carga de la caja.

—Te ayudo.

—Gracias, hijo.

El muchacho la sostuvo con las dos manos, sin esfuerzo. Los músculos se le hincharon, poderosos, dibujando los ríos de las venas que bajaban por sus brazos hasta casi los dedos, grandes y recios. Era el único de los trabajadores que llevaba puesta tan sólo una camiseta, muy ceñida, pegada al pecho, a la espalda y a la cintura. Por la parte posterior del cuello se veía el tatuaje, un águila desplegando sus alas hasta los hombros. Luego, en

cada antebrazo, dos coronas de espinas circundándolos. Con el cabello corto, casi rapado al cero, el pendiente de la oreja derecha destacaba con luz propia.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó a su padre.

—Sí, claro.

—Pareces cansado.

—Bueno, no he dormido lo que tenía que dormir.

—Es que cuando pierde el equipo te pones...

—¡Anda ya, calla! —le empujó el hombre.

Patricio colocó la caja en el camión. El resto de los obreros mantenía el ritmo. Nadie hablaba, porque el tiempo apremiaba. Los rumores acerca de una huelga de los dichosos franceses en la frontera hacían que la dirección de la empresa se sintiera más presionada. La última vez había sido la carga. Ahora podían quemar incluso el camión.

Y eso no era bueno para nadie, y menos para ellos.

Los últimos de la cadena.

—Deberías pedir que te cambiaran a selección de producto —insistió Patricio cuando volvió a coincidir con él.

—¿Con las mujeres? A que te doy una —se molestó su progenitor.

—Mula.

—Descastado.

Se rieron mecánicamente, sin perder el ritmo del trabajo, pero el muchacho no perdió de vista a su padre. Ya no era cosa de haber dormido mal una noche. Se trataba de las últimas semanas. El declive resultaba evidente, igual que si una mano invisible le hubiese arrebatado parte de su energía y, al mismo tiempo, acabase de arrojarle encima más años de los que tenía. Las arrugas en el rostro se habían hundido hasta formar simas. Los ojos estaban orlados de aquella tristeza que a veces se veía en los de los viejos. Gabriel Quesada no era tan mayor, pero llevaba la vida entera en los campos y en

las tomateras, de una u otra forma, pasando por todos los puestos imaginables.

Desde los dieciséis años, tres menos de los que tenía él ahora.

Patricio cargó otra caja.

Fue con ella a cuestras cuando apareció Blas, el encargado.

Se detuvo ante el muchacho, pero a quien llamó fue a su padre.

—¡Gabriel!

No era normal que Blas interrumpiera el trabajo. Algunos de los hombres aminoraron el paso o intercambiaron miradas de curiosidad. Todos se conocían. Todos eran del pueblo. Lo que le sucedía a uno, por extensión, les sucedía a los demás.

Gabriel Quesada le pasó la caja a otro obrero.

—¿Qué hay? —quiso saber.

—Han llamado de vuestra casa —fue lacónico el encargado—. Dicen que vayáis cuanto antes.

—¿Por qué? —se envaró Patricio.

—No sé —los ojos de Blas le esquivaron para continuar centrándose en su padre—. Pero creo que algo le ha sucedido a tu chico, el Jacinto.

13

El cambio de clases duraba cinco minutos. Tiempo suficiente para, al menos, intercambiar algunas palabras. Fue Cecilia, con la ansiedad tintando sus facciones, quien se acercó a Miguel Ángel

—¿Dónde está Jacinto?

—No lo sé.

—¿Cómo que no...?

—¡No lo sé! —repitió el chico—. Le he estado esperando y no se ha presentado. No tengo ni idea.

—¿Pero no le viste ayer?

—Sí, ayer sí.

—¿Y?

Miguel Ángel bajó los ojos al suelo, tan triste como acobardado. Los subió de nuevo, más para mirar a su alrededor que para centrarlos en su compañera.

—Estaba muy asustado —reconoció.

—¿Crees que se habrá hecho el enfermo para no venir a clase?

—Ni idea.

—¿No te dijo nada, en serio?

—¡No! —casi se echó a llorar—. Cuando he llegado casi me dan a mí. Si no hubiera sido por el Osvaldo...

Cecilia cruzó los brazos sobre el pecho. Fue un gesto de impotencia, no una protección. Los apretó sin lograr liberar toda la tensión que sentía.

—¡Mierda de boda! —lamentó—. Todo el día con esa bobada... Ni siquiera pude telefonarle.

—Lo sé.

—Miguel Ángel, hemos de hacer algo —la voz de la chica fluyó con amargura—. Esto no puede seguir así.

—¿Y qué quieres que hagamos?

—¡Acabarán haciéndole daño!

—¿Más?

Cecilia se estremeció. Sus ojos comenzaron a humedecerse.

—Ellos son cuatro —le recordó Miguel Ángel—. Nos matarán. Y recuerda que Jacinto no quiere.

—Es lo que no entiendo. ¡Ese maldito orgullo! ¿Qué sentido tiene?

—Ayer por la tarde...

—¿Qué? —le alentó a seguir al ver que se detenía.

—Tenía tanto miedo...

—No es justo, no es justo —la chica apretó los puños y lo repitió por tercera vez—: No es justo.

—Ellos pasan de nosotros —Miguel Ángel pareció

abarcas todo el centro escolar—. Somos parte de la masa. No existimos.

—¡No digas eso!, ¿quieres?

—Es lo que hay —mostró más y más su derrota.

—Pues yo no les tengo miedo —apretó las mandíbulas con firmeza.

—Tú eres una chica. A ti no te harán nada.

—Precisamente por ello.

—¿Y cómo crees que va a sentirse Jacinto si una chica le defiende? Será peor, ¿no lo entiendes?

—¡Lo que no entiendo es por qué...!

Alguien corría por el patio exterior. La puerta del instituto estaba inusualmente abierta. Más allá de la verja se veía gente. Demasiada gente. Allí nunca pasaba nada, así que bastaban algunos pequeños detalles para darse cuenta de cuando sí sucedía algo.

El silencio de Cecilia hizo que Miguel Ángel también siguiera la dirección de sus ojos.

Escucharon los primeros gritos.

Vieron los primeros rostros atravesados por el estupor.

Y de alguna forma, sin saber exactamente por qué, de los labios de Cecilia fluyó tan sólo una palabra.

Un nombre.

—Jacinto...

14

Manuela Giner estaba sentada en una de las butacas de la sala de profesores. Como todavía estaba permitido fumar, las ventanas se encontraban abiertas para que el humo no saturase el ambiente y contaminase a los demás. Osvaldo Jiménez, a su lado, intentaba penetrar en su desconsuelo.

—Siempre hay años peores, y cursos difíciles. Supongo que este es uno.

—Osvaldo, no se trata de eso —exhaló ella mientras se pasaba una mano por la frente.

—No puedes hundirte. Tú no —la instó él.

—¿Por qué no puedo hacerlo? —lo miró con fijeza—. Por algún lado tiene que salir la tensión. Si pudiera hacer algo más...

—¿Por qué no planteamos el tema de una vez?

—¿Dónde, aquí? —abarcó el lugar en que se encontraban.

—¿Por qué no? Nos incumbe a todos.

—Esto es un pueblo —el tono era cansino—. No tan pequeño como para que resulte insignificante, pero tampoco tan grande como para adoptar medidas de fuerza mayor. ¿Crees que Helena o incluso don Sixto se pondrán en primera línea? Cada vez hay más gente de afuera, por el trabajo, pero la mayoría, los de siempre, se conocen demasiado aunque cada cuál esté en su casa. Somos cerrados, ¿no te has dado cuenta?

El rumor, primero lejano, se hizo más y más presente.

El profesor de Ciencias fue el primero en levantar la cabeza.

—¿Qué diablos está pasando ahí afuera?

Algunos maestros y maestras se dirigían ya a las ventanas. De forma nítida escucharon algo más que una voz.

Un grito.

Y después carreras, nuevas voces, la furia desatada de una tensión que se abría en espiral.

Manuela también se levantó.

No tuvo tiempo de dirigirse a las ventanas. Ni siquiera de poner palabras a sus pensamientos. La puerta de la sala de profesores se abrió con inusitada violencia. Se hubiera llevado por delante a cualquiera en el caso de que alguno de ellos se encontrase cerca de su batida en ese momento. Afortunadamente no fue el caso.

María Pina, la actual directora, se quedó en el quicio.

Pálida.

Más allá de las ventanas continuaba el fragor de aquella inesperada tormenta.

—Han encontrado el cuerpo de Jacinto Quesada sin vida —consiguió articular la aparecida—. Estaba al pie del acantilado...

Osvaldo Jiménez sintió el ramalazo de frío. Manuela Giner, el vacío mental, mientras se llevaba ambas manos a la cara con horror. El resto reaccionó de muy diversa forma, desde el estupor hasta el llanto. A todos los azotó un viento gélido, que nacía allí mismo, contaminándolos como un virus letal.

Por las ventanas de la sala de profesores empezaron a verse las primeras madres y abuelas corriendo hacia el centro escolar, dispuestas a rescatar a sus chicos y chicas, como si, de pronto, allí se hubiera desatado el infierno.

15

La conversación telefónica con su teniente era tranquila aunque grave. Pasada la sorpresa, y el impacto producido por la noticia, habían recuperado con rapidez el pulso profesional. Para Cipriano Galindo, sin embargo, despachar las primeras diligencias no le hacía más fáciles las cosas. El camino continuaba siendo tan o más espinoso.

Y lo seguiría siendo a lo largo de las horas siguientes. Quedaba un mundo por hacer.

Y allí, en un pueblo que, poco a poco, iba haciéndose eco de su dolor.

—¿Cuál es la situación? —quiso saber el teniente de la guardia civil.

—Tensa —buscó la palabra precisa—. Es un crío de 14 años. Ya sabe como son estas cosas, señor. He to-

mado fotos, y he llamado al juez para que proceda al levantamiento del cadáver.

—¿Su primera valoración?

—Es difícil decir...

—Vamos, Galindo, que no nació usted ayer. ¿Diría que es un crimen?

—No hay indicios.

—Alguien pudo empujarlo.

Cipriano Galindo recordó las huellas de aquellas lágrimas.

Aún así se resistió a decir en voz alta lo que pensaba.

—¿Accidente? —continuó el teniente ante su silencio.

—Es la segunda posibilidad.

—¿Y la primera?

Midió todas y cada una de sus palabras.

—Es el acantilado, mi teniente —lo expresó como si esto, por sí solo, ya bastase.

—¿Cuándo fue la última vez que alguien se tiró desde allí?

—A poco de llegar yo, pero ese lugar tiene un historial... Es como el viaducto que hay en Madrid. Cría fama...

No habían expresado la palabra en voz alta.

—Por Dios, Galindo. Hablamos de un chico de 14 años.

¿Importaba mucho la edad?

¿Acaso el dolor no se sentía igual a los 14 como a los 30, 40 o...?

—Estoy en ello, señor —empleó la mayor de las correcciones sin llegar a comprometerse—. Las primeras horas suelen ser decisivas.

—Yo estaré aquí mañana por la mañana. Si necesita de más ayuda... No deje de informar, ¿de acuerdo?

—Sí, mi teniente.

—Hay algo más —la respiración de su superior atravesó la línea telefónica de forma huracanada—. Este es

el típico caso que sirve de carnaza a los medios informativos —remarcó las dos últimas palabras con sorna—. En cuanto la noticia se difunda, puede que esto se convierta en un circo y se nos echen encima como lobos.

—¿Alguna recomendación?

—Ninguna declaración, aunque le pongan un micrófono en la boca.

—Entendido.

—Tampoco creo que se den tanta prisa, aunque todo es posible. De momento que el juez decreta secreto de sumario. Y usted ponga a todos a trabajar.

—A la orden, mi teniente.

No quedaba mucho más, salvo, quizás, las conjeturas finales, los comentarios abiertos, no como agentes de la ley, sino como simples personas.

—¿Y por qué iba a suicidarse un chico de 14 años?

—rezongó insatisfecho su superior.

—¿Llamar la atención, señor? —se oyó decir a sí mismo.

16

Osvaldo Giner les soltó el grito sin mediar ninguna otra palabra, nada más entrar y cerrar la puerta del aula.

—¡Callaos!

No era usual en él. Solía hablar de bichos con un amor rayano en la fascinación. Le encantaban. Amaba a los animales más que a las personas. Siempre les recordaba que era miembro de Greenpeace y que, años atrás, había tomado parte en dos campañas de las consideradas «duras», es decir, con riesgo.

Ese era su orgullo.

Su currículum.

Se enfrentó a sus ojos desconcertados y a sus caras de pasmo. Se sentaron, uno a uno, mitad expectantes mitad curiosos. Se conocían lo suficiente como para saber que algo sucedía. Cada profesor era único.

Y el de Ciencias era demasiado buena persona como para ponerse a dar voces de buenas a primeras.

—Vais a recoger vuestras cosas, en orden, sin tumultos ni gritos, y saldréis del instituto para iros a vuestras casas, ¿de acuerdo? —les anunció—. Y cuando digo vuestras casas, digo vuestras casas. Al que vea por el pueblo nada más salir de aquí se las verá conmigo —y por si no lo habían entendido, agregó—: Las clases quedan suspendidas por hoy.

Una voz, al fondo, susurró demasiado ostensiblemente:

—¡Bien!

Osvaldo Jiménez miró en su dirección. Después de todo, siempre eran los mismos.

—Gómez.

El chico se puso en pie.

—¿Pasa algo... malo? —se aventuró a preguntar.

—De momento marchaos a casa, es todo lo que...

—La última vez que se suspendieron las clases fue porque se murió el señor Indalecio en el recreo —dijo Matilda Sancho.

Algunos empezaron a hacer cábalas mentales acerca de a quién le había tocado esta vez.

Osvaldo Jiménez se resignó. Nadie quedaba al margen. Nadie iba a salir indemne. La muerte caía siempre como una lluvia sobre los vivos. Fina o gruesa, siempre los empapaba.

Y a lo mejor era preferible que se lo dijese él.

La escuela ya era un hervidero.

—Puede que esto sea duro para vosotros —se rindió—. Por eso os pedía y os pido que os vayáis a casa directamente y estéis con vuestras madres y padres. Hoy no es un buen día para estar en la calle. Y bastante se hablará... —tragó saliva una vez—. Quiero decir que es muy posible que afecte a todo el pueblo... —la segunda vez le costó más. Tenía la garganta seca. Le zumbaban

los oídos y la presión sobre sus sienes era intensa. Ante sí tenía dos docenas de rostros que esperaban. Así que ya no aguardó más—: Ha sido encontrado sin vida el cuerpo de Jacinto Quesada...

De pronto, todos fueron niños.

Una vez más.

SEGUNDO GRITO

Las reacciones

(Mediodía)

17

Los cuatro miembros de la familia Quesada formaban una piña solitaria en la antesala del dispensario del pueblo. Gabriel Quesada tenía sujeta por los hombros a su esposa Fernanda. Esta, a su vez, había depositado ambas manos sobre el cuerpo del pequeño Cosme, de diez años, tumbado en su regazo. Patricio, por detrás, inclinado sobre sus padres, desplegaba los brazos y mantenía una mano sobre cada uno de ellos. Las lágrimas parecían haberse terminado de momento. Lo que les dominaba ahora era el silencio, profundo, un peso enorme instalado en lo más profundo de sí mismos. Las miradas se perdían. La pesadilla imposible de ser asimilada.

Cuando de la nada pareció surgir el cuerpo del doctor Maura, materializándose al frente, las reacciones fueron opuestas.

Expectación en el hombre, miedo en la mujer, espera en el joven y curiosidad en el niño.

Gabriel se puso de pie. Patricio enderezó su figura.

—Lo siento —fue lo primero y al parecer lo único que se le ocurrió decir al médico.

—Queremos verle —pidió el padre de Jacinto.

—Me temo que...

—Es mi hijo —proclamó como si se lo recordara.

—El sargento Galindo ha dado órdenes terminantes de que no...

—¡A la mierda el sargento Galindo! —lo interrumpió Gabriel Quesada—. ¿Qué coño está pasando aquí?

—Por Dios, Gabriel... —sonó desmayada la voz de su mujer.

No le hizo caso.

—¿Por qué no podemos verle?

—Porque aún no sabemos qué ha sucedido y hay una investigación —dijo el doctor Maura—. Por eso.

—¿No saben qué ha sucedido? —frunció el ceño Patricio.

—No.

—Le han encontrado en la playa, al pie del acantilado.

El médico se enfrentó a sus ojos duros.

—No entiendo —se excusó.

—Ha salido de casa para ir al instituto —continuó Patricio—. El que haya hecho esto...

—¿Qué estás diciendo? —el médico se estremeció—. No hay indicios de que haya sido un asesinato, por Dios.

—No se pasa por el acantilado para ir a la escuela —volvió a hablar el cabeza de familia.

—No sé lo que ha sucedido —insistió el médico—. Ni lo sabremos hasta que se le haga la autopsia.

Fernanda lanzó un gemido de dolor.

—A mi hijo no van a cuartearle —Gabriel Quesada acompañó sus palabras con el gesto de su mano derecha, apuntando a su interlocutor con un dedo amenazador.

—Me temo que esto...

—¡Mierda, como le pongáis encima una sola mano...!

Lo sujetó Patricio, por detrás. El nuevo gemido de Fernanda se le ahogó en el pecho. El pequeño Cosme empezó a llorar y se apretó más contra ella. La única reacción del doctor Maura consistió en cerrar los ojos.

No se movió de donde estaba.

—Tendrán que saber qué pasó —quiso justificarlo—. Y es la única forma —lo repitió para dejarlo aún más claro—: La única. Por mucho que grites no voy a dejarte pasar, Gabriel. Ni ellos tampoco.

Volvieron la cabeza.

Eran dos, jóvenes, con el uniforme muy mal asentado en sus cuerpos, el tricornio calado hasta la frente, un aire de falsa marcialidad que contrastaba con la expresión de sus caras. Debían de llevar allí bastante rato.

—Mi hijo no pudo haberse caído por ese acantilado —les espetó Gabriel Quesada—. En lugar de estar aquí sin hacer nada y tocando los cojones tendrían que estar buscando al que lo hizo, ¿saben? Mi hijo...

Él también se deshizo, filtrándose como los granitos de un reloj de arena, hacia abajo, hacia el foso de su resistencia.

Cuando se derrumbó en la silla, junto a su esposa, Patricio fue el único que siguió en pie, desafiando al médico, con los puños apretados.

18

Miguel Ángel se detuvo al llegar a su calle.

Descubrió que no quería meterse en su casa, ocultarse en su habitación, responder a las preguntas de su madre. Descubrió, de repente, que su cuerpo seguía allí, pero que su mente ya no. Su mente volaba.

Con Jacinto.

La idea de no verle nunca más era absoluta.

Demasiado enorme como para ser comprendida.

En el último libro que había leído, subrayó una frase. Acababa de morir su abuela paterna, así que la asoció con ello. Decía: «Lo peor de la muerte es que la sufren los vivos».

Jacinto descansaba en paz, en verdadera paz después de semanas de infierno. Pero él...

—¿Ahora qué? —la preguntó a la distancia.

Seguía en mitad de la calle, a merced de cualquiera que le viera desde una ventana. Todos sabían que Jacinto y él eran amigos. Los amigos. No podía huir, pero sí esperar, esconderse, dejar que el tiempo fluyera, aunque no tuviera ni idea de hacia adónde.

Miguel Ángel reanudó su marcha.

Le pesaba la cabeza, el alma, y sentía las piernas como si fueran de cartón.

Rodeó su casa por la parte de atrás. El pequeño seto estaba seco, como la tierra sin lluvia. Se coló por él, despacio, para no engancharse la ropa con alguna rama traicionera, y, rezando para que su madre no le viera desde la casa, caminó hacia la parte derecha, donde se alzaba el pequeño cobertizo de las herramientas. No era más que una construcción rudimentaria, y apenas si se cabía en él, pero solía utilizarlo como refugio. De más niño había sido su nave espacial. Jacinto y él jugaban siempre a...

Jacinto y él.

Ahora ya sólo era él.

Dejó la mochila en el suelo y se sentó encima de un cajón de madera. Ya no era el asiento de la nave. Volvía a ser lo que siempre sería: un cajón de madera. Nada más.

Luego hundió los ojos en el suelo.

Apretó los puños.

—Cabrones... —gimió—. Hijos de puta...

Fue como si el tapón de todos sus miedos y ansiedades saliera disparado.

Miguel Ángel empezó a llorar.

Por fin.

19

Una de las profesoras la avisó:

—Está aquí su madre.

María Pina, la directora, suspiró con cierto alivio. Se levantó de inmediato y abandonó su despacho. El sonido de sus pasos, retumbando por el espacio ahora vacío del instituto, se le antojó extraño. Lamentó haberse puesto aquellos zapatos.

Luego pensó que eso era una estupidez.

En un día laborable, y más a aquella hora, en pleno curso, el instituto jamás había estado vacío.

Ni tan silencioso.

La madre de Cecilia Torralba esperaba en la sala de visitas. Todo muy formal. Era la primera con la que se enfrentaba y no tenía ni idea de cómo podía reaccionar. Abrió la puerta sin pensárselo dos veces, dispuesta a lo que fuera, y se encontró con ella de pie, agitada y nerviosa.

—Me han dicho que mi hija...

Lo primero, tranquilizarla.

—Cecilia está bien, sólo ha tenido una crisis nerviosa. Pero hemos creído más lógico que viniera usted a por ella. En su estado no me parecía adecuado que se marchara sola a casa.

—Entonces lo de Jacinto...

—Sé lo que nos han dicho, que no es mucho.

—Cecilia y él eran muy amigos.

—Ya.

Las dos mujeres quemaron su primera energía. La

visitante se mordió el labio inferior para no llorar. Sus manos se crispaban en torno a un pañuelo que aún no había utilizado. Sólo se aferraba a él. La directora del centro escolar mantuvo la calma que se suponía derivada de su cargo.

—La llevaré con Cecilia —prefirió aligerar la situación.

—Gracias.

Salieron de la sala de visitas y caminaron una al lado de la otra por el pasillo. Ahora el eco devolvió el sonido de sus pasos por duplicado, con un ritmo armónico. María Pina aprovechó el momento para darle toda la información necesaria.

—Se ha puesto a llorar, de manera imparable, y de ahí, a tener un ataque de histeria... —buscó las palabras más adecuadas para no alarmarla—. Cuando hemos conseguido tranquilizarla un poco se ha quedado como ida, obnubilada.

—¿Pero qué le ha sucedido a Jacinto Quesada?

—Le digo que no sé mucho más. Sólo que han encontrado su cuerpo en la playa, al pie del acantilado. Cuando la noticia ha empezado a correr, muchas madres han venido a por sus hijos, sobre todo los pequeños. Hemos tenido que suspender las clases.

—Dios mío... Esto es demasiado pequeño para una tragedia de estas dimensiones —se estremeció la madre de Cecilia.

La directora se detuvo delante de una puerta.

—Puede que necesiten asistencia psicológica —anunció con voz quebradiza—. Y no hablo únicamente de ellos —bajó la cabeza y de pronto se dio cuenta de que el pañuelo tal vez lo habría necesitado ella—. Perder a un compañero a su edad, y más si ha sido de forma violenta...

Abrió la puerta para no dejarse arrastrar por la emoción. Se le suponía una mujer fuerte, de carácter. Y se

avercinaban días duros, para ponerla a prueba. Al otro lado vieron a dos de las maestras con Cecilia.

La chica tenía la mirada perdida, el cuerpo de un autómeta.

Ni siquiera reaccionó al ver a su madre.

20

Manuela Giner y Osvaldo Jiménez vieron cómo Cecilia y su madre abandonaban el instituto. Caminaban despacio, la muchacha con los ojos hundidos en el suelo, la madre sujetándola por los hombros, aunque más parecía apoyarse en ella. La sensación de hallarse inmersos en un gigantesco funeral se les hizo más notoria.

No reaccionaron hasta que madre e hija salieron por la puerta metálica abierta en el muro que circundaba el colegio.

Entonces la profesora de Lengua y Literatura expresó su primera emoción compartida.

—Tengo miedo.

—¿De qué?

—De todo —su voz era un hilo muy delgado—. De lo que vaya a suceder, de cómo nos va a cambiar esto...

—Ha sucedido en otras partes —reflexionó él para darle ánimos—. Hay que dejar pasar el tiempo, nada más.

—¿Estás seguro?

Osvaldo Jiménez se encontró con sus ojos fríos.

—Mueren chicos y chicas en muchos lugares, y de muchas formas. Y todos estudiaban, tenían amigos... No importa que el sitio sea pequeño, como este. Puede ser un tópico pero es cierto: la vida sigue.

—La vida no puede seguir igual —manifestó ella.

—¿Por qué?

—Osvaldo, por Dios... —la profesora se llevó una mano a la boca y volvió a mirar por la ventana—. ¿Hasta

cuando vamos a fingir? Hemos cerrado los ojos, nos hemos dicho lo de siempre, que son cosas de chicos, que han de acostumbrarse a la vida... Sabemos perfectamente...

—No, yo no —la interrumpió él demasiado abruptamente.

—¡Lo hemos tenido delante todo este tiempo!

—Escucha, Manuela —consiguió que su compañera volviera a mirarle—. Cada vez que sucede una tragedia se buscan culpables, y lo único que se consigue con esto es que todos se vean arrastrados, sin remisión, porque la culpa suele extenderse igual que un aceite contaminante.

—¡Es que hay culpables! —gritó ella—. ¡Lo somos todos! ¡Ellos! ¡Nosotros!

—No digas eso.

Quiso cogerla, quizás abrazarla, pero Manuela Jiménez no le dejó. Se echó para atrás y apretó tanto las mandíbulas que los ángulos de sus facciones se vieron repentinamente endurecidos por el gesto. La dulzura de su feminidad dejó paso a una visceral furia que la desarbó por completo.

—Ahora es demasiado tarde —musitó entre dientes.

Osvaldo Jiménez se sintió muy muy lejos de ella.

Tanto que, de pronto, fue como si dejara de conocerla.

21

Cuando llegaron al punto en el que solían separarse, para ir a sus respectivas casas, los cuatro se detuvieron sin más, obedeciendo a sus reflejos.

No habían hablado desde la salida del instituto.

Y sabían que era el momento de hacerlo.

Fue Alan el que tomó la palabra, con gravedad, ha-

ciéndose eco del sentir general. Se la transmitió revestida de dudas y recelos, abriendo todo un universo de interrogantes.

—¿Y ahora qué hacemos?

Segis y Cafre miraron a Salva.

—¿Qué hacemos de qué? —preguntó este con sequedad.

—No sé —hizo un gesto vago Alan.

—Pues si no sabes...

—¿Nos vamos a casa sin más, sin hablarlo?

—¿De qué quieres hablar, joder?

—Jacinto no se ha caído así, por las buenas, ¿vale?

—¿Y por qué no?

—Es verdad —intervino Cafre—. Si eres tonto del culo, eres tonto del culo.

—¡Coño, tío! —Alan mostró todas sus reconvenciones en el gesto—. ¡Mira que eres burro!

—¿A quién llamas tu burro? —se puso serio.

—Oye —Segis habló por primera vez—, ¿qué pasa contigo?

—Nada —rezongó Alan envolviendo su expresión con una mueca.

—¿Nada? ¡Joder, macho, parece como si se te hubiera muerto alguien de la familia!

—No le soportaba, vale. Pero ahora...

—¿Ahora, qué? —intervino de nuevo Salva.

—Nos queda Miguel Ángel, ¿no? —Cafre se echó a reír en solitario.

—¡Quieres callarte! —le empujó Alan.

Cafre miró a los otros dos. Salva no movió un solo músculo. Segis tenía los ojos más que abiertos. Alan lanzó un profundo suspiro, mitad de inquietud mitad de fastidio.

—Jacinto era un mierda —dijo Salva con voz reposada—. Era «el mierda» —lo quiso dejar aún más claro—. Y ha muerto como lo que era —se tomó otra breve pausa para que sus palabras calaran en ellos—. Si se ha caído,

es que además de mierda era lo que dice Cafre: tonto del culo.

—¿Y si no se ha caído?

—¿Qué quieres decir?

—¿Y si no se ha caído? —repitió la pregunta Alan.

Ahora era entre Salva y él. Segis y Cafre no intervenían. Salva era ligeramente más alto que su compañero, aunque no tanto como Cafre. A veces se burlaban de Alan por ser el más guapo de los cuatro. Le llamaban «el Leonardo», por Di Caprio.

—Entonces de lo que se trata es de tener los huevos bien puestos, nada más —lo resumió el líder del grupo.

—O sea que todos pensamos lo mismo —agregó Alan.

—¿Qué pensamos?

—Que lo ha hecho.

—¿Hacer qué?

—Eso.

—Dilo.

—No hace falta.

—Sí hace falta —le provocó—. Dilo.

Alan se tomó su tiempo. No fue mucho, dos, tres segundos, pero se les antojó una eternidad.

—Matarse.

—¿En serio? —elevó la comisura del labio Salva.

—Lo dijo el viernes.

—¿Y crees que tenía huevos para eso?

—Está muerto, y en el acantilado, donde todos desde que nació el pueblo.

Les sobrevoló un nuevo silencio.

Ambiguo.

Extraño.

Cafre seguía pendiente de Salva. Segis miraba ahora más allá de Alan. Los dos motores de la conversación mantenían el pulso de sus ojos, violentos los de Salva, amargos los de Alan.

—¿Sabéis lo que os digo? —Salva les dio la espalda a todos—. Que me voy a casa, y que le den por el culo al Jacintito, ¿vale?

Luego dio el primer paso para cumplir lo que acababa de anunciar.

22

Ernesto Maura le estrechó la mano al sargento Galindo. Los dos lo hicieron con fuerza, rostros graves, cuerpos tensos. El guardia civil llevaba el tricornio en la otra mano, como signo de respeto o tal vez para descansar de él. No lo dejó sobre la mesa. Lo mantuvo entre sus dedos. No había muchos preámbulos que hacer, pero el primero se le antojó obligado.

—¿Cómo están? —preguntó señalando la otra puerta, la que comunicaba el despacho del médico con la antesala.

—Destrozados —se limitó a decir Ernesto Maura—. Querían ver el cuerpo del chico, y al no dejarles...

—¿Lo ha examinado?

—Sí.

—¿Puede hacer una primera valoración?

La respuesta se hizo esperar. A Cipriano Galindo el tricornio empezó a pesarle como si fuera de plomo.

—No hay signos de violencia que justifiquen un posible homicidio, si es eso a lo que se refiere. Sin embargo...

La pausa volvió a ser larga.

—¿Qué? —trató de vencerla el guardia civil.

—Será mejor que lo vea —el médico se puso en pie.

Salieron del despacho por la misma puerta por la que había entrado su visitante. Era la que daba a la consulta, ahora vacía. No tuvieron que caminar mucho. Un pasillo y otra puerta, otra habitación, esta de paredes

desnudas, tan desnudas como el cuerpo de Jacinto Quesada, cubierto por una simple sábana que recortaba sus formas de pies a cabeza. Ernesto Maura no lo descubrió de momento.

—No he hecho más que un examen visual, pero ha sido suficiente para que me contara muchas cosas, sargento.

—¿Sobre su muerte?

—Tal vez —suspiró el médico.

Tardó otros dos segundos en alzar su mano, coger el extremo de la sábana que cubría la cabeza del cadáver y retirarla de arriba abajo, dejando al descubierto aquella forma inerte que todavía parecía más dormir que descansar por el resto de la eternidad. Jacinto Quesada ya tenía los ojos cerrados. Su expresión, a pesar de los desgarros y la carne machacada por la caída, era de paz.

Cuando Cipriano Galindo se olvidó de su rostro para mirar su cuerpo, comprendió la incertidumbre del doctor.

—Dios... —exclamó.

No era por los huesos rotos, admirable aunque sólo parcialmente reconstruidos para mostrar una imagen más digna. Tampoco por las heridas, aparatosas, que ya no sangraban. Los hematomas, de distinta coloración, cubrían una buena parte de aquel cuerpo acotado por la muerte. Los había violáceos, los había cárdenos, los había amarillentos. Se extendían por los antebrazos, el pecho y el abdomen, las piernas y los costados. No tuvo que hacer la pregunta más inmediata.

—Tiene la espalda igual —le informó Ernesto Maura—. Hay golpes en aproximadamente un treinta por ciento del cuerpo. El resto lo dirá la autopsia. En términos médicos, nosotros lo llamamos áreas equimóticas. Son las manchas amoratadas o amarillentas que quedan en la piel cuando ha sido golpeada.

—Pero esto...

—No se lo ha hecho con la caída si es lo que está pensando —el tono era fúnebre—. Hablamos de... otra cosa, ¿entiende?

El sargento de la guardia civil se aproximó al muchacho. Estudió los hematomas de cerca. Llegó a poner su mano sobre uno de ellos, el más cruento.

—Por las distintas coloraciones puedo asegurar que los golpes han sido sistemáticos y continuos —manifestó el médico—, pero ninguno parece reciente, de hoy, o siquiera de ayer o anteayer, aunque a veces los hematomas tardan en aparecer, sobre todo si el golpe ha sido profundo y la lesión es interna.

La nueva pregunta también era obligada. Cipriano Galindo se la hizo mirándole a la cara.

—¿Sus padres?

—No lo sé —el doctor exteriorizó el sentimiento que ahora los envolvía—. Pero...

Sólo le faltó agregar: «¿Qué otra cosa si no?».

¿Qué otra cosa si no?

Un chico muerto. Catorce años. En un pueblo pequeño. Al pie del acantilado de los suicidas. Y ahora aquello.

Una extrema, cruel y sádica violencia a modo de sudario final.

—Me temo que tiene algo más que una muerte por investigar, sargento —puso punto final a la visión del cadáver Ernesto Maura mientras cubría de nuevo el cuerpo con la sábana.

23

Antes de entrar en su casa, Miguel Ángel se aseguró de que su madre no estuviera en ella. Moviéndose como un ladrón, escrutando las ventanas, con la atención puesta en el menor ruido que pudiera proceder de su

interior, se acercó al pequeño edificio cuadrangular de una sola planta y se coló en él por la ventana de su propia habitación, sin necesidad de acceder por la puerta principal. Hacía tiempo que su madre le había prohibido entrar y salir por allí. Llegó a amenazarle con instalar una reja.

No quería verse enrejado, como un animal.

Dejó la mochila sobre la cama y rehuyó su imagen en el espejo del armario. No le gustaba su aspecto. Lo odiaba. Un par de años atrás ni pensaba en ello. Toda su familia era fornida, su padre, su madre, sus tíos y tías. Ahora le llamaban «gordo». No lo estaba. Al menos no tanto como otros. Pero eso daba lo mismo. Le llamaban «gordo» a él.

Y «mierda» a Jacinto.

Salva, Segis, Cafre y Alan.

Miguel Ángel se pasó una mano por la cara. Ya no le quedaban lágrimas. Se había vaciado en el habitáculo de las herramientas. Pero el estado de agitación persistía. Era como vivir una pesadilla sin la paz de saberse dormido. Una pesadilla real.

¿Por qué no había escuchado más a Jacinto?

¿Por qué no fue capaz de entender todos los signos a lo largo del fin de semana?

Tanto miedo...

Pánico.

La voz de su mejor amigo rebotaba todavía entre aquellas cuatro paredes. Apenas unas horas antes. La tarde anterior. Tan cerca, tan lejos.

—No puedo soportarlo más.

—¡Díselo a tus padres!

—¡No!

—¡Te harán daño de verdad!

—¿Más?

No había escape. No había salida. El pueblo, ir al colegio cada día, esperar.

—Estaría mejor muerto.

—Para eso mejor les matas a ellos –intentó ser lógico.

—¿A los cuatro?

Señales. Jacinto se lo estaba gritando. «Estaría mejor muerto». Ni siquiera su orgullo, el silencio, querer pasarlo solo, no contarle en casa. Ni siquiera eso le había salvado.

¿Y por qué no le había dicho la verdad a Cecilia un rato antes, en el instituto, cuando ella le preguntó qué le dijo Jacinto la tarde anterior?

Su propio miedo le colapsaba.

Miguel Ángel miró la foto de su mesa.

Jacinto y él.

Riendo, felices, en su último cumpleaños.

Se preguntó si ahora descansaría en paz, si volvería a reír, si tendría un lugar mejor en el cielo, o allá donde estuviese. Se preguntó por el motivo por el que en el mundo las injusticias siempre parecían más reales, lógicas y normales que las justicias. Se preguntó si de las dos alternativas peores, seguir o morir, la escogida por su camarada había sido la más acertada.

—Mierda, Jacinto... ¿Y yo qué? –apretó los puños.

Las cuchillas de afeitar de su padre estaban en el cuarto de baño. Pensó en ellas. Tirarse desde el acantilado se le antojaba muy doloroso. ¿Cuánto duraba la caída? ¿Y el daño al impactar contra las rocas? ¿Se moriría de inmediato? En cambio en una bañera, mientras la sangre fluía despacio, todo era más dulce.

Lo había visto en una película.

Miguel Ángel se estremeció.

—¿Qué estás diciendo? –suspiró.

Gordo. Gordo. Gordo.

Pero no estúpido.

Entonces... ¿lo había sido Jacinto?

No sabía si darle un calmante o hablar con ella, si meterla en cama, aunque el día no había hecho más que empezar, o distraerla como fuera. No sabía qué hacer. La idea del calmante se le antojó obsoleta, porque su hija apenas sí se movía, mantenía aquella inmovilidad terrorífica, actuaba igual que una autómatas desde la salida del colegio. Pero hablar con ella...

¿De qué? ¿De Jacinto?

Siempre había imaginado que entre su hija y él había algo más, desde la infancia, un vínculo superior al de la mera amistad. En los últimos meses, incluso, intuía ya que en cierta forma estaban predestinados. En los pueblos esas cosas se veían venir, eran el pan de cada día. Por lo tanto, no se trataba tan sólo de la muerte de un compañero de la escuela o un amigo.

—Cecilia...

¿Y si eran novios?

Se llevaban dos meses. Jacinto era mayor. Pronto cumplirían los quince. Ella se había prometido con su marido a los quince, pero ya eran novios a los trece. La duda, por lo tanto, era razonable, y la pregunta estaba justificada. En cualquier caso el dolor que debía de sentir su hija no tenía parangón posible. No a su edad.

Incluso la muerte de su padre, siendo tan pequeña, debía de haberle dolido menos, por dura que esa certeza pareciera.

La vida acababa de golpearla de la peor forma imaginable.

—Cecilia, cariño...

Desplazó la mano derecha en dirección a su cabeza. La muchacha se apartó.

Fue algo más que un rechazo. Fue una sacudida.

Su madre no recordaba haberla visto así jamás. Tuvo miedo. Miedo de sus ojos, de su rostro hermético, de su

silencio, de aquella inmovilidad, de la forma en que se había apartado ante su caricia.

—No me asustes, por favor —empezó a llorar la mujer.

Cecilia ni la miró. Abandonó la ventana desde la cual daba la impresión de contemplar al pueblo entero y caminó resuelta hacia su habitación. Su madre reaccionó demasiado tarde, cuando ya le llevaba toda la delantera del mundo. El portazo sacudió la casa en el momento en que ella llegaba al pasillo yendo tras los pasos de la chica.

—¡Cecilia!

Intentó abrir la puerta y no pudo.

—¡Cecilia, abre!

Entonces, del otro lado, le llegó el viento y la furia, la rabia y la impotencia, el grito desgarrado de algo que aún no conocía pero con lo que se enfrentó de golpe: la frustración.

—¡Déjame en paz!, ¿quieres? ¡Dejadme todos en paz!
¡Todos! ¡Todos! ¡Todos!

25

Cipriano Galindo intentó pasar por encima de su dolor.

Y no era fácil.

Nunca se había encontrado con una situación así, frente a una madre destrozada, un padre fuera de control y un muchacho cuyos ojos destilaban la fiereza de un animal enjaulado. Sólo faltaba el pequeño, que de momento había preferido dejar al margen. Lo peor no era tan sólo la muerte de Jacinto. Lo peor, ahora, eran aquellos hematomas.

Y la pregunta que debía hacerles.

«¿Pegaba usted a su hijo, señor Quesada?»

Volvió a lamentar estar solo, que justo aquel día el teniente se hubiese marchado. La palabra «mañana» se le antojaba muy lejana. De pronto todo era «ahora».

¿Quién dijo que los actos violentos se suelen resolver en las primeras horas después de haberse producido?

Tardó demasiado en formular la primera cuestión. Quería desnudarlos con la mirada y eso le hizo perder la iniciativa. El que rompió el fuego fue Gabriel Quesada.

—¿Por qué no podemos verle?

—Señor Quesada...

—No, no, nada de señor Quesada —contrajo la cara inundado por la fuerza de su resentimiento—. Es mi hijo, y tenemos derecho...

—Tienen todo el derecho del mundo, sí, pero no antes de que se hayan dado los pasos preceptivos para...

—¿Le han matado? ¿Es eso?

—No hay signos que indiquen algo así. Sin embargo...

—¿Qué?

¿Cuánto llevaba de sargento? ¿Cinco meses? No tenía ni idea de qué camino tomar, ni de cómo formular aquellas preguntas básicas.

—Esto es... delicado, me temo —aventuró.

—¿Tan mal está por la caída? —tuvo que tragar una especie de nudo para poder formular la cuestión.

—No es sólo eso.

—¡Quiere hablar de una vez! —Gabriel Quesada estaba al límite de su paciencia.

Y era un hombre duro, de mal carácter. Se lo habían dicho ya.

Cipriano Galindo depositó sus ojos en ella.

—Señora Quesada, ¿puede decirme qué ha hecho su hijo esta mañana?

La mujer volvió en sí, despacio.

—¿Esta... mañana?

—Es importante, créame.

—Pues... —hizo memoria, pero era como querer atravesar una niebla muy espesa—. Apenas si le he visto... Ha desayunado y luego...

—¿Ha hablado con él?

No hubo respuesta. Los ojos se hicieron más vacuos.

—Señora Quesada, ¿ha hablado con él?

—No —se estremeció ante el arranque del nuevo acceso de lágrimas—. No recuerdo...

—¿Por qué no ha hablado con Jacinto, señora?

—Ha salido antes... —buscó el apoyo de su esposo—. Yo no sé...

—¿Se puede saber a qué viene eso? —intervino otra vez el cabeza de familia.

Cipriano Galindo intentó evitarle.

—¿Estaba su hijo enfadado, disgustado, preocupado, señora?

—Estaba... como siempre...

—¿Qué significa «como siempre»?

—¡Por Dios, es un crío de catorce años! —empleó el presente, todos se dieron cuenta—. Hablan poco, ¿sabe? Es como si de pronto olvidaran...

Las lágrimas caían ya abiertamente por su rostro.

—¿Y ustedes?

—Nosotros nos vamos a trabajar antes de que se levante —habló por primera vez Patricio Quesada.

—¿Y ayer?

—Estuvo con su amigo Miguel Ángel, estudió... No sé. Siempre se queda en su habitación, es retraído. Cuando llegamos Patricio y yo de ver el partido en el plus en casa de mi hermano ya se había acostado.

—Así que no sabían si su hijo estaba bien o mal.

—Bueno, ya vale —Gabriel Quesada dejó caer los brazos a lo largo del cuerpo—. Dígame a qué viene todo

esto y qué es lo que está pasando o le juro que va a terminar mal.

No pudo hacer la pregunta decisiva. Sencillamente, no pudo. Disponía de una ventaja y quiso aprovecharla. Al máximo.

«¿Pegaba usted a su hijo, señor Quesada?»

—No se muevan de aquí. Vuelvo en unos minutos.

Ni la voz ni la rabia de Gabriel Quesada le detuvieron.

26

Se resistía a marcharse.

En cierta forma, la escuela era su casa, el marco perfecto, el mundo por el que siempre había soñado y peleado, aunque cada vez más fuese el menos idílico de los futuros.

Manuela Giner se apoyó en el lavamanos.

No quería estar acompañada, y menos por las demás profesoras. No hablaban el mismo idioma. Pero tampoco resistía estar sola. Aparecían los fantasmas.

La culpa.

Se lo había dicho a Osvaldo.

La culpa era la peor de las sensaciones.

Oyó ruido al otro lado de la puerta. Apenas tuvo tiempo de correr el pestillo interior del cuarto de baño. Los pasos se detuvieron justo en el instante en que el pomo se movió.

—¡Ocupado! —anunció en voz alta.

—¿Julia?

—No, soy Manuela.

—¡Oh!

—Salgo en seguida.

No podía hacer mucho más. Se limitó a examinar sus facciones y a resignarse a lo inevitable. Cuando abrió la puerta se encontró con otro valle de lágrimas.

—Creía que... —dijo Aurelia Campos.

—Ya me iba. Adiós.

La dejó con la palabra en los labios y la duda en el rostro, pero ni siquiera volvió la cabeza. Ya no tenía sentido seguir en el instituto. O se encerraba en cualquier otra parte o compartía el dolor de los que seguían en él, sin saber qué hacer o a dónde ir, como ella misma.

No fue a por la chaqueta a la sala de profesores. Llevaba el bolso y era suficiente. El día era apacible. Gris, espectral, pero apacible. Caminó con el paso vivo en dirección a la salida, pidiéndole a los cielos no encontrarse con nadie más, y los cielos se aliaron con ella en su empeño.

No dejó de caminar con la misma intensidad hasta que hubo cruzado el muro exterior de la escuela.

Estaba temblando.

27

La partida estaba en el punto más álgido, con una de sus mejores puntuaciones, cerca del récord, así que al escuchar el sonido de la puerta al abrirse lo lamentó de veras.

Arrugó la cara.

—Maldita sea... —protestó para sí mismo.

Intentó acelerar el ritmo, conseguir abatir al mayor número de enemigos antes de que su madre hiciese acto de presencia en la sala, pero entonces se desequilibró y perdió el rigor de la concentración. Tardó una eternidad en detectar la trampa y reaccionar.

Cuando lo mataron le sobrevino la furia.

Esto coincidió con la aparición de ella.

Se lo quedó mirando como si viese un fantasma.

—Salva, ¿qué haces aquí? —preguntó la mujer más y más sorprendida.

—Nos han dado fiesta.

Se encogió de hombros. Intentó pasar de todo, iniciar la nueva partida.

—¿Cómo que os han dado fiesta?

—¿No te has enterado?

—No.

Imposible jugar. Bastante le daban la vara con lo de que se pasaba el día pegado a la videoconsola. Su madre se le puso delante, entre la pantalla del televisor y él. Tenía aquella expresión tan suya, entre molesta, enfadada, y desconcertada cuando no sabía cómo pillarle.

—Se ha muerto uno del cole —dijo con la mayor de las naturalidades.

—¿Quién? —la mujer se llevó una mano al pecho.

—Jacinto Quesada.

—¿Qué?

Tuvo que apoyarse en el mueble. Se había quedado pálida de pronto. Salva se sintió deliberadamente cruel.

—Lo han encontrado en el fondo del acantilado.

—¡Oh, Dios mío!

Buscó el soporte de una de las butacas y se apartó de la vertical del televisor. Su hijo lo aprovechó para iniciar una nueva partida que sabía que no iba a poder jugar.

—¿Quieres parar? —protestó ella.

No le hizo caso.

—¡Salva!

—¿Qué? —no tuvo más remedio que dejar el mando a un lado.

—¿Cómo puedes estar tan tranquilo? ¿No iba a tu misma clase?

—Sí —se encogió de hombros—. Pero no éramos amigos, ¿qué pasa? Menudo bicho raro.

—¡Pero está muerto!

—Mamá —a pesar del gesto de su rostro se lo repitió sílaba a sílaba—: Era un bicho raro.

—Nunca he oído nada semejante.

—No jugaba al fútbol, ni siquiera le gustaba, no hablaba, era un palo de tío... —pensó si lo de leer libros le encuadraba automáticamente en una categoría de marciano aún mayor, pero no estaba seguro de que su madre lo viera igual—. Desde luego no éramos lo que se dice amigos, así que allá él.

La mujer decidió no discutir más. La noticia hacía mella en su ánimo. Empezaba a quemarle el corazón.

—¡Pobre madre! —su pecho subió y bajó con la agitación—. ¡Pobre mujer!

Salva apagó la Play Station.

Estaba seguro de que ya no iba a poder seguir jugando.

28

Segis botó la pelota una, dos, tres veces. Hizo un amago por la derecha y salió disparado hacia la izquierda. La carrera fue breve. Un par de pasos, una finta a un imaginario rival que trataba de bloquearle, y tras elevarse unos centímetros la clavó en el aro sin tocar tablero. Una canasta limpia.

Recogió la pelota para iniciar de nuevo el proceso cuando la escuchó.

—Hola, Segis.

Quedó frenado con ella en las manos y su mente se disparó. En aquel momento no la esperaba. Creía que estaría en la compra, o con su madre, o...

Miró en su dirección.

Anabel estaba apoyada en la valla que separaba los patios traseros de sus dos casas. Era una valla relativamente baja, así que su vecina la sobrepasaba desde casi la cintura. Antes solía quedarse paralizado ante ella. En los últimos meses lo había superado. De pronto se sentía

con una mayor seguridad, con más desparpajo. Por esa razón sacó pecho, se irguió lo más que pudo y dejó que su cuerpo en formación actuara como bandera de su fuerza.

—Hola —correspondió a su saludo.

—¿Qué haces aquí a esta hora?

Caminó hasta la valla. Anabel acababa de rebasar los treinta. Era, con mucho, la mujer más guapa que había conocido, y también la más sexy. Siempre llevaba la ropa muy ceñida, moldeando su primoroso cuerpo, y se maquillaba con el mayor de los esmeros aunque sólo fuera para estar en casa. En verano, cuando tomaba el sol en el patio, era insoportable. Lo era verla con sus faldas, siempre cortas, pero en bañador, entero o de dos piezas...

No había sabido lo que era el deseo hasta que ella llegó allí, dos años antes.

Casada con aquel imbécil.

—Ha muerto uno del instituto —quiso impresionarla. Y lo consiguió.

—¿Qué dices?

—Uno de mi clase. Se llamaba Jacinto. Lo han encontrado en la playa.

—¿En serio?

—Pues claro.

—¿No me estarás tomando el pelo? Siempre estás de guasa.

Era ingenua, deliciosamente pardilla e inocente. Reía con la cabeza echada hacia atrás y los dientes, blancos, perfectos, asomados por entre el rosa de sus labios. Todo en ella formaba un deseado equilibrio. Segis aún se preguntaba si era así de transparente o si a veces coqueteaba con él.

Ojalá hubiera sido esto último.

—No te estoy tomando el pelo —aseguró—. Nos han dado el día libre. ¿Quieres jugar?

—¿Yo? ¡Calla!, ¿estás loco? —se miró las uñas como si asociara el juego a la posible rotura de una. Luego reaccionó—: Pero ese chico... ¿Qué le ha pasado? ¿Se ha caído?

Podía impresionarla.

A lo mejor Jacinto aún servía de algo después de muerto.

Segis dejó que la pelota de baloncesto resbalara de sus manos. Se apoyó en la valla, al lado de Anabel, aspirando su perfume sin que ella lo notara, llenándose de su proximidad. Salva se reía. Decía que el quinceañero enamorado de la vecina de al lado era de lo más cutre.

A veces Salva era demasiado pasota.

Y él no tenía una vecina como Anabel.

—Creo que estaba destripado, hecho papilla —le dio morbo a los detalles para conseguir estremecerla más y más.

29

Vivir en la otra punta del pueblo era lo peor. Las llamaban «las casas nuevas», aunque llevaban allí desde antes de nacer él. Sus padres, por lo menos, habían tenido vista. El bar era el punto de reunión de la zona de los que no querían ir al centro. Siempre estaba lleno, cargado de humo pese a todas las prohibiciones habidas y por haber, con el mejor de los ambientes los días de fútbol, que eran casi todos en invierno, menos los lunes y los viernes.

Allí, la noticia parecía no haber llegado.

—¿Carlos? —se extrañó su madre al verlo.

—Han cerrado la escuela —se apresuró a decir él.

—¿Seguro que no te han echado?

—¿Por qué iban a echarme? ¡Jo!

—¿Y por qué han cerrado la escuela?

—Un accidente o algo así. Uno que se ha hecho daño.

—Vaya por Dios —su madre continuó mirándolo de hito en hito, por si las moscas—. Si es que sois... Pero para que hayan cerrado la escuela ha tenido que ser grave, ¿no?

—Ni idea.

—¡Tú nunca sabes nada, sólo lo que te conviene!

Cafre hizo ademán de dirigirse a su habitación.

—¡Eh, eh! —lo detuvo ella—. Estoy con la casa patas arriba, así que andando, vete al bar a ayudar a tu padre.

—¿Ahora?

—¡Sí, ahora! ¡Siempre hay algo que hacer! Le vendrá bien que le organices un poco la trastienda.

—¡Mamá, he de estudiar!

—¡Qué casualidad! ¿Estudiar?

—Nos han hecho ir a casa y nos han puesto deberes, sí.

Nunca sabía si creerle. Abultaba casi el doble que ella. Un prodigio de la naturaleza. Pero era su niño. Su gran niño inocente al que muchos consideraban retrasado sin tener ni idea.

—Si has de estudiar... ¡Pero no salgas de tu cuarto en una hora por lo menos, o me lo pondrás todo perdido!

—Vale —lo dijo alargando la primera vocal.

Reemprendió la marcha con la cabeza baja, como siempre, aunque no pudo dar más allá de un par de pasos.

—¿Y quién es el chico que se ha hecho daño? —preguntó su madre.

—Un tal Jacinto. No le conoces. Jacinto Quesada.

—No, no me suena —reconoció ella.

Cafre esperó, por si había algo más.

No lo hubo.

Movió su corpachón y alcanzó el refugio seguro de su habitación.

30

Lo que menos quería Alan era meterse en su casa. Pero tampoco le apetecía dar vueltas sin más, desorientado, sintiéndose como un estúpido.

Había intentado pensar en Jacinto sin conseguirlo. Se le escapaba. Era una imagen borrosa. Había intentado imaginárselo muerto y no podía. La idea del fin, abrupto, dramático, no le encajaba. Jacinto ya no iba a estar allí. Nunca.

Nunca.

En alguna parte de su ser, algo le decía que tenía que reaccionar.

La casa de Cecilia quedaba a menos de veinte metros. Cada vez con mayor frecuencia, pasaba por delante de ella, desviándose de su camino, con la simple esperanza de verla o...

—¿O qué? —musitó.

Cecilia nunca le había mirado, y si lo hacía, no le miraba como miraba a Jacinto. Es decir, le veía y nada más. Pero ver no era mirar. Cecilia era especial, un ángel, un ente puro que no encajaba allí, en un pueblo perdido, atrapado entre las montañas y el mar. Pero también era una chica, extraña, incomprensible, voluble, tan difícil como intentar resolver un puzzle de mil piezas en diez minutos.

Cecilia le odiaba, por estar con Salva, Segis y Cafre. Por cebarse en Jacinto.

Pero lo de Jacinto había sido antes de que él...

Se acercó despacio, fingiendo tener la vista clavada en el suelo. La casa parecía el palacio de sus sueños.

Se había imaginado tantas veces la habitación de Cecilia que ya no le quedaba nada por inventar. Y se había imaginado tantas veces en ella, escuchando música, hablando, sentado en la cama que la abrazaba cada noche...

Salva, Segis y Cafre no tenían ni idea.

—¿La tienes tú? —se dijo a media voz.

¿De dónde surgía aquella atracción? ¿Y por qué?

Nunca se había imaginado a sí mismo...

Detectó el movimiento en una de las ventanas de improviso. Un cuerpo de mujer, desenredando una cortina o sujetándola o... Estaba en medio de la calle, solo, así que no tuvo ninguna opción para esconderse. En el fondo casi suspiró, aliviado, cuando descubrió que no se trataba de Cecilia, sino de su madre. Eso le hizo acelerar el paso, violentado, atrapado por el pequeño susto. No se detuvo hasta llegar a la siguiente esquina.

Miró hacia atrás.

Y descubrió lo inesperado.

A la señorita Manuela subiendo también calle arriba, envuelta en sus pensamientos, dirigiéndose directamente a la casa de Cecilia.

31

La madre de Cecilia había visto a la señorita Manuela tan sólo una vez, las últimas navidades, con motivo de la fiesta celebrada en el instituto. Se acercó para decirle que su hija era una excelente estudiante y que su nivel de comprensión estaba entre los más altos de la clase. Escribía, leía e interpretaba haciendo gala de una fina intuición, basada en la lógica y el razonamiento. Para la madre de Cecilia esto había sido suficiente. Se le quedó grabada su cara. A veces le preguntaba a su hija cosas de su profesora de Lengua.

Al abrir la puerta y encontrársela allí se quedó algo más que parada.

—¡Oh, vaya, qué sorpresa! —fue lo único que pudo decir.

—Perdone que la moleste —el tono de su visitante era crepuscular—. Quería ver a Cecilia.

—Pase, pase —se apartó para franquearle la entrada y cerró la puerta con delicadeza, sin hacer el menor ruido. La realidad que estaban atravesando la hizo asumir rápidamente que la visita de la profesora de su hija no tenía nada que ver con sus estudios. La mutación fue radical—. Lo de hoy ha sido... terrible, ¿verdad?

—Mucho —asintió Manuela Giner—. Es uno de esos golpes de los que difícilmente se sale indemne.

—Pobrecillo... —las lágrimas reaparecieron en sus ojos—. Cecilia y él eran... muy amigos, ¿sabe? Íntimos. Pensaba pasarme esta tarde por su casa, aunque hoy no sé si... —hablaba a trompicones, por impulsos.

Se quedó callada de golpe.

—¿Cómo está su hija?

—Como ida —fue amargamente sincera—. Se ha metido en su habitación y no... Apenas ha dicho palabra alguna.

—Lo siento —la maestra bajó la cabeza.

—¿Se sabe algo?

—No, nada —se encontraban ya en la sala, inseguras las dos.

—Ese lugar es demasiado peligroso —mostró su desfallecimiento la dueña de la casa—. Cuando Cecilia era pequeña le tenía terminantemente prohibido que se acercara a él.

—Nadie se ha caído jamás.

—Pero se han tirado... —la madre de Cecilia alzó las dos cejas. Sus ojos se convirtieron en lagos—. ¿No creerá usted...?

—No hay muchas opciones —no quería ser cruel,

pero su sinceridad fue más allá de lo normal. Resultó ser una contundente cuña que atravesó a su anfitriona. Pese a ello, dijo lo que tenía en la cabeza—: O ha sido un accidente, o ha sido un asesinato, o ha sido un suicidio. Lo primero es extraño, lo segundo parece imposible.

La madre de Cecilia tuvo que apoyarse en la mesa.

—¿Qué está diciendo usted?

—No lo sé —suspiró Manuela Giner—. Imagino que tengo la cabeza del revés.

—Jacinto era un chico estupendo, inteligente...

—Necesito hablar con su hija— cortó las lágrimas que amenazaban con salir y la más que segura catarsis emotiva.

—¿Sobre Jacinto?

—He de saber algo, señora. Algo que desde que he sabido la noticia me está... —agitó su mano derecha por delante de su pecho y de su estómago.

Fue suficiente.

—¡Cecilia! —llamó la mujer.

No hubo respuesta.

—¡Cecilia, está aquí tu profesora, la señorita Manuela! ¡Ha venido a verte! ¡Quiere hablar contigo!

El silencio se hizo más contundente. Las cobijó a las dos. Sus miradas se encontraron perdidas en mitad del espacio que compartían. Hasta que la dueña de la casa abandonó la inmovilidad y se dirigió a la habitación de su hija, casi a la salida de la sala, al comenzar el pasillo que distribuía las habitaciones de la vivienda.

—¿Cecilia? —llamó a su puerta.

Ahora sí, la escuchó.

Y su tono no admitía réplica alguna.

—No quiero hablar con nadie, mamá. ¿Lo entiendes? ¡Con nadie! Si entráis aquí me largo por la ventana. ¡Sólo quiero que me dejéis en paz!, ¿vale?

Cipriano Galindo retiró el embozo, la parte que cubría la cabeza de Jacinto Quesada. Lo dejó a la altura del cuello y de los hombros, apenas intuidos bajo la blanca mortaja. El rostro del muchacho, mitad sereno en el lado no dañado, mitad destrozado en el del impacto con las rocas, se perfiló bajo la luz cenital como una máscara de singular pureza. La muerte le había conferido la paz. Hubiera sido incluso una imagen bella, viéndolo desde el lado no herido, de no tratarse de la más espantosa de todas, la última antes de la eternidad y el olvido de la carne.

Patricio tuvo que sujetar a su padre.

—Jacinto... —exhaló el hombre.

Fue su mano derecha la que se movió hacia el cadáver de su hijo. Lo hizo muy despacio, a cámara lenta, hasta rozar aquella frialdad ya evidente. La mano tembló, pero acabó acariciando la parte sana, la mejilla, el mentón y los labios del chico. A medida que la emoción progresaba, la fuerza de Patricio para sostenerlo se hizo mayor. Gabriel Quesada se abandonaba sin siquiera ser consciente de ello.

El sargento de la guardia civil estudió sus reacciones.

Hasta el más mínimo titilar de los ojos.

Y no halló nada fuera de lo normal en un caso como aquel.

El rostro de Gabriel Quesada ofrecía todo el dolor de un padre aplastado por la realidad. El de Patricio el impacto que todavía no lograba asimilar.

—Ve a buscar a tu madre —ordenó el hombre a su hijo mayor.

—No, espere —lo detuvo Cipriano Galindo.

—¿Por qué? Tiene derecho a...

Era el momento decisivo y se enfrentó a él con los nervios tensos. Sin dejar de mirar al padre y al hermano

mayor del muerto, cortó su conato de protesta retirando la sábana en su totalidad, de golpe, dejando que la prenda se deslizara suavemente de lado a lado. La imagen de aquella desnudez desató el primer impacto.

La de las heridas, el cuerpo descompuesto y los huesos rotos, pese al buen trabajo del médico, el segundo.

La de los hematomas, el tercero.

Patricio abrió los ojos hasta el máximo. Su rostro era de incredulidad y duda. La cara de Gabriel Quesada reveló algo más: estupor.

—Dios... —apenas si pudo proferir.

—¿Qué es esto? —consiguió exteriorizarlo Patricio.

—Díganmelo ustedes —manifestó el guardia civil.

Las dos palabras tardaron en hacer su efecto. La imagen del cadáver era demasiado fuerte, tan poderosa como un terremoto que les hubiera paralizado. De nuevo fue el padre de los chicos el que hizo escuchar su voz.

—No le entiendo —reconoció al filo del colapso.

—La caída no le hizo esos hematomas.

—¿Qué quiere decir?

—Hay golpes antiguos, recientes, sistemáticos. Golpes crueles, dolorosos. Cada coloración es como una huella, un grito. Y cada uno de ellos es la forma en que Jacinto nos está diciendo algo.

—¿Qué?

—¿Pegaban ustedes a su hijo, señor Quesada? —acabó de disparar la pregunta Cipriano Galindo.

33

Miguel Ángel no se había movido de su habitación.

El mundo, al otro lado de la ventana, era opaco, gris, dañino. Ningún lugar parecía seguro. Ningún espacio conocido podía ocultarle. Estaba solo.

Y ellos le encontrarían.

—¿Por qué no me lo dijiste? —le preguntó a la fotografía en la que se le veía con Jacinto—. No tenías que... ¡Jo, tío, no!

La cabeza le daba vueltas, se sentía arder por dentro pero en cambio no paraba de tiritar de frío. Le dolía el estómago, tenía arcadas, le zumbaban los oídos. Lo peor era que todo daba vueltas a su alrededor. Sólo él estaba quieto.

El silencio le gritaba más y más.

A veces pensaba en el tío Mariano. Se había vuelto loco. En aquel tiempo solía preguntarle a su madre cómo era volverse loco, y su madre respondía que venía a ser como quedarse dormido y despertar al otro lado. La vida se convertía en sueño y el sueño en vida. Sueño o pesadilla. A Miguel Ángel toda aquella historia le hizo preocuparse mucho, hasta que supo que los males raramente pasaban de tíos a sobrinos. De padres a hijos o de abuelos a nietos, sí, pero nada más. El tío Mariano había languidecido tres años en un sanatorio mental, como lo llamaba la familia, deslizándose de forma pacífica por la pendiente del olvido, hasta su dulce muerte un año antes.

Ahora sentía como si el que se volviera loco fuese él.

Con el cerebro del revés.

Miró la hora. Desde su llegada subía y bajaba por aquella montaña rusa. Máximo miedo, terror absoluto, y después la calma, una falsa paz en la que se columpiaba hasta volver a la crecida del dolor y el pánico.

Una y otra vez, con espacios más cortos de tiempo, con picos más agudos y angustiosos, como los del tío Mariano en sus crisis.

Miró a su otro yo, en el espejo, y antes de que pudiera hacer o decirle nada los dos se pusieron de pie al escuchar el ruido de la puerta de la casa al abrirse.

Miguel Ángel no esperó ni siquiera un segundo.

Volvió a salir por la ventana de su habitación y corrió como si le persiguieran todos los demonios del pueblo.

34

Osvaldo Jiménez había dejado de moverse como un león enjaulado.

Ahora, duchado y de nuevo vestido, por lo menos era capaz de estarse físicamente quieto. Otra cosa era su mente, repleta de pensamientos que saltaban de un lado a otro sin que fuera capaz de retener ninguno más allá de cinco segundos.

No podía leer, no podía escuchar música ni conectar el televisor. Hiciera lo que hiciera se le antojaba absurdo, fuera de lugar. El pueblo entero estaba de luto. Cada hora que transcurría, el drama de lo sucedido iría en aumento. Conocía las consecuencias. No era su primer destino.

Veía a Jacinto Quesada. Ya no se le aparecía al cerrar los ojos. Le veía allí mismo, con su ingenuidad adolescente, con su cara de buena persona, con sus ideas siempre ingeniosas. Era de los pocos con los que valía la pena hablar, discutir. Había en él cierta profundidad que escapaba de la media. Incluso coincidían en un aspecto más que singular: no les gustaba el fútbol. Lo consideraban una guerra encubierta, el refugio de muchas frustraciones, una droga mortífera porque enganchara de por vida.

El timbre de la puerta lo arrebató de sí mismo. Pensó que sería del instituto. Pensó que tenía que haberse quedado en él. Se sintió culpable antes de saber si había cometido el menor delito. Por eso, cuando abrió la puerta y se encontró a Manuela Giner, el choque de todos

sus pensamientos logró el pequeño milagro de liberarle y dejarle la mente en blanco.

—Hola —fue lo único que acertó a decir ante su visita.

Su compañera no esperó a que la invitara a pasar. Simplemente entró en el piso y caminó por el pasillo en dirección a la sala comedor. Había estado allí ya dos veces, una como asistente de una reunión de trabajo entre algunos profesores y otra en la celebración de la fiesta de cumpleaños del dueño de la casa. Conocía el camino. Osvaldo no hizo otra cosa que cerrar la puerta y seguir sus pasos. Manuela no se detuvo hasta dejarse caer en una de las butacas de la sala.

—Dame agua, por favor —le pidió.

Fue a buscarla a la cocina. Lamentó no tenerla envasada. Puso un vaso bajo el grifo y lo llenó una vez para quitarle el posible polvo y una segunda con el líquido solicitado por su compañera. Regresó con él y se lo entregó.

Manuela Giner lo apuró de un largo sorbo.

—¿Quieres más?

—No, gracias —dejó el vaso en la mesita, junto al teléfono.

—¿Cómo estás? —quiso saber él.

La mujer hizo un gesto ambiguo. Podía significar cualquier cosa. Pero los ojos la delataban. Brillaban de una forma intensa, tanto como oscura era su mirada. Un contraste de sensaciones. A veces solía pasarse una mano por el pelo, de forma maquinal, como coquetería implícita. Esta vez ni siquiera lo hizo, a pesar de que le caía de manera irregular a ambos lados del rostro.

—He ido a ver a Cecilia Torralba —le informó.

—¿Para qué?

—Siempre estaba con Jacinto —casualidad o no, tragó saliva al decir el nombre—. Creo que había algo entre ellos.

—Pero el amigo de Jacinto es... era Miguel Ángel Gara.

—Ella tiene algo diferente —se limitó a decir—. Es una chica muy sensible.

—¿Y qué te ha dicho?

—No ha querido verme —hizo un gesto de fastidio y le suplicó—: Siéntate, por favor. Me pone nerviosa verte ahí de pie, como un pasmarote.

El profesor de Ciencias ocupó la otra butaca. Estaba relativamente próxima a ella. Le bastaba con extender una mano para tocarla.

—¿Por qué no ha querido verte?

—Tiene un *shock* —le confirmó—. Si no aparece un enjambre de psicólogos y psiquiatras en cuarenta y ocho horas, esto les pasará factura a muchos y a muchas el resto de su vida. Y sé de qué me hablo.

—Es cierto —le dio la razón él.

—¿Sabes algo de nuevo?

—No, ¿y tú?

—Tampoco.

Dejaron que un primer silencio los envolviera. Osvaldo pensó que tenerla allí era gratificante. Casi siempre estaban solos frente a los demás. Los llamaban «el bloque progresista». Lo curioso era que él no se sentía ni mucho menos eso, aunque tampoco fuese un inmovilista como la mayoría. Manuela era la resistente.

La luchadora de las causas perdidas.

—¿Has pensado en algo de lo que hemos hablado antes? —rompió nuevamente ella el fuego.

—Sí —reconoció el hombre.

—¿Y?

—Sé que pasaba algo, pero...

—¿Algo? —su tono fue más de dolor que de sarcasmo—. Jacinto Quesada llevaba ya días, semanas, fuera de la realidad, atrapado en una zona oscura de la que ya

no podía casi salirse. Lo estábamos viendo todos, Osvaldo. Se resentían ya hasta sus notas. La última señal.

—Nunca se había quejado.

—¡Nunca se quejan, y tú lo sabes! ¡Es peor hacerlo! Y no olvides otros detalles, el orgullo, la autoestima...

—Pero son cosas de críos.

—¡No cuando uno se tira por un acantilado!

—Manuela...

—¡Lo ha hecho, lo ha hecho! ¿Una casualidad? ¡Por Dios, Osvaldo!

—No tienes pruebas de...

—¡Ya basta de enterrar la cabeza! —el paroxismo de su voz se hizo angustia—. Son niños para según qué, pero adultos para muchas otras cosas. En todos los colegios hay alumnos bravucones, que se pelean, que humillan al que no les cae bien o es demasiado débil para enfrentárseles. Siempre habrá matones y siempre habrá Jacintos aterrorizados. Tú lo sabes. ¡Pero aquí se nos ha matado uno, Osvaldo! ¡Aquí se nos ha ido de las manos y somos culpables, lo queramos o no, porque lo veíamos, lo sabíamos...! —Manuela se tomó un par de segundos para llevar aire a sus pulmones, pero no fue suficiente como para serenarse. Estaba inclinada sobre la butaca, más y más cerca de su anfitrión, con las manos engarfiadas una sobre otra—. Osvaldo... hay personas que gritan pidiendo ayuda, con todas sus fuerzas, para hacerse oír. Y las hay que gritan más con su silencio. Nosotros hemos sido incapaces de escuchar.

—No es justo, Manuela.

—¿Qué no es justo? —exhaló con amargura—. Díselo a Jacinto Quesada, a sus padres, a Cecilia Torralba o a Miguel Ángel Gara, a todos los que desde hoy le van a llorar y a echar de menos.

—¿Y qué quieres hacer?

La pregunta quedó flotando entre los dos.

De los ojos de Manuela a los de Osvaldo, en un largo viaje de ida y vuelta.

—Ayúdame, por favor —dijo finalmente la profesora—. No puedo hacer esto sola.

35

Roque Mateos se miró en el espejo del recibidor, nada más abrir la luz y cerrar la puerta de la calle. Fue un estudio completo, de lado a lado, como si en lugar de acabar de llegar a casa fuese a salir para reunirse con su novia. Puso cara de duro antes de completar los gestos habituales de rigor.

Dejó las llaves en su lugar, en el colgador, y se quitó la cazadora mientras echaba a andar por la casa.

Su madre sacó la cabeza por la cocina.

—Has venido pronto —le dijo.

—Tal y como está el pueblo de revuelto... ¿Dónde está Salva?

No tuvo que esperar la respuesta de su madre. Su hermano pequeño se materializó en el pasillo, recién salido del cuarto de baño. Todavía se estaba subiendo la cremallera de la bragueta.

—¿Qué ha pasado, tío? —se dirigió a él.

Salva se encogió de hombros.

—A nosotros nos han largado a casa cuando se ha sabido la noticia —dijo—. Igual sabes tú ya más cosas.

—Pues no mucho —Roque entró en la cocina como un ave de rapiña, escudriñando lo que estaba preparando su madre—. Los rumores típicos.

—¡No toques nada!, ¿eh? —le advirtió ella.

No le hizo caso. Pellizcó una de las puntas de la barra de pan. La mujer le golpeó la mano pero eso no fue suficiente. Su hijo pasó de ella.

—¿Y los rumores qué dicen? —Salva se apoyó en el quicio de la puerta de la cocina.

—Que si lo han matado, que si se ha caído, que si se ha tirado... ¿Qué quieres que digan? —mordió la parte más tostada con avidez—. La gente ya está histérica.

—Cómo se nota que no sois padres —lamentó su madre.

—Bueno estará Patricio —Roque continuó masticando la punta de pan—. Supongo que para él su hermano debía de ser tan incordio como tú conmigo, pero aun así...

—Yo no soy un incordio —se defendió Salva.

—Todos sois iguales, unos pringadillos —se burló Roque.

—¿A quién llamas tu pringadillo, eh?

—¿Cuánto hace que no te sacudo, enano?

Su madre se puso en medio.

—Sois unos inconscientes —lamentó—. Como si no hubiera pasado nada, por Dios.

—Tú ibas a su clase, ¿no? —continuó Roque.

—No, él venía a la mía —le rectificó Salva.

—¿Y qué tal? —pasó por alto el comentario.

—Era un mierda.

—¡Salva! —gritó una vez más ella.

—Mamá, era un mierda, y punto —lo dejó bien sentado—. Más raro que un perro verde, ya te lo he dicho antes. ¿Qué quieres, que porque está muerto de pronto tengamos que decir que era un tío estupendo?

—Un poco bestia sí eres —chasqueó la lengua Roque.

—Mira quién habla, el que fue expulsado por darle una patada en los huevos a un árbitro.

Eran más de cuatro años de diferencia, casi cinco. Los 19 de Roque frente a los 14 de Salva. Aunque estaban parejos en estatura, en lo referente a fuerza no había color. Roque fue a por su hermano pequeño. Este se apartó para que no le atrapara. Visto y no visto. De nuevo se quedaron quietos, uno a cada lado de la cocina.

—Sea como sea, adiós a las fiestas del pueblo y a todo lo demás, porque esto va a ponerse chungo —suspiró Roque.

—¿Chungo por qué? —preguntó Salva.

—La guardia civil ya está haciendo preguntas.

—¿En serio? ¿Para qué?

—Pareces tonto —se burló su hermano mayor—. ¡Joder, tío, se haya caído, se haya tirado o le hayan hecho algo, habrá que investigar! ¿No? Vamos, digo yo.

—Hijos, ya basta —musitó su madre.

—¿Yo era tan burro a su edad? —insistió Roque.

—Tú más —le provocó Salva.

Ya no hubo forma de detenerlo. El mayor se fue a por el menor. Salieron de la cocina. Sus voces y las carreras se esparcieron por la casa, con ella detrás, amenazando inútilmente.

36

Gabriel Quesada lo intentó por última vez, aun sabiendo que era inútil.

—Vamos a casa, mujer.

—No —fue categórica su esposa.

El padre buscó la ayuda de su hijo mayor. Patricio se la dio.

—Aquí no hacemos nada, mamá.

Ella se les enfrentó.

—Mi hijo está aquí, y yo estaré donde esté él.

Sabían que no se doblegaría, así que se rindieron ellos. Fernanda tenía tan sujeto a Cosme que más parecía retenerlo para que no se le escapara. El niño mantenía el silencio, la inmovilidad del miedo, formando parte de un drama que, a sus diez años, soportaba de forma estoica aunque, probablemente, sin absorberlo todavía por entero. Su madre llevaba rato con la mirada

al frente, hundida en la nada de la blanca pared que tenía delante.

Había visto a su hijo, cubierto con una sábana.

—¿Por qué habéis gritado tanto cuando os han dejado entrar a verle a vosotros solos? —preguntó de pronto.

—Ya te lo he dicho antes, mujer.

—No, no me lo has dicho.

—Querían saber cosas.

—¿Qué clase de cosas quería saber la guardia civil?

—Nada —su marido apretó los puños—. Ya sabes, si Jacinto tenía enemigos y cosas así.

—¿Cómo iba a tener enemigos un niño de 14 años?

—Han de preguntar esas cosas, y si andaba metido en líos y todo eso.

Fernanda le dirigió una mirada aséptica, neutra. Las dudas le pesaban. Pero todavía no habían abierto una cuña en su ánimo. Su hijo estaba muerto.

—Patricio —cambió la dirección de sus ojos y quedó de cara al joven—, vete a casa y tráele ropa a tu hermano. No quiero que esté desnudo ahí dentro. Hace frío.

—Mamá, todavía tienen...

—Hazlo.

El muchacho buscó la complicidad de su padre, pero este no se la dio.

—Ve —le ordenó él.

No hubo más preguntas. Ni siquiera qué ropa traer o si necesitaba también una muda o lo que fuera. Sabía que eso era lo de menos. Lo más seguro es que no hiciera falta. Pero nadie podía discutir con ella cuando se ponía así.

—¿Sólo ropa para Jacinto? —preguntó antes de salir por la puerta.

—Y algo para tu madre —dijo Gabriel Quesada recordando que ella había salido de casa con lo puesto.

Alan acercó su rostro a los cristales de la puerta del bar para atisbar en su interior. No encontró lo que buscaba, pero aún así, abrió la puerta y se metió dentro. El calor le golpeó el rostro y el olor, fuerte, denso y mezclado, le hizo lo mismo con la pituitaria. Una docena de hombres se repartía entre las barras y las mesas. Unos bebían cerveza o un vasito de vino, otros jugaban al dominó. Los primeros eran más jóvenes; los segundos, más viejos. En la máquina tragaperras, por extraño que pareciera, no había nadie persiguiendo la quimera de la suerte.

Al otro lado de la barra, el padre de Cafre le miró con aspecto grave.

—¿Está por aquí Carlos? —le preguntó.

—Ahí detrás —el hombre señaló una puerta protegida tan sólo por una cortina de plástico de colores.

Parecían tiras atrapamoscas.

—Gracias.

Ninguna pregunta. Lo agradeció. Atravesó la cortina y se encontró con el pequeño almacén del bar. Un patio lo comunicaba con la casa. Cafre trasladaba cajas de un lado a otro, empleándose a fondo. No se detuvo al verlo, como si pudiera llevarse una bronca por ello o como si quisiera terminar cuanto antes la labor.

—¿Qué haces?

—¿A ti qué te parece? —Cafre expresó su malestar—. Le he dicho que tenía que estudiar, pero como si nada. A la que aparezco, me trincan. Mi padre dice que no puede con todo y que la cosa no da para tener a nadie más.

Cargó una nueva caja entre las manos.

—¿Te ayudo y acabamos antes?

—¿Tú?

—Pues vale, paso —Alan se cruzó de brazos.

—¿Sucede algo? —Cafre comprendió que la visita de su camarada no era casual. No en un día como aquel.

El visitante se encogió de hombros.

—¿Y del mierda se sabe algo, si lo han matado o...?

—No seas idiota, cómo van a haberlo matado.

—Entonces...

—Cafre, tío, ¿de qué vas? Todos sabemos que se ha tirado él.

—Bueno, era un idiota —manifestó con la mayor de las naturalidades.

Alan bajó los ojos al suelo.

—Lo era, ¿no? —quiso dejarlo claro Carlos.

—¿Y si nos pasamos?

No esperaba la pregunta, ni todo lo que se escondía tras ella. La recibió igual que un puñetazo en el interior de su conciencia. Alzó las cejas, mostró el pasmo que la cuestión le producía y ya no recogió la siguiente caja. Observó a su amigo, el más especial del grupo, siempre el más raro, sin entender demasiado a qué venía aquello.

—El golpe en la cabeza se lo diste tú —reflexionó.

—No estoy hablando de eso.

—Pues no sé.

—¿Cuánto llevábamos acosándole?

—Tú mismo dijiste que había caras que pedían hostias.

Alan deseó no haber ido a verle. Con Salva y Segis sabía que no le sería fácil hablar del tema, ni reflexionar en voz alta. Pero Cafre era como una pared. Si tenía corazón y sentimientos debían estar ocultos en algún lugar de su corpachón. O no se enteraba, o no quería enterarse.

A Jacinto siempre le zurraba mucho más él. Para algo era «el brazo armado», como solía decir Salva.

Alan recuperó en su memoria la última escena del viernes.

Sí, le había dado un golpe en la cabeza, el primero de su vida, seco, impulsado por la rabia. Y todo porque

en la hora del patio les vio juntos, a Jacinto y a Cecilia. Juntos. Cuando Salva y Segis le rompieron la ropa y le echaron los libros al barro una vez más, no pudo evitarlo y le dio ese golpe.

Lleno de rabia.

—¿No tienes sangre en las venas, nenaza?

Jacinto le miró de aquella forma...

Luego recogió los libros manchados y se fue.

—¡El lunes te matamos, maricón! —lo despidió Salva.

El lunes.

¿Qué estaba haciendo allí, hablando con Cafre?

—Vale, nos vemos —inició la retirada.

—¿Cómo que ya te vas? ¡Si acabas de llegar! ¿Pero qué te pasa, tío?

—Nada.

—¿No me digas que vas a llorar por ese pringado?

No le respondió, cruzó la cortina de plástico y regresó a los aromas del bar. Ahora sí había un idiota en la tragaperras, soñando con ganarle a la máquina.

—¡Alan! —escuchó la voz de Cafre por detrás.

No se detuvo, abrió la puerta de la calle y regresó al mundo.

38

Fue Manuela la que llamó a la puerta mientras Osvaldo se quedaba a su lado a la espera. Al otro lado no tardaron en escuchar el sonido de unas zapatillas acercándose. Luego, una voz:

—¿Quién es?

—Señora, somos del instituto. Queríamos hablar con Miguel Ángel.

La puerta se abrió. Por el hueco apareció una mujer rechoncha, de complexión fuerte aunque ajada. Su primera mirada fue de una a otro mostrando su sorpresa.

—¿Del instituto? —repitió.

—Perdone que la molestemos —la sonrisa de la profesora de Lengua fue franca—. ¿Podemos hablar con su hijo?

—¿No está en la escuela? —se alarmó la mujer.

El intercambio ocular entre los dos visitantes fue explícito. Esta vez el que tomó la palabra fue el profesor de Ciencias.

—Hoy no ha habido clases, señora. Hemos dado permiso para que todos se fueran a sus casas.

—¿Ha hecho algo malo Miguel Ángel?

—No, no, descuide. La nuestra no es más que una visita... —no supo qué palabra emplear.

—Sólo queremos hacerle unas preguntas —intervino otra vez Manuela.

—Es que si estuviera en casa lo sabría, me habría dicho algo o le habría oído, y no...

Ya no continuó hablando. Mitad curiosa, mitad preocupada, se dio media vuelta para dirigirse a la habitación de su hijo.

—Pasen, pasen, no se queden en la puerta.

Fueron tras ella. Apenas cubrieron media docena de pasos. La dueña de la casa abrió la puerta de la habitación de Miguel Ángel sin llamar. Lo primero que vieron fue la ventana abierta. Lo segundo, su mochila, sobre la cama.

—No entiendo... —vaciló su madre antes de volverse hacia ellos y preguntar—¿Y qué ha sucedido hoy para que hayan cerrado la escuela y quieran ver a Miguel Ángel?

39

Las fotografías del cadáver de Jacinto, tomadas con la cámara digital, ya habían sido pasadas al ordenador y copiadas en papel. Un grupo lo formaban las instantáneas realizadas en el lugar de los hechos, incluyendo

algunas de la parte superior del acantilado. Otro grupo estaba integrado por las del cuerpo desnudo del muchacho. No sabía cuáles eran peores, si las primeras, con los huesos rotos y el interior reventado a causa del impacto de la caída, o las segundas, sin ropa, mostrando tanto las heridas que le habían causado la muerte como los hematomas que salpicaban su cuerpo y le conferían aquel aspecto aún más aterrador.

Cipriano Galindo las estudió buscando algo.

Siempre ese detalle revelador, siempre esa pista oculta, siempre el punto de inflexión.

Los muertos hablaban.

Gritaban.

—Dime algo, chico —suspiró sin apartar sus ojos de aquella sinfonía del horror.

Cogió una lupa para volcarse en el examen más preciso de las fotos, una a una, aunque tanto en la playa como en la consulta del médico sentía que ya lo había hecho de forma exhaustiva.

No llegó a inspeccionar ni siquiera la primera.

El timbre telefónico le asustó. Le rompió la concentración de arriba a abajo. Estuvo a punto de no descolgarlo. Luego comprendió que si sonaba en su despacho significaba que la llamada era personal y pensó en ella.

Laura.

¿Por qué había tenido que suceder algo tan espantoso tan cerca de la boda? ¿Cómo olvidar la visión de Jacinto Quesada muerto, y todas aquellas fotografías tan explícitas?

¿Cómo olvidar el rostro de sus padres, o los gritos de Gabriel Quesada y de su hijo Patricio, después de que él les preguntara si pegaban a Jacinto?

El hombre casi lo había agredido.

Dejó la lupa y tomó el auricular. Tenían ordenadores para trabajar, pero no un teléfono moderno en el que apareciese el número de la persona que llamaba. No

supo si alegrarse o sentirse incómodo cuando escuchó la voz de su novia.

—Hola, futuro marido.

Cipriano Galindo tapó las fotos con un par de carpetas.

—Hola, cariño.

—¡Huy, menudo tono! —Laura era la persona más alegre, feliz, divertida y radiante que jamás hubiese conocido. Disfrutaba de una rápida facilidad de palabra—. No te estarás rajando, ¿verdad?

—Ya sabes que no.

—Entonces, ¿qué pasa? ¿Has pillado a uno que iba a 250 por hora o hay disturbios raciales en el pueblo? ¿Se lo contaba?

Por qué no. Lo sabría de igual forma. Y no se sentía en condiciones de mantener una conversación trivial, falsa, fingiendo que aquellas fotografías no estaban allí. Su felicidad, la boda, el paraíso ganado con ella, era justamente lo que ahora le salvaguardaba.

—Ha muerto un chico de 14 años —le confió a Laura—. Y ya te dije que hoy estaba solo, que el teniente se iba para cumplir unos cometidos. Me ha caído todo el marrón encima.

—¡Ay, cariño, lo siento! —la voz dejó de ser alegre—. Y ese chico... Pobrecillo, ¿no? ¿Qué le ha pasado? ¿Un accidente de moto?

No supo la razón.

Lo cierto es que lo dijo por primera vez en voz alta.

—Creo que se ha suicidado.

40

Segis seguía solo en casa. Sus padres trabajaban, los dos. Y también su hermana. Los mediodías solía comer en casa de su abuela.

La había llamado hacía rato para decirle que no iría.

La charla con su vecina había sido la mejor de las últimas semanas. Por lo general, cuando coincidían, nunca estaban solos. O merodeaba su marido o sus padres controlaban. No era la primera vez que su madre protestaba de forma explícita.

—¡Muy suelta veo yo a esa chica! —la criticaba—. El día menos pensado tendremos un disgusto, porque el marido para mí que es de los que tiene la mano tonta.

—Pues es una tía la mar de enrollada —la defendía él.

—Sí, ahora lo llamáis así —ponía cara de no creérselo su madre—. ¡Un pendón desorejado, eso es lo que es! ¡Que yo no sé por qué se casan algunas!

Lo cierto era que le atraía la idea de que lo fuera de verdad.

Segis se acercó a una de las ventanas que daban al patio, pero hacía rato que no había señales procedentes de la casa contigua. Se agitó con sólo imaginarla viendo la tele, cocinando o... Qué más daba. Cada día intentaba espiarla a través de las ventanas, de una forma u otra. Imaginarla vistiéndose, desnudándose, duchándose, era una especie de tormento. En lo único que no quería pensar era en las noches, con su marido.

Los había con suerte.

Pensó en volver a jugar a baloncesto, para quemar toda aquella adrenalina, cuando el timbre de la puerta le condujo de nuevo a la realidad.

Le echó un vistazo a la hora, en el reloj del comedor, y se dirigió a la puerta de la casa. Ver a Salva le extrañó un tanto, aunque tampoco demasiado.

En día como aquel...

—¿Alguna novedad?

El aparecido dobló las comisuras de los labios hacia abajo. Podía significar cualquier cosa. Segis cerró la puerta después de que entrara y los dos caminaron has-

ta su cuarto. Se sentían seguros. No hizo falta aislarse, como otras veces. La puerta de la habitación quedó abierta.

—Me ha llamado Cafre —fue lo primero que dijo Salva.

—¿Qué quería?

—Alan ha ido a verle. Dice que estaba raro.

—¿Cómo raro?

—Ambiguo, no sé. Cafre asegura que parecía afectado por la muerte del mierda.

—Siempre te he dicho que tenía cosas raras.

—Es un tío legal, va.

—Pero habla poco.

—Eso no es malo. Todo lo tiene aquí —Salva se tocó la sien con el dedo índice de su mano derecha.

—A ti porque te cae bien esa aureola de chico intelectual.

—Oye, Segis, no me jodas —rezongó su compañero—. Bastante liadas andan las cosas.

—¿Ah, sí?

—La guardia civil está haciendo preguntas.

—¿Y qué?

—El viernes le dimos una buena, ¿lo has olvidado?

—Ya, y no hemos vuelto a verle desde entonces —dijo con la mayor de las naturalidades.

Salva expulsó una larga bocanada de aire.

—¿Tú crees que lo ha hecho?

—¿El qué?

—¡Tirarse, coño! —gritó con una punta de crispación.

—Hay que tenerlos muy bien puestos para eso.

—Pues ya ves.

—¿Y qué si se ha tirado? —vaciló Segis.

No hubo respuesta. Salva se acercó a la ventana. También él pareció buscar a Anabel. Se entretuvo atisbando la casa vecina un par de segundos antes de darse la vuelta y quedar apoyado en el marco.

—Cuando iban al insti, mi hermano Roque y el hermano de Jacinto, Patricio, eran inseparables, como nosotros. Al acabar, entre las novias y el trabajo... Cada uno se fue por su lado.

—¿Y eso que tiene que ver?

—Según Roque, Patricio era una mala bestia. Y dice que lo sigue siendo. Se lía a hostias en un abrir y cerrar de ojos.

—Vale, ¿y qué? Jacinto nunca decía nada. Por orgullo o por lo que fuera, por lo menos el tío no era un chivato ni un llorica. Mira, oye, todo ese rollo de que se ha tirado... —arrugó la cara demostrando que no le encajaba—. Ya te digo que no era tan valiente. ¡Pero si nunca se defendía! ¡Puto cobarde! ¿No le atizábamos por eso?

—Por si acaso, si nos preguntan, éramos colegas, ¿eh? Nos sacudíamos un poco y ya está, como todos.

—¿En serio crees que hay que preocuparse?

—Por si acaso.

—¿Se lo has dicho a Cafre?

—No, y mejor hacerlo en persona.

—¿Y a Alan?

—No estaba en casa.

—¿Y dónde leches estará ese?

No hubo respuesta. Salva volvió a mirar por la ventana.

Tuvo más suerte.

—Desde luego tienes razón: tu vecina está de puta madre, ¿vale, tío? —manifestó con la nariz pegada al cristal.

41

Patricio abrió la puerta de la casa y sólo al entrar en su interior recibió la fría descarga de aquel silencio.

Tuvo que cerrar los ojos, por primera vez, aturdido, y apretar las mandíbulas para no gritar.

Jacinto muerto. La familia rota. El peso de la peor de las maldiciones golpeándolos con la mayor de las durezas.

Ya nada sería igual.

Conocía los síntomas.

Su madre no se recuperaría nunca, su padre acabaría bebiendo aún más, a Cosme y a él les controlarían al milímetro, el recuerdo del hermano muerto pesaría siempre sobre todos ellos de una forma angustiada. Era como si la misma muerte se hubiese instalado ya entre los cuatro.

Y quedaba el interrogante final.

Las heridas producidas por la caída eran espantosas, el cuerpo descompuesto, los huesos rotos, la carne desgarrada por ellos en los brazos y las piernas, a pesar de que el médico lo había disimulado en lo posible, pero los hematomas...

Su padre casi se había abalanzado sobre el guardia civil cuando él insinuó...

—Hijo de puta —suspiró más como exclamación que dirigido al sargento en concreto.

No quería dejar solos a sus padres demasiado rato. La tensión crecía. Que su madre hubiera entrado en aquella catarsis no significaba nada. Tarde o temprano estallaría de nuevo, y con ella su padre. Lo mejor era regresar cuanto antes. Bastante había tardado en llegar a causa de la gente que se puso a pararle en la calle, alertada por la noticia, en busca de respuestas que él no tenía.

Patricio se metió en la habitación de su hermano.

Sintió la descarga, el ramalazo de furia unido a la sensación de desamparo.

La habitación de Jacinto.

El museo de los recuerdos.

No supo cómo reaccionar, si echar a correr o tranquilizarse y hacer lo que le habían pedido: recoger algo de ropa para volver a vestirle. No tenía sentido. Igualmente le harían la maldita autopsia, para determinar las causas de la muerte. Pero con su madre no se podía discutir.

Tan tozuda...

Vio la carta en el suelo, junto al sobre, y reconoció la letra de su hermano. La tenía muy clara, diáfana. Cubrió los dos pasos que le separaban de ella y se agachó para recogerla. En el sobre leyó una sola palabra: «Mamá».

No entendió qué hacían aquellos dos papeles en el suelo de la habitación, pero deslizó sus ojos por la carta y eso dejó de importarle a los dos segundos.

Suficientes para leer la primera línea:

«Lo siento, pero no puedo soportarlo más...»

TERCER GRITO

Las palabras

(Tarde)

42

Los golpes en la ventana la alarmaron.

Primero pensó que podía ser su madre, insistiendo, tratando de espiarla. Luego incluso se imaginó a su profesora de Lengua haciendo lo mismo. Aún no entendía qué había ido a hacer a su casa. Pero cuando se acercó a ella y apartó la cortina con quien se encontró fue con Miguel Ángel.

El único con el que podía hablar.

Le cayeron las primeras lágrimas mientras abría los ventanales y le ayudaba a subir. Le costó, porque aquella ventana era un poco más alta de lo normal y su compañero no tenía el don de la agilidad. Pero, finalmente, el aparecido logró asentar ambos pies en el suelo de la habitación con el rostro colorado y un leve jadeo resaltando su respiración.

Cecilia le abrazó.

En silencio, sin decir nada.

Y él no supo que hacer, si corresponder a ese abrazo o quedarse quieto.

Se quedó quieto.

—Gracias –susurró la chica en su oído.

—¿Por qué?

—Por estar aquí.

Lo apretó un poco más y, ahora sí, él subió los brazos y se abandonó en el gesto.

Permanecieron así mucho rato, compartiendo la compañía y el dolor, hasta que él rompió la calma.

—Han venido a verme la señorita Manuela y el Osvaldo.

—¿Qué querían? –Cecilia se apartó de él para poder verle.

—No lo sé –se encogió de hombros–. Me he largado por la ventana antes. Estaba en el cobertizo cuando les he visto llegar.

—A mí ha venido a verme ella. Pero tampoco he querido hablar. ¿Para qué? Ahora ya no sirve de nada.

—No digas eso.

—Ya no podemos ayudarle, Miguel Ángel.

—¿Y yo?

Fue él quien inundó ahora sus ojos.

—Ya no pueden hacer nada –aseguró Cecilia.

—Irán a por mí.

—¡No! –le puso una mano en el brazo.

Fue un contacto electrizante, le infundió calor, pero no valor. Miguel Ángel se sentó en la cama porque seguía temblando. Cecilia se quedó frente a él, de pie.

Cuando empezó a llorar, ella se sintió desarmada.

—Me... lo dijo... –gimió el chico.

Fue como si alguien hubiera arrojado una bola de fuego en la habitación.

—¿Qué te dijo?

—Que estaría mejor... muerto –el sentimiento le aho-

gó por un instante, alterando su respiración y la coordinación de sus palabras—. Estaba aterrorizado. Ayer...

—Miguel Ángel... —balbuceó Cecilia.

—¡Dijo que ya no podía más, que ir al colegio era la peor de las torturas! —su visitante descargó el torrente de su dolor—. ¡No podía pensar en otra cosa, en nada que tuviera que ver con mañana, o pasado, o la semana que viene o el mes próximo, que sólo contaba el ahora, y que ese ahora era una mierda y no valía la pena ser vivido! ¡Eso dijo! ¿Vale? ¡Eso dijo y yo...!

—¡Tú no podías saberlo!

—¡Era su mejor amigo!

—¡A veces hablamos de la muerte, yo misma he escrito cosas acerca de ella, es natural, pero de ahí a...!

—¡Se ha matado, Cecilia! ¡Lo ha hecho! —Miguel Ángel gemía y lloraba al mismo tiempo—. ¡Y nosotros pudimos haberlo evitado! ¡Si te hubiera llamado ayer por teléfono, para que le hablaras, o... qué se yo! ¡Ahora resulta que es demasiado tarde!

Se vino abajo. El nuevo abrazo de su amiga sólo sirvió para arrastrarla también a ella. Fue muy fuerte, intenso. Pero no por ello dejó de hablar mientras caía.

—¿Te imaginas... lo solo que debe de haberse sentido esta... mañana? ¿Puedes imaginártelo...?

Los dos le vieron mentalmente en la cornisa, mirando al vacío, saltando, volando libre por unos segundos. Libre.

Una imagen dulce en el infierno.

43

Cipriano Galindo no esperaba que el instituto hubiera cerrado, aunque comprendió que, dadas las circunstancias, era la actitud más lógica. Aun así, atravesó la cancela de metal y penetró en el patio para dirigirse

a la entrada. Su uniforme le delataba, así que fue visto antes de que llegara la puerta principal. Un hombre con una bata de color azul se le quedó mirando con el mayor de los respetos.

—¿Se ha ido todo el mundo? —le preguntó el guardia civil.

—No, todo el mundo no.

—¿Está el director?

—La directora —lo corrigió—. Sí.

No le hizo ninguna pregunta más. Sobraban. Tampoco le invitó a pasar a una sala o le condujo hacia el despacho de la persona que esperaba ver. Lo dejó en mitad del amplio distribuidor de la entrada y desapareció por un pasillo de la izquierda. Cipriano Galindo se entretuvo en observar los tablones que adornaban el lugar, con carteles y anuncios, listados de nombres y avisos, fotografías de una excursión y clasificaciones de campeonatos de ajedrez o de fútbol entre clases. Los pósters lanzaban mensajes claros para prevenir el sida, los embarazos adolescentes, la conducción temeraria a causa del alcohol y las drogas. No había vuelto a pisar una escuela desde que acabó los estudios, y parecía haber llovido mucho desde entonces.

O tal vez no.

Todavía podía recordarlo todo tan bien...

Sus amigos, sus enemigos, el primer amor, aquella maestra, el cabrón de don José María, el gol de la final, las sensaciones de un tiempo irrepetible, aunque eso lo viera ahora, no entonces.

Escuchó el sonido de unos pasos y recuperó la visión del hombre de la bata azul.

—Venga, por favor.

Le siguió hasta el despacho de la directora. Cuando llegó, ya llevaba el tricornio en la mano izquierda. Se encontró con una mujer discreta, de rostro agradable y mirada fuerte, aunque en aquellas circunstancias se le

notase el peso de lo que a todos les había caído encima. Se estrecharon la mano mientras se presentaban.

—Sargento Galindo, perdone que la moleste.

—María Pina, tranquilo. Supongo que nos traerá alguna noticia...

—Me temo que es pronto para eso, señora.

La mujer pareció desilusionada.

—¿Quiere sentarse? —le ofreció.

—Sólo serán unos minutos —ocupó una de las dos sillas frontales a la mesa y ella hizo lo mismo con la otra, para quedar delante de él sin tener obstáculos entre ambos—. Quería hacerle unas preguntas, si no le importa.

—Faltaría más.

—En primer lugar me gustaría que me hablara de Jacinto Quesada.

—Pues... era un chico normal, como la mayoría —abrió las manos apoyando la naturalidad de sus palabras—. Buen estudiante, nada problemático, ningún lío en estos años... Los profesores le han valorado siempre muy bien.

—¿Quiénes eran sus amigos más cercanos?

—De eso mejor pueden hablarle sus profesores. Llevo siete años en el cargo y nunca le ha dado clase.

—¿Qué profesores?

—Pues... Manuela Giner, por supuesto. Es la profesora de Lengua. Y también Osvaldo Jiménez, el profesor de Ciencias. En la última reunión los dos comentaron cosas de él.

—¿Puede darme sus señas?

—Sí, claro.

Se levantó, rodeó la mesa, abrió el cajón central, extrajo una libreta de apariencia personal y anotó en un papel los datos solicitados. Se los pasó pero no llegó a ocupar su asiento por segunda vez. Cipriano Galindo

miraba una fotografía colgada de la pared en la que se veía a dos docenas de sonrientes personas.

—Es la excursión de Semana Santa —le informó la directora del instituto—. Esta es Manuela Giner y este Osvaldo Jiménez.

El sargento de la guardia civil se levantó para estudiar mejor los rostros de sus dos nuevos testigos.

44

Llevaban un buen rato sin hablar.

Ya ni siquiera miraban por la ventana a la caza de una imagen de Anabel.

—Miguel Ángel —dijo de pronto Salva.

—¿Qué pasa con el gordo? —despertó de aquel letargo Segis.

—Tenemos que hacer algo con él.

No entendió lo que su amigo trataba de decirle.

—¿Sacudirle?

—No seas burro, tío —Salva le lanzó una mirada obsesiva—. Siento como si esto pudiera salirse de madre, y no me gusta.

—¿Pero por qué estás tan preocupado?

—Un presentimiento.

—¿Y todo porque te ha dicho Roque que la guardia civil anda haciendo preguntas?

—No me gustan los picoletos.

—Ya, ni a mí. Bueno, a mí no me gusta nadie que lleve uniforme. Se creen la leche.

—El problema es que esto es un pueblo. Aquí la mitad de la gente se conoce.

—¿Qué quieres que hagamos?

—Te lo estoy diciendo: hablar con él.

—¿Con el gordo?

—¡Sí, coño, con el gordo! ¿No ves que puede meternos en un lío?

—¿A nosotros?

—Le hemos hecho la vida imposible a Jacinto. Y cuando uno la palma siempre se busca alguien a quien cargarle el muerto. Miguel Ángel era su mejor amigo.

—Y ahora está solo.

—Pues eso mismo. Va a necesitar un poco de ayuda, ¿no crees?

—¿Vamos a ser colegas del gordo? —Segis no ocultó su estupor.

—De momento.

—¿Y Cecilia Torralba?

—Esa es otra, pero no sé hasta qué punto Jacinto le contaba cosas. Que un tío le diga a una tía que le dan de hostias es raro. Primero el Miguel Ángel.

Por lo menos se alegraron de tener algo que hacer.

—¿Vamos ya? —fue el primero en levantarse Salva.

Segis lo secundó, no de muy buena gana, pero se levantó.

45

Patricio se sentía furioso, fuera de sí, pero al llegar a la casa de los Mateos la sensación fue a peor, se convirtió en rabia y desolación. Una oleada de odio visceral, profundo, cubrió todas sus terminaciones nerviosas impidiéndole casi pensar. La marea roja subió hasta sus ojos y se convirtió en una venda capaz de cegarle.

No llamó a la puerta, la golpeó.

—¡Abrid! ¡Cagüen todo, abrid!

Continuó golpeándola con los dos puños hasta que escuchó el sonido al otro lado de la madera y se detuvo una fracción de segundo. Al desaparecer el obstáculo se encontró frente a Roque. Por detrás vislumbró a alguien más, en la penumbra del pasillo.

Ya no se detuvo.

Cargó contra el que había sido su compañero escolar, apartándole de su paso, entrando en la casa como un tanque en busca de su objetivo.

—¡Pero qué...! —intentó detenerlo Roque, cogido de improviso ante su irrupción.

Patricio le empujó contra la pared, aplastándolo con su peso.

—¿Dónde está Salva?

—¿Salva? —su hermano mayor aún no entendía nada.

—¡No le escondas, Roque!

—¿Para qué iba a esconder yo a Salva? ¡Joder, tío!, ¿qué te pasa?

Intentó quitárselo de encima y Patricio cargó aún más contra él, aprovechándose de su ventaja. Subió su brazo izquierdo hasta apoyárselo en el cuello y restarle el resuello. La mano derecha, con el puño cerrado, esperó a media distancia. Las sombras del pasillo se hicieron reales a su lado. Una era la de la madre. Otra la del padre.

—¡Hijo! —gritó ella asustada.

—¿Qué está pasando aquí, eh? —tronó la del hombre.

Patricio repitió la pregunta:

—¿Dónde está Salva?

—¡No está aquí, se ha ido! ¿Quieres soltarme, idiota?

—¡No le escondas, Roque! —insistió en su observación.

—¿Te repito que para qué voy a esconderle? ¿Te has vuelto loco?

No tuvo más remedio que soltarlo para intentar continuar su avance. Eso le perdió. En el momento en que dejó a Roque se encontró con el cabeza de familia obstaculizándole el paso. Y no pudo con él. No sólo porque era recio y estaba en guardia sino porque Roque reaccionó rápido por detrás.

—¡Salva! —gritó Patricio con todas sus fuerzas.

El puñetazo de Roque le alcanzó el riñón derecho. Fue seco y duro. La sacudida le arrojó contra la pared del pasillo. Una oleada de calor ardiente le inundó el cuerpo. Cuando trató de volverse para evitar un segundo impacto se encontró con los brazos del señor Mateos sujetándolo. Roque se le tiró encima y los dos cayeron entonces al suelo, en medio de los gritos de alarma de la mujer. La iniciativa cambió de mano.

—¿Quieres calmarte? —le escupió en la cara Roque—. ¿Qué pasa contigo, joder?

—¡Salva estaba martirizando a Jacinto! —trató de quitárselo de encima pero le fue imposible—. ¡Tu hermano le tenía machacado!

—¿De qué coño estás hablando?

—¡Mi hermano se ha matado! —fue un aullido más que un grito—. ¡Se ha suicidado porque el tuyo le hacía la vida imposible! ¡Yo he visto su cuerpo! ¡Estaba machacado! ¡Suéltame, cabrón!

—¿Qué tiene que ver Salva con esto? —mantuvo su presión Roque.

—¡Lo ha dejado escrito, en una nota! ¡Salva, Segis, el Cafre del bar Lolo...!

La madre se echó a llorar.

—Vete a casa, Patricio —se hizo escuchar la voz del padre.

—¡No!

—¿Quieres calmarte? —Roque tenía los dientes apretados y un loco deseo de volver a golpearle—. ¿Pero qué es todo esto de que mi hermano...? ¡Por Dios, tío, tú y yo también la tomamos con más de uno, que menudos éramos! ¡Son cosas de críos! ¿Suicidio? ¿Por qué iba a suicidarse un chico de 14 años? ¿Te has vuelto loco?

No quería ceder, pero las fuerzas se le apagaron por la tensión y el dolor que todavía inundaba su cuerpo después del puñetazo. Quiso luchar, ofrecer resistencia,

y fue inútil. Roque llevaba la iniciativa. Hizo un último esfuerzo y se llevó un segundo puñetazo, en la cara. Tras esto ya no fue sólo su antiguo compañero, sino también su padre.

—Se acabó, fuera de aquí.

Lo levantaron entre los dos. Patricio sintió una arcada. Eso fue aún más definitivo. No quería vomitar. Quería matarles.

Mientras le empujaban hacia la puerta de la calle, escuchó los gemidos de la madre de Salva. Fue lo último que se llevó de la casa antes de que lo arrojaran en mitad de la acera.

La puerta se cerró violentamente.

46

Se detuvieron a pocos pasos de la puerta de la casa de ella, y antes de que él tuviera tiempo de despedirse Manuela se volvió para decirle:

—No quiero quedarme sola, por favor.

—Claro —asintió Osvaldo.

—Es muy tarde, podría preparar algo para comer...

—No tengo hambre.

—Yo tampoco, pero...

—Tranquila. La verdad es que tampoco me apetece nada volver a mi casa. Hay momentos en que el silencio es como un estruendo.

—Gracias —se sintió más aliviada.

Tomó la iniciativa, llegó hasta la puerta y la abrió. Por la acera corría una mujer, en su dirección, quizás para llorarle, quizás para preguntarle si se sabía algo más. Se metió rápido en su casa y casi tiró del profesor de Ciencias.

—No quiero hablar con nadie —se excusó ya con la puerta cerrada y los dos a salvo.

Eran solteros, vivían solos, y se les notaba. Pero a diferencia de su casa, Osvaldo percibió los detalles y el buen gusto en la de Manuela Giner. El lugar destilaba paz, confort sin excesos, la minuciosidad de las pequeñas cosas. No había ningún objeto fuera de lugar, ni una mota de polvo. Todo estaba a punto para la vida, aunque la vida pasase de largo sin usar nada, algo que también se notaba.

—¿Seguro que no quieres...?

—No, en serio, no te molestes.

—No es ninguna molestia, ya lo sabes. Voy a sacar algo de picar y ya está, ¿te parece?

No quiso decirle que era incapaz de tragar nada, aunque sí tenía sed. Hacía ya muchas horas desde su desayuno.

—De acuerdo —se resignó.

Se estaba tan bien allí...

Miró los libros de la sala. La biblioteca era grande, y había de todo. Manuela debía de pasarse allí muchas horas leyendo además de corregir exámenes o preparar su asignatura con la minuciosidad con la que lo hacía. Le echó un vistazo a los lomos de las novelas. En un lado descubrió a los grandes de la literatura francesa y rusa del XIX, en otro, a los clásicos americanos del siglo XX, en otro más, una variada gama de narrativa hispana procedente de ambos lados del Atlántico. Las novelas más recientes se hallaban en otro mueble, aparentemente nuevo, incrustado casi entre dos puertas.

—¿Me ayudas? —oyó la voz de Manuela.

—Sí, perdona.

Llegó a la cocina. Las dos fuentes ya estaban preparadas. Una con quesos y otra con embutidos. En una cesta había pan.

—¿Agua, vino, cerveza...?

—Agua —se resignó él.

—Lleva esto a la mesa. Yo voy ahora.

Tomó las dos fuentes y se dirigió al comedor. Manuela le siguió con el pan y la jarra del agua. Mientras ella ponía las servilletas Osvaldo fue a buscar los vasos. Una vez estuvo la comida en la mesa se produjo el milagro. Los quesos y los embutidos tenían tan buena pinta que el nudo de la garganta se fundió con sólo aspirar aquel aroma. Casi se sintió mal por reconocer que sí que, a pesar de todo, tenía hambre.

Descubrir que la vida seguía le sacudió la conciencia.

Tardaron casi un minuto en volver a hablar. El tiempo justo de dar un primer bocado a la comida y beber unos sorbos de agua. Fue ella quien siguió manteniendo la iniciativa.

—Cecilia Torralba no ha querido hablar conmigo, y Miguel Ángel Gara se ha escapado por la ventana –suspiró—. ¿No te parece curioso?

—Yo lo entiendo –quiso justificarlo él—. Están afectados, probablemente en estado de *shock*. La muerte de un compañero siempre les descoloca. En casos así es necesaria la presencia de psicólogos y expertos.

—Creo que lo resumes demasiado.

—¿Cuál es tu versión?

—Que a Jacinto Quesada le estaban sometiendo a *bullying* –dejó el pedazo de pan untado con queso fresco en su plato—. ¿Te suena, no?

—Claro.

—Creo que viene del inglés *bully*, que significa algo así como matón –Manuela jugueteó maquinalmente con el trozo de pan—. Pero en España solo se habla de ello cuando sucede una tragedia, ¿sabes? La gente aún cree que las escuelas son lugares a los que se viene a aprender y nada más. Cuando algo se sale de madre se acude al clásico «son cosas de chicos». Aquí nadie piensa que pueda suceder algo como lo de aquel colegio de Estados Unidos, Columbine, el de la matanza. ¿Te imaginas a

dos chicos armados hasta los dientes masacrando a sus compañeros?

—Ese fue un caso extremo.

—La primera vez que vi en una película americana arcos para detectar armas en las entradas de los colegios pensé: «¿Cuánto tardaremos en ver eso en España?». Lo malo siempre llega, tarde o temprano.

—Pero eso no tiene nada que ver.

—Todo tiene que ver.

—Siempre ha habido matones en las escuelas, y chicos y chicas que se han llevado las bofetadas. Forma parte del propio aprendizaje.

—¿Estás haciendo de abogado del diablo?

—Tal vez —Osvaldo acusó el comentario de su compañera—. ¿Crees que a mí no me zurraron de niño?

—¿Y por qué lo hacían?

—Me gustaba leer, me gustaban los bichos, me gustaba estudiar... Y era muy enclenque, un palillo. No tenía ni media bofetada. Lo pasé bastante mal. Y no era el único. Había un chico tartamudo, y otro con una minusvalía en una mano del que hacían algo más que burlarse. Recuerdo toda aquella crueldad...

—¿Y ahora no reconoces esto aquí, en Jacinto Quezada, por ejemplo?

La mirada del profesor de ciencia se llenó de cenizas, lo mismo que su rostro.

—Puede que aún me den miedo los matones —reconoció enmascarándose con una tímida sonrisa de desaliento.

—Osvaldo —la profesora de Lengua se inclinó sobre la mesa—, me da la impresión de que esto va a ponerse patas arriba, y de que nos van a sacudir desde todos los lados. Ha muerto un crío de 14 años. Mañana tendremos aquí a la radio, a la tele, a la prensa... Y si es lo que pienso, habrá una sacudida muy fuerte, en todo el país. Va a hablarse de *bullying* hasta en la sopa. Este

pueblo ya no será el mismo, pase lo que pase, pero nosotros seguiremos, con la carga que nos corresponda como parte de lo sucedido. Si no nos enfrentamos ya a ello, será peor.

—¿Y si alguien le ha matado o, después de todo, solo ha sido un accidente?

Manuela no respondió. Solo continuó mirándolo con fijeza.

Osvaldo bebió casi todo el vaso de agua al descubrir que tenía la garganta seca.

47

Alan seguía en tierra de nadie.

No dejaba de pensar.

En Salva, Segis, Cafre, Jacinto y, sobre todo, en Cecilia.

Sentía que él mismo se la había arrebatado del futuro, que había empezado a arrancársela el día en que Jacinto Quesada se convirtió en su objetivo, víctima de una animadversión acuciante, imparable.

Sin nombre.

Todos decían que era cerebral, que hablaba poco porque interiorizaba y racionalizaba mucho, que era un buen observador, distante y frío, con intuición, dosis de ironía y reflexivo. Un chico brillante. Le tenían por un líder.

Y en cambio él seguía a Salva.

¿Por qué?

¿La fascinación de lo vulgar? ¿Una forma de convertirse en alguien normal, para no estar solo, para no ser otro Jacinto Quesada?

Cafre era tonto, Segis una sombra de Salva, sin cerebro, incapaz de pensar por sí mismo, y el propio Salva...

No, él no era un líder. Salva sí. Él no era mucho más mierda que Jacinto.

Y encima se colaba por una cría.

Qué absurdo.

Miró la silueta del pueblo, recortado en la breve distancia como un *skyline* rural y discreto, con la torre de la iglesia y poco más. Había nacido allí. Sabía que un día se marcharía para no volver. Pero había nacido allí. Un mes antes, en una de las clases de la señorita Manuela, habían hablado de los orígenes que, por lo visto era un tema recurrente en muchos escritores. La profesora de Lengua dijo que nadie podía perder el origen, que era como la concha de los caracoles: la llevaban siempre encima porque sin ella morían. Así que, si eso era cierto, allí estaba su concha, eterna, para siempre.

La señorita Manuela había dicho algo más.

—Lo que nos marca en la vida sale siempre del pasado, de la infancia y la adolescencia. Es una huella indeleble. Somos como cebollas: se nos van formando capas. Pero las que están más adentro, más cerca de nuestro origen y de nuestro corazón, son las definitivas, las más importantes. El resto no hace más que ir cubriendo las primeras a modo de segunda piel.

¿Le perseguiría el fantasma de Jacinto el resto de su vida?

¿Habría un antes y un después de aquel día?

Continuó mirando el pueblo desde su observatorio, bajo el árbol solitario del camino de la colina. La rabia que llevaba sintiendo semanas, meses, de pronto se había convertido en sorpresa. Igual que despertar de un sueño, bueno o malo, tanto daba. Sorpresa porque ahora estaba del otro lado.

Y no se reconocía a sí mismo.

Tenía que telefonar a su casa, decir que había comido ya, en el bar de Cafre, que no se preocuparan, que estaba con los del instituto, velando el cuerpo de Jacinto

o algo así. Tenía que mentir para no regresar y ahogarse en su habitación. Necesitaba respirar.

La muerte le recordaba la sensación de vivir.

¿Por qué no dejaba de pensar en Cecilia?

¿Por qué, si ella debía de odiarle con todas sus fuerzas?

48

Miguel Ángel caminaba de regreso a casa con la cabeza caída sobre el pecho y la mirada hundida en el suelo. Había hecho aquel mismo camino cientos, quizás miles de veces, así que no prestaba atención a nada externo. Era como un ciego que hubiera memorizado todos los factores y se moviera con el piloto automático. Tiempo, distancia, cadencia... Las miradas resbalaban por encima de su piel. Un chico solitario en una calle no era muy diferente de una farola o un banco.

Incluso en un día como aquel.

La sorpresa le llegó por detrás, primero en forma de mano deteniéndole, a continuación, en forma de voz atenzándolo los sentidos.

—¡Eh, Miguel Ángel!

Que no le llamara «gordo» no significaba demasiado. Si pensó en escapar, las piernas no le obedecieron. Tampoco hubiera servido de nada. Salva le tenía sujeto por el hombro, y Segis le cortó toda posible retirada apoyándose en la pared, al otro lado.

Muerto Jacinto, el siguiente era él.

No supo qué decir. Los ojos se le llenaron de lágrimas al tiempo que la rabia ascendía por su cuerpo hasta saturarle la mente. ¿Por qué no reaccionaba? ¿Por qué estaba paralizado de terror? Daño por daño, ¿por qué no daba primero?

Ni Jacinto ni él lo habían sabido nunca.

—Estás de suerte —oyó de nuevo como en una pesadilla la voz de Salva.

Sonreía, amigable. Su cara era distinta.

—Vamos a ascenderte —dijo Segis.

No tenía ni idea de qué le estaban hablando. Buscó a los otros dos, pero no había ni rastro de Alan ni de Cafre.

—Dejadme ir, por favor —suplicó—. Hoy no.

—Tranquilo, hombre —Salva abrió las manos con inocencia—. Nos has demostrado que eres un tío legal, así que ahora eres uno de los nuestros. ¿A que es cojonudo?

Lo único que sabía Miguel Ángel era que, de momento, no le estaban pegando, aunque esperaba el primer golpe con el cuerpo tenso. Las palabras seguían sin ser asimiladas por su cerebro.

—Está temblando —hizo notar Segis.

—Vamos, Miguel Ángel —Salva puso cara de preocupación—. Ahora somos tus amigos —dejó que esto último hiciera su efecto—. ¿No quieres que seamos tus amigos?

—¿A qué sí? —le guiñó un ojo Segis.

—Tu vida será excitante —continuó Salva—. Sabes que nos divertimos, ¿no? Y siendo uno de los nuestros nadie más volverá a meterse contigo nunca. Se acabaron los malos rollos.

No iban a pegarle. Era todo lo que sabía. Era todo lo que le importaba. Tenía la mente en blanco, o del revés. Salva le ofrecía su mano, un pacto, lo que fuera a cambio de...

—¿Por qué? —logró decir.

—Hemos reflexionado —el cabecilla del dúo plegó los labios hacia abajo y su semblante reflejó una falsa preocupación—. La muerte de Jacinto nos ha impresionado, ¿verdad, Segis?

—Sí, mucho.

—Pero Jacinto la ha cagado, hay que reconocerlo. Y tú eres más listo.

—Mucho más listo.

—Hoy empieza una nueva vida para ti, mejor, más libre. Jacinto era amigo tuyo, pero se ha ido. Ahora nos tienes a nosotros, tus nuevos camaradas. Como una piña. Así que no hay mal que por bien no venga —Salva le puso la mano nuevamente en el hombro. Se lo presionó con afecto. La misma mano que el viernes había destrozado a Jacinto—. ¿Qué dices, Miguel Ángel?

De pronto no había nadie en la calle.

Estaban solos.

Si decía que no eran capaces de...

—Venga, Miguel Ángel —la mano le presionó con más fuerza—. ¿Qué dices?

49

—Siempre van a por los distintos, porque en el fondo les dan miedo —dijo Manuela pensativa—. A esa edad, la mayoría busca el grupo, integrarse en algo, incluso desaparecer, esfumarse dentro de ello. Necesitan ser aceptados. Los que tienen una personalidad, ideas propias, visten de forma diferente, saben lo que quieren o no encajan, por ser raros, extravagantes o inclasificables, se convierten en una amenaza. Lo de la minusvalía que decías antes es otra cosa, crueldad pura y dura, el desprecio al más débil por parte del fuerte. Yo creo que esa es la clave de la violencia que se genera entre unos y otros: el odio o recelo al distinto. Lo que no se entiende siempre ha dado miedo, ¿no?

—Hay una diferencia —admitió Osvaldo—. Esos que dices que tienen una personalidad definida, lo superan. Se aferran más a sus creencias. A veces, incluso, salen reforzados

—Son los menos. La mayoría no es así, lo sé —manifestó ella—. La mayoría sufre, su autoestima cae por los suelos, ir al colegio o al instituto se convierte en un calvario terrorífico. ¿Cómo te sentías tú?

La pregunta le pilló de improviso.

—Eran otros tiempos.

—¿Cómo te sentías? —insistió la profesora.

—Como una mierda —reconoció él tras un par de segundos de pausa.

—¿Qué pensabas?

—Odiaba levantarme, ir a la escuela, tener que pasar cada día por lo mismo, celebrar como una fiesta el día en que no sucedía nada...

—¿Cómo empezó?

—Miradas de desprecio, risas, marginación, y poco a poco... la crecida. Algún capón suelto, me escondían los libros o el abrigo, me amenazaban directamente, las burlas se hicieron más hirientes... Hasta que al final llegaron las agresiones. Entonces la impotencia me dominó hasta el punto de colapsarme y me bloqueé. El mundo contra mí, ¿entiendes? No veía el futuro, sólo el día a día, con la angustia de la desesperación. Tenía deseos de que se murieran, de que sufriesen mucho. Dejé de creer en Dios porque veía que a ellos nunca les pasaba nada, mientras que a mí... —Osvaldo chasqueó la lengua y movió la cabeza de lado a lado un par de veces—. Fue la peor etapa de mi vida.

—¿Te marcó?

—Sí, claro.

—Entonces, si tengo razón, sabes muy bien por lo que puede que haya pasado Jacinto Quesada, ¿no es así?

—Es posible.

—Vamos, Osvaldo. ¿Le contaste esto alguna vez a tus padres?

—Nunca —sonrió sin ganas—. De hecho, es la primera vez que se lo cuento a alguien.

—¿Lo sabían tus profesores?

—Por lo menos uno, sí. El resto lo ignoro. Un día presencié una paliza y me llevó a su despacho. Yo estaba muerto de miedo, porque si me chivaba sería peor. Me dijo que tenía que devolver los golpes o si no nadie me respetaría. Yo le hice ver que era un alfeñique, y que ellos eran más, mayores y más fuertes. Entonces me dijo que si me iban a atizar igual, por lo menos yo también repartiera algo, por poco que fuera.

—¿No hizo nada más?

—No.

—Menudo maestro. ¿Y los matones?

—Unos repitieron curso, a otros los expulsaron... La misma historia de siempre.

—Eso sería antes de que tuvieran que seguir en la escuela hasta los 16 años, claro.

—Soy mayor que tú —le recordó con una nueva sonrisa—. Pero supongo que sí, que este es el eterno debate de estos años. Antes, los que no servían para estudiar, se ponían a trabajar o aprendían un oficio a los 14. Ahora hay que aguantarlos hasta los 16, ver cómo entorpecen el trabajo de los que sí valen o tienen una oportunidad. Hemos llenado las aulas con chicos y chicas que, encima, se sienten atrapados por el sistema y vuelcan en él todo su resentimiento.

—No sé si estoy del todo de acuerdo —dudó Manuela—. Creo que todo el mundo merece una oportunidad...

—A ti nunca te acosaron, ¿verdad?

—No.

—¿Viste hacerlo?

—Sí —reconoció ella—. Y te diré algo: en ocasiones las chicas son más sofisticadas y crueles que los chicos. No llegan a la agresión física, pero pueden hacer más daño. Intrigan, maquinan... Son sutiles, indirectas. Para ellas, el grupo aún es más importante, vestir igual, adorar al cantante o al grupo de turno. Cuando forman un

clan y excluyen a otra es como si la marcaran de por vida.

—Me asustas —quiso bromear de nuevo sin ganas Osvaldo.

—¿Viste el informe que se publicó hace poco sobre el hostigamiento y la violencia en la ESO?

—Por encima —admitió él.

Su compañera se levantó, desapareció de la sala y regresó a los pocos segundos. Llevaba una carpeta bastante abultada por la que asomaban papeles, recortes de periódicos e informes varios. Lo que buscaba apareció casi de inmediato. Le leyó algunas frases, a modo de resumen.

—A un tercio de los alumnos le han insultado alguna vez, de otro tercio hablan mal, a otro más le han puesto motes. La lista sigue: a uno de cada cinco le han escondido cosas, a uno de cada seis le ignoran. Marginación, amenazas para inculcar miedo, robo de objetos, rotura de su ropa u otros elementos, y por fin, en la cúspide de la pirámide, la violencia extrema —Manuela se estremeció al decirlo—: Más de un cuatro por ciento —hizo una pausa para mirarle fijamente—. ¿Sabes qué significa eso? Que cuatro de cada cien alumnos de ESO sufre palizas más o menos regulares. Y hablamos de una encuesta, es decir, chicos que lo admitieron al ser preguntados. Probablemente la cifra sea más alta y llegue al diez por ciento o más, en realidad. Para mí, una simple bofetada dada por un matón a un compañero ya es determinante.

—¿Guardas siempre esas cosas? —indicó él.

Manuela se encogió de hombros. Dejó las primeras hojas a un lado y pasó algunas más, en apariencia sin buscar nada en concreto. No era así. Se detuvo de nuevo y deslizó sus ojos por encima de una cuartilla impresa.

—Esta es una encuesta de IDEA. Habla de un 49 %

de alumnos que afirmaban haber sido insultados o criticados, y un 12 % que había sufrido violencia física. ¿Quieres más?

—La punta de un gran iceberg, lo sé —el maestro bajó los ojos.

—¿Y te extraña lo de Jacinto Quesada?

La pregunta quedó flotando en el aire.

—La última vez que me enfrenté a un alumno, no sólo tuve que vérmelas con él, sino también con sus padres —Osvaldo parecía dejar fluir sus sentimientos—. ¿Sabes lo que me dijo Rodrigo, el de física? Pues que lo mejor era mirar para otro lado, porque si un chico es un energúmeno significa que los padres aún lo son más.

—En eso estoy de acuerdo.

—¿En lo de mirar para otro lado?

—No, hombre. En lo de los padres. A su niño ni tocarlo. La culpa siempre es de los demás. Hace años, cuando se castigaba a un alumno, si se quejaba a su padre este le decía: «Algo habrás hecho. Yo te habría castigado el doble» —Manuela esbozó una sonrisa hueca—. Lo que hace falta son más departamentos de orientación, porque eso de la educación para la convivencia se ha relajado mucho y con una hora a la semana de tutoría no hay para nada.

—El viejo debate.

—A mí me parece eternamente nuevo. ¿Conoces la frase: «Todo está dicho, pero como nadie escucha, hay que volver a decirlo»?

—Tú siempre has sido combativa —asintió el profesor de Ciencias—. Mucho más que yo, el eterno contemporizador.

—No, siempre me he dado de golpes contra todas las paredes. La diferencia es que ahora tenemos un chico muerto, Osvaldo. Y eso lo cambia todo, ¿no crees?

La madre de Cecilia llamó a la puerta con los nudillos.

El silencio la hizo apretar los puños.

—¡Hija, abre, ya está bien!

—Mamá, por favor...

—¡Ni mamá ni nada! ¡O abres o tiro la puerta abajo! ¡No vas a quedarte encerrada en tu habitación porque eso no arregla nada y lo sabes! ¡Si quieres llorar, llora, y si quieres gritar, grita, pero sal y da la cara! ¡En esta casa ya sabemos de qué color es la muerte y tampoco esta vez va a poder con nosotras!

En la habitación no se escuchó ningún sonido.

Levantó la mano.

Entonces sí oyó el movimiento, leve, apenas perceptible, aunque no tanto como para no alertar su sensibilidad de madre. Contuvo la respiración y supo que Cecilia estaba al otro lado, tal vez esperando, tal vez con la cabeza apoyada en la madera.

—Ayúdame a entender esto, por favor —le suplicó.

La petición obró el efecto esperado. Su psicología materna dio resultado. La inversión de términos acabó con la resistencia de su hija.

Cecilia apareció en el quicio con la expresión extraviada y la huella de todas sus lágrimas atravesando los caminos de su rostro. Madre e hija se miraron, sólo eso.

—Yo también quería a Jacinto —dijo la mujer conteniendo la emoción al límite de su resistencia.

—Lo sé.

—¿Por qué no has querido hablar con la maestra?

—¿De qué iba a servir, mamá?

No supo interpretarla.

—Es tu profesora, si estaba aquí es porque se interesa...

—¿Ahora? ¿Cuando ya es demasiado tarde?

—¿Qué quieres decir?

—Qué más da —pasó por su lado y se dirigió al cuarto de baño.

—No, espera —la detuvo su madre.

Fue el contacto, leve pero electrizante. Las dos sintieron la sacudida.

Cecilia empezó a desmoronarse.

Se dio la vuelta y la miró desde una enorme distancia.

—Yo lo sabía... —gimió—. Y Miguel Ángel y...

—Cariño...

—¡No! —rehuyó su abrazo—. Lo sabíamos... ¿vale? ¡Lo sabíamos todos! ¡El instituto entero sabía lo que le estaban haciendo a Jacinto! ¿No te das cuenta? Lo hemos matado todos, los que le pegaban y los que fingían no verlo o no saberlo, los que lo sabíamos y no hicimos nada. ¡Lo hemos matado, mamá! ¡Jacinto está muerto porque a nadie le importaba una mierda!

51

Patricio sintió cómo la carta de Jacinto le ardía en el bolsillo.

La había leído una docena de veces, la había sufrido y llorado, le había hecho estremecer y amargarse. Pero después de su visita a casa de los Mateos, ya no sabía qué más hacer.

Sus padres esperaban.

Tenía que haber vuelto con ellos hacía mucho.

Y no podía.

No con la carta de su hermano en el bolsillo. No con la verdad que haría estallar las cosas y les empujaría a lomos de una espiral sin fin. De haber tenido un arma la habría empleado. Con Salva, con Roque, con su padre...

Un arma.

Apenas cuatro o cinco años antes eso hubiera sido impensable. Roque Mateos era más hermano que su propio hermano. Eran compañeros, inseparables, uña y carne.

Y también los amos.

—Los putos amos... —musitó en voz baja.

Patricio pensó que iba a darle un infarto. El dolor en el pecho. La sensación de quiebra, al límite. Todo aquel vértigo demencial que había nacido con los hematomas de Jacinto, el descubrimiento de la carta, su reacción visceral y, finalmente, la reflexión después de la pelea en casa de los Mateos.

Pensó que la vida tenía su pequeña gran parte de mala leche, porque, de pronto, levantó la cabeza y vio la tienda de informática. La tienda de Juan Pastor. Precisamente Juan.

El dolor en el pecho se hizo agudo, tanto como el de las sienas.

A los catorce años, Roque y él habían empezado la caza de Juan. ¿Por qué? Ni idea. Simplemente le tenían manía. Así de sencillo. Bueno, Juan era un poco raro, un solitario. Alguien propagó el rumor de que era gay y ese fue uno de los detonantes. Pero ya antes de eso ellos le zurraban. A los catorce, los quince, los dieciséis...

Patricio cerró los ojos pero continuó viéndolo.

Uno le sujetaba y el otro se le orinaba en la boca, le pegaban, le quemaban los libros, le rompían la ropa. Juan Pastor se saltó un buen montón de clases para no tener que ir al instituto. Y encima se la cargó él, porque nunca dijo nada. No podía. Entonces sí le habrían matado, por ser un chivato además de un débil.

Tenía su misma edad, y ahora resultaba que no era tan idiota como parecía.

Allí delante estaba la prueba, la tienda de informática recién abierta apenas tres meses antes, con 19 años,

porque resultaba que Juan no era raro, sino un pequeño genio, un cerebritito, con recursos para montárselo solo. Y se había ligado a una de las chicas más guapas del pueblo, Renata. La llamaban «la Nicole», por lo mucho que se parecía a la Kidman, con sus grandes ojos verdes, su cabello de mechas, su cuerpo de diosa.

Juan Pastor se salía y ellos trabajaban como todos los pringados del pueblo, en la factoría, en el penúltimo escalafón.

—Hijo de puta —le dijo a la tienda.

¿Por qué no había roto aquel escaparate una noche, para volver a recordarle su miedo? ¿O ya no lo tenía?

¿Por qué Roque y él se habían separado al terminar el instituto?

—Las tías...

Y ahora quería matarlo. A su colega de la infancia. A él y a Salva.

Sobre todo a Salva, el asesino de su hermano.

Patricio hundió la cara entre las manos.

La carta de Jacinto seguía quemándole a través de la ropa, y le abrasaba también el alma. No podía con aquel peso. Al menos no solo. Sus padres esperaban, y ellos tenían derecho a saber...

Cómo se reían de Juan Pastor.

Cuanto más le machacaban y más lloraba él, más fuertes se sentían.

Un día les dijo: «¡Me mataré, ya estoy harto!». Y ellos le dieron una navaja.

El muy cobarde no quiso ni tocarla.

Jacinto sí lo había hecho.

52

Cipriano Galindo estudió la reacción de Manuela Giner. La presencia de un uniforme en una visita oficial

siempre producía efectos instantáneos. La de la profesora fue extraña: por un lado resignación, por otro... alivio.

—Comprendo que es un momento duro —quiso excusarse él—. Pero me gustaría que me concediera unos minutos.

—No importa, de verdad. Pase.

Lo acompañó hasta la sala y allí se encontró con Osvaldo Jiménez. El guardia civil lo reconoció al momento porque estaba igual que en la fotografía de la excursión vista en el despacho de María Pina. Era bueno memorizando caras.

—El profesor Jiménez —lo presentó ella.

—Osvaldo —le tendió la mano al visitante.

—También quería hablar con usted —Cipriano Galindo fue sincero—. La directora del instituto me ha dicho que conocían bien a Jacinto Quesada.

Los dos profesores intercambiaron una mirada.

—Todo lo bien que puede conocerse a un alumno a través de sus estudios o del pequeño trato personal que podamos mantener con ellos —manifestó Manuela.

—Para mí es suficiente por ahora. Estoy tratando de hacerme una idea de la personalidad del muchacho y de las circunstancias...

—Entonces, ¿se sabe ya algo concreto de su muerte?

—Osvaldo inclinó su cuerpo hacia adelante al ver que el guardia civil se detenía en mitad de la frase.

—¿Quiénes eran los amigos más íntimos de Jacinto? —obvió su pregunta.

—Cecilia Torralba y Miguel Ángel Gara —respondió Manuela.

—¿Sabe dónde viven?

—Yo he tratado de verlos a ambos —continuó ella—. Cecilia no ha querido hablar y Miguel Ángel se ha ido por la ventana antes de que pudiéramos darnos cuenta.

—Así que saben algo.

No hubo respuesta, pero sí otra mirada dirigida a su compañero, envuelta en un halo de tristeza.

—¿Cómo era ese chico? —quiso saber Cipriano Galindo.

—Buen estudiante, tímido, inseguro, retraído... adolescente —dijo esto último como si con ello lo definiera al cien por cien.

—¿Y sus enemigos?

La pregunta cayó como una pequeña bomba en la sala.

Ninguno de los dos la respondió.

Sobre la mesa había una carpeta llena de papeles que parecían haber estado inspeccionando y dos fuentes con queso y embutidos. También una jarra de agua y dos vasos. La dueña de la casa alargó la mano y tomó uno de ellos. Bebió un sorbo y después volvió a enfrentarse a él. Los dos hombres la miraban como si sólo ella pudiese contestar. Cipriano Galindo descubrió de pronto que también tenía sed.

No se lo dijo a su anfitriona.

—¿Por qué quiere nombres, sargento? —musitó Manuela con signos de rendición.

Cipriano Galindo se llevó una mano al bolsillo derecho de su uniforme. Extrajo las fotografías del cuerpo desnudo de Jacinto Quesada, al completo y con ampliaciones de las zonas dañadas por los golpes, no por la caída. Cuando se las tendió a los dos profesores esperó lo peor.

Y llegó.

Osvaldo Jiménez cerró los ojos.

Manuela Giner se estremeció, se llevó una mano a la boca y de sus ojos cayeron dos enormes lágrimas que fueron a estallar en sus manos.

—Ahora díganme lo que sepan, lo que no sepan, lo que crean, lo que piensen, todo. Y también esos nom-

bres, por favor –dijo el guardia civil con una suavidad no exenta de firmeza.

53

Gabriel, Fernanda y Cosme Quesada flotaban en el silencio.

Y el silencio los devoraba llenando su cabeza de tormentas.

Ella seguía abrazando a Cosme, tendido en su regazo. El niño ofrecía una mirada vacía, perdida en ninguna parte. El hombre, en cambio, mostraba sus mandíbulas apretadas, formando un ángulo recto a ambos lados de la cara. En su imagen quedaba poco espacio para el dolor. Más y más se llenaba de rabia.

Sentía cada golpe, cada hematoma de su hijo mediano, como si lo llevara en su propia piel.

Ahora todas las preguntas se atropellaban en su mente, igual que si en ella tuviera un embudo. No entendía nada.

Y eso le dolía como una barra de hierro al rojo atravesándolo de arriba abajo.

—Era un buen chico –suspiró de pronto la madre de Jacinto.

Su marido cerró los ojos.

—Últimamente tan torpe, pobrecillo, y siempre perdiendo cosas, patoso... –ella llegó a esbozar una sonrisa—. Mi niño...

Gabriel Quesada tuvo deseos de pedirle que se callara.

No lo hizo.

Miró la hora, arrugó sus facciones, y acabó por exteriorizar una parte de su ánimo al exclamar:

—¿Dónde estará Patricio? ¿Por qué tarda tanto?

Salva y Segis aparecieron ante él. Fantasmas surgidos de ninguna parte. Ni siquiera los había oído llegar, de tan absorto que estaba con sus pensamientos. Los dos formaron una barrera humana que le separó aún más del pueblo.

Su mirada reveló la acritud que sentía.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó Salva.

Alan se encogió de hombros.

—Nada.

Segis se sentó en el suelo, a su lado. Salva continuó de pie. La tarde era lánguida, serena. Desde allí la tormenta del pueblo quedaba oculta. El árbol extendía sus ramas por encima de sus cabezas como un manto protector.

—No has ido a tu casa —continuó llevando la iniciativa Salva.

—No.

—Llevamos la tira buscándote.

Esta vez no hubo respuesta.

—Hemos hablado con Cafre.

—¿De qué?

—De esto.

—¿Y?

—Hemos puesto en su sitio al gordo, por si acaso.

Alan esperó algo más.

—¿Qué le habéis hecho? —quiso saber, viendo que ese algo más no llegaba.

—Nada —Salva fingió indiferencia—. Decirle que vamos a ser sus amigos, que formará parte del grupo, que se acabaron los insultos y los golpes... Ahora es uno de los nuestros.

—Se ha sentido aliviado —intervino Segis por primera vez.

—¿Le habéis amenazado?

—No —dijo Salva—. Todo ha sido legal.

—Pero nos queda ella —recordó Segis.

Alan se tensó. Hundió en su compañero una mirada acerada y dura.

—¿Quién? —preguntó sabiendo que no era necesario.

—La Cecilia —no la rehuyó Segis.

—¿Qué vas a decirle, que también es del grupo, que es una de los nuestros?

—Conviene cuidarnos, eso es todo —lo justificó Salva.

Alan se olvidó de Segis para centrar su atención en el que siempre solía llevar la voz cantante.

—A ella ni tocarla, ¿de acuerdo?

Su tono fue seco, conminante. Apenas si dejaba resquicio alguno para la duda.

—¿Por qué? —prescindió de él Salva.

—Es una chica.

—¿Y qué? Larga igual, o más. Algunas tías tienen ese punto impredecible.

—Salva, déjala en paz —advirtió Alan.

—Oye, tú, esto puede convertirse en un marrón demasiado gordo, así que no me vengas con chorradas.

—¿Vas a ir a por ella ahora que no está Jacinto? —se burló Segis.

Alan se puso en pie.

Segis también.

—Te gusta esa tía, ¿verdad? —mantuvo su sonrisa irónica.

Ninguno de los dos esperaba la reacción de Alan. No fue un golpe, sólo un empujón, pero estuvo cargado de ira, poseído por un deseo visceral de hacer daño. Le delataron tanto su rostro como el gesto. Segis trastabilló hacia atrás y fue a caer sobre su trasero. Se hizo daño porque cayó encima de las raíces del árbol, que sobresalían a ras de suelo.

—¡Eh, eh! —Salva impidió que Alan avanzara sobre el caído—. ¿Qué pasa contigo?

—¡Yo te diré lo que le pasa, joder! —se puso a gritar Segis incorporándose lo más rápido que pudo mientras se frotaba la parte dañada—. ¿No has visto cómo la mira? ¡Se ha colado! ¡Se ha colado como un gilipollas, y por esa idiota de niña!

Alan no intentó pelearse con Salva.

Y menos con los dos.

Aguantó sus miradas, nada más, rojo de furia.

—¿De qué está hablando? —preguntó el cabecilla del grupo.

—Es una chica, sólo eso —le advirtió Alan—. ¿Ahora le haremos la vida imposible a ella?

Segis soltó un bufido.

—Somos un grupo, nosotros, los cuatro —dijo Salva estudiando con gravedad el rostro de su amigo—. Aquí las tías no tienen nada que ver.

—Entonces pasa de ella.

—Oye, pasaremos de quien nos dé la gana, ¿vale? Si hay que cuadrarla, la cuadramos.

—Jacinto está muerto —le recordó.

—¿Y qué?

—¡Oye! ¿Tú con quien estás? —le gritó Segis.

Alan ni le miró. Ahora la batalla visual era entre Salva y él.

No hubo ni vencedor ni vencido.

El chico pasó por su lado e inició el camino de regreso al pueblo, colina abajo.

—¡Alan! —gritó Salva.

No se volvió.

—Marchaos a casa —dijo sin interrumpir su paso—. Bastante complicadas están ya las cosas.

—¡Alan!

Continuó caminando.

—¿Vas a dejarle marchar así, sin más? —oyó protestar a Segis.

Ya no hubo respuesta.

55

Dentro del coche oficial del sargento Galindo, Manuela y Osvaldo se sentían, de pronto, parte importante de algo que ya trascendía más allá de sí mismos. Ella había dejado de llorar, pero las imágenes de las fotografías actuaban como una cuña viva en su ánimo. De lo único que se alegraba era de hacer algo, de poder moverse, de ayudar en lo que fuera.

Sentada en la parte de atrás, escuchaba llena de ausencias la conversación entre Osvaldo y el guardia civil.

—La escuela es un microcosmos en el que convive de todo —decía en aquel momento su compañero—. Hace ya años que la hostilidad nos ha alcanzado a nosotros mismos, los alumnos se nos enfrentan. Son el resultado de su inseguridad. Casi todos quieren ser famosos, tener dinero y vivir bien, pero se han confundido las cosas, porque nadie parece hablarles del esfuerzo que eso representa. Tienen prisa. Van a lo fácil. No saben que lo único que se consigue rápido es la estupidez, que lo otro requiere algo por su parte. El adolescente de hoy vive un conflicto entre lo que desea, lo que el mundo le está diciendo que debe desear y lo que en realidad puede conseguir. Ese es el germen de su insatisfacción y de su violencia. ¿Tiene usted hijos, sargento?

—No.

—Entonces es difícil que comprenda la magnitud de lo que le hablo.

—Es usted pesimista.

—No necesariamente. Hay un *statu quo*, un equili-

brio. Pero los problemas son graves, y se acumulan año tras año. La violencia, sobre todo, se da fuera de clase, en las entradas y en las salidas, en los pasillos, en el comedor... Esta generación de adolescentes está creando unas normas propias con un único referente: ellos mismos. ¿Sabe que la mayoría de las consultas psiquiátricas en adolescentes son por problemas derivados de la pérdida de la autoridad paterna, y que, en los últimos años, se han multiplicado por tres? Los trastornos de conducta, las crisis de ansiedad y los intentos de suicidio son las principales consecuencias. La intolerancia a la frustración es grave, y es el resultado directo de que esta generación esté menos habituada al esfuerzo que las precedentes. Dicen que la generación de los años 70 fue la de la angustia, y la de los 90 la del Prozac. Y yo creo que esta es la generación de la frustración. Mire, sólo un tercio de las familias actuales tiene capacidad para socializar a sus hijos. ¿Sabe qué significa esto? Pues que la mayor parte de las familias españolas son puramente nominales, entes en los que se da la coexistencia y poco más. Y no son palabras de un sabelotodo, sino certezas basadas en estudios.

—¿Qué asignatura les da usted?

—Ciencias.

—Parece más bien Filosofía.

—No crea que es tan diferente —Osvaldo le restó importancia a la aseveración del sargento.

—¿Ellos no les piden ayuda?

—¿A nosotros? No, nunca. Somos «los mayores». Más aún, somos sus profesores, que para algunos viene a ser algo así como el enemigo, a modo de factor añadido. Pero no es sólo eso. También están la ley del silencio frente a los adultos y el propio miedo a las represalias de los violentos. No se puede vivir con pánico al mañana o al futuro, sabiendo que tarde o temprano van a darte. Por eso se callan las cosas en la adolescen-

cia, sargento. Los profesores somos los menos informados. Y aunque pudiéramos hacer algo... No es una excusa, en serio. Verá, las denuncias por acoso escolar son mínimas. Nosotros apenas si podemos actuar, tenemos un margen muy escaso. Los padres tampoco nos ayudan, nos han quitado fuerza moral.

—Pero no están ciegos.

—No, eso no.

—Y en el caso de Jacinto Quesada...

—Había indicios, sí —reconoció Osvaldo.

No quiso volver la cabeza y mirar a Manuela. No pudo.

—Ese grupo de chicos del que me han hablado... ¿Son los únicos?

—Por lo menos es a los que más se ve. Además, encajan en todos los apartados en que los expertos dividen la violencia escolar: la agresión física, la verbal, la psicológica, la relacional directa y la indirecta.

—Acláreme los dos últimos conceptos.

—La que llaman relacional directa consiste, sencillamente, en excluir a la víctima, por ejemplo en los juegos colectivos. Se la margina, no se la tiene en cuenta, sobra siempre. La indirecta es más sofisticada, porque consiste en lanzar rumores y provocar que el resto también excluya al que los sufre. Si se propaga que un chico es gay, por ejemplo, los demás le rechazan, no dejan que se les acerque ni que les toque. Con todo, la violencia psicológica es la más dura, porque las amenazas acaban siendo un cáncer contra el que es muy difícil luchar.

—¿Más que la agresión física?

—No sabría que decirle —suspiró Osvaldo—. Cada chico reacciona de una forma distinta. Para unos, el factor psicológico pesa más, porque interiorizan mucho y están solos. Se sienten perdidos. Para otros, el daño externo, las palizas, son más visibles y humillantes. ¿Puedo hacerle una pregunta, sargento?

—Claro.

—¿Esos golpes pudo habérselos dado algún familiar?

—El caso no ha hecho más que comenzar a investigarse —el guardia civil no quiso precisar más.

—Pero usted ya habrá hablado con los padres de Jacinto.

—La madre de Jacinto Quesada es una mujer maravillosa —intervino Manuela después de su largo silencio—. La conozco. Ella nunca habría consentido que su marido o quien fuera le pusiera la mano encima a su hijo. Además, el sargento no ha hecho más que atar cabos, como haría cualquiera, ¿no es así?

—¿Qué cabos? —quiso saber Cipriano Galindo.

—Es el acantilado, por Dios —Manuela se sintió sobrepasada—. En este pueblo los suicidas llevan decenas de años saltando desde él. Les atrae como un imán. Es la leyenda eterna. Jacinto no se ha caído ni ha sido asesinado, y esos golpes no se los han dado en su casa. Por lo tanto...

Cipriano Galindo enfiló la última calle y no se molestó en buscar aparcamiento. Detuvo el coche en doble fila frente a la casa y apagó el motor. La frase de Manuela quedó flotando en el aire, sin que ninguno de ellos la rebatiera.

—¿Es aquí?

—Sí —se lo confirmó ella misma.

El guardia civil fue el primero en apearse del vehículo. Los dos profesores lo hicieron a continuación.

Cuando la madre de Cecilia abrió la puerta y se encontró con el uniforme, se asustó de veras.

Cecilia no era muy consciente de cómo ni por qué había empezado a escribir aquella carta, pero llevaba

redactadas ya diez líneas y empezaba a sentirse cómoda, más relajada.

Una carta abierta a Jacinto.

Quería dejársela en su tumba. Necesitaba contarle...

Los golpes en la puerta la hicieron regresar a la realidad.

—Cecilia, abre —escuchó la voz de su madre—. Está aquí la guardia civil.

Las dos últimas palabras fueron como un detonante. Sintió la sacudida, el ramalazo que la sorpresa desató en su cuerpo. Una oleada de calor la hizo enrojecer sin saber la razón. Luego tapó la libreta y se levantó de la silla.

Al abrir la puerta se le aparecieron los cuatro, su madre, el guardia civil y sus dos profesores, la de Lengua y el de Ciencias.

—¿Qué pasa? —se asustó aún más.

—Nada, no temas —se les adelantó Manuela Giner—. Pero es necesario que hablemos contigo y tiene que ser ahora.

—¿Por qué?

—Ya lo sabes, ¿verdad, cariño?

La dulzura de su maestra fue más efectiva que la presencia de aquel uniforme.

Cecilia sintió vértigo.

—Vamos.

Fue de nuevo Manuela. Le pasó un brazo por encima de los hombros y ella misma la condujo hasta la sala precediendo al resto. Las dos ocuparon el sofá y el guardia civil una butaca. La dueña de la casa y Osvaldo Jiménez se quedaron de pie. La escena se mantuvo quieta, apenas un par de segundos, como una fotografía. Ya no quedaba mucho por liberar.

Sólo la verdad.

—Es el sargento Galindo —la profesora mantuvo su

oficio de intermediaria-. Se está ocupando de lo que ha sucedido con Jacinto.

—¿Ahora?

La amargura de su voz les dominó a todos.

—Cuéntales lo que me has dicho a mí, hija -pidió su madre.

Cecilia hundió la vista en el suelo.

—Sabemos lo de esos chicos, Salvador Mateos y los demás -intervino Cipriano Galindo-. Y sospechamos que Jacinto se quitó la vida porque ya no podía...

—¿Sospechan? -ahora fue la dureza de su repentina mirada la que los atravesó.

—Por favor, Cecilia...

—Señorita Manuela -pareció ganar entereza, como si ser el centro de la reunión le diera nuevas fuerzas y la proyectara más allá de sí misma-, ¿de verdad solo sospechan -hizo hincapié en esta palabra- que se tiró por el acantilado?

—Ayúdanos -expresó con lacónica parquedad Cipriano Galindo-. Estamos seguros de que tú puedes cerrar el círculo y de que no tienes miedo.

—No tengo miedo -aseguró firme.

—Bien -dijo Manuela-. Entonces habla, por Jacinto, por ti misma, para que nunca vuelva a suceder algo así.

—¿Y qué harán, encerrar a todos los Salvados de todos los colegios?

—Fueron ellos, ¿verdad?

La última resistencia. Manuela notó la rendición, el modo en que sus hombros caían de forma imperceptible, el leve suspiró final. Cecilia no supo a quién dirigirse.

—Fueron Salvador Mateos, Segismundo Garrido, Carlos Freser y Alan Gao, ¿no es así? -amplió la pregunta la profesora para ayudarla.

—Sí -musitó sin apenas voz.

—¿Por qué?

La muchacha se encogió de hombros.

—¿No hubo ninguna razón?

—No —reveló.

—¿Cuándo empezó?

—Hace mucho —el tiempo se distorsionó en su mente, dando mayor énfasis a la magnitud de la tragedia—. Una eternidad.

—¿Qué hacían? —siguió llevando el interrogatorio la profesora.

—¿Qué le hacían? —Cecilia hundió en ella unos ojos cargados de dolor y desesperación—. ¿De cuántas horas disponemos, señorita Manuela?

—¿Le pegaban?

—A veces eso era lo de menos. Ya estaba acostumbrado. Me dijo que cerraba la mente y dejaba de sentir el dolor. Para Jacinto lo peor era lo otro.

—¿Lo otro?

—Le rompían la ropa, le quemaban los libros o se los quitaban, le humillaban, le ridiculizaban, convirtieron su vida en un infierno, día a día, de manera sistemática. ¿No ha oído hablar de lo patoso y lo torpe que se había vuelto Jacinto? —continuó sin esperar una respuesta—. Pues no era verdad. Ni patoso ni torpe. Lo que sucedía es que él no quería decirlo en su casa, se negaba, por orgullo. Lo último que le quedaba era eso, el orgullo. Prefería pasar por tonto a que le consideraran un cobarde en casa. No quería que sus padres se enteraran. Por eso, cuando le tiraban los libros él decía que los había perdido y se ganaba la bronca por despistado, no por cobarde. Y si le rompían un jersey, decía que se había caído. A nosotros también nos prohibió contar nada a nadie, aunque yo no lo supe realmente hasta hace unos meses.

—Al decir «nosotros», ¿te refieres a Miguel Ángel Gara?

—Sí —suspiró Cecilia—. A Miguel Ángel también le

insultan y le sacuden de vez en cuando, aunque bastante menos. A él lo llaman «gordo», y a Jacinto «mierda». Eran «el gordo y el mierda». Muchos de los demás ya les llamaban también así.

—Así que...

—Todo el mundo sabía qué estaba pasando, sí —apretó los puños la chica—. Es fácil apuntarse a eso. La mayoría se deja llevar, por inercia. Mejor reírse con los matones de la clase que solidarizarse con los débiles, no sea que les toque a ellos —sus ojos crepitaron de ira—. Las últimas semanas fueron las peores, un infierno. Jacinto ya no podía más. El viernes pasado la paliza fue tan brutal... —cayeron las primeras lágrimas, dominadas hasta el momento por la tensión liberadora de sus palabras—. Le dijo a Miguel Ángel que ya no podía más, que era mejor estar muerto...

Cuando empezó a llorar, su madre se movilizó para tratar de sentarse a su lado y abrazarla. Manuela lo evitó con un primer gesto.

—Suéltalo, cariño —musitó haciendo un último esfuerzo la profesora.

—Miguel Ángel y yo... no pensamos... no...

Se rindió. Se quebró igual que una rama helada. Su madre ya no hizo caso de nada ni de nadie. Llegó hasta el sofá, se arrodilló y abrazó a su hija. Manuela pasó sus ojos doloridos por el sargento de la guardia civil y su compañero del instituto.

Todo estaba dicho.

—Gracias —pronunció Cipriano Galindo sin que ninguno de ellos supiera a quién se dirigía exactamente.

57

Al entrar Patricio en la sala de espera, la escena parecía haberse congelado. Sus padres seguían solos. Un

tríptico humano sobre el fondo blanco de la pared del centro médico. Formaban un grupo escultórico inmóvil tanto como una pintura animada. El psicólogo no había llegado. Nadie del exterior podía alcanzarlos. Eran ellos y su dolor. Ellos y Jacinto, el ausente que pronto se les haría eterno.

Fernanda suspiró profundamente al reconocerle.

Gabriel Quesada no se movió.

—¿Por qué has tardado tanto? —preguntó.

De pronto, Patricio no supo qué decir.

Ni cómo.

—¿Y la ropa? —ahora su padre mostró extrañeza.

Su hijo mayor se derrumbó.

Llegó hasta ellos, les cubrió con su última mirada de incertidumbre y se llevó la mano derecha al bolsillo. La hoja de papel apareció igual que una bandera blanca.

Sólo que no era una rendición, al contrario.

—He encontrado esto en... la habitación de... —vaciló.

Vagamente, su madre reconoció aquel papel.

Un millón de años antes, en el sobre en cuyo exterior Jacinto había escrito: «Mamá».

Lo había dejado caer al suelo, asustada, sin darle tiempo a leerlo, cuando los gritos de la calle asaltaron su casa.

—¿Qué es? —preguntó el hombre.

—Léelo —Patricio se la puso en la mano.

—Pero...

—Es de Jacinto.

Fernanda gimió al tropezar sus ojos con la primera línea del texto. Su gesto hizo que Cosme se apartara de ella. Gabriel Quesada ya no perdió el tiempo. La letra de Jacinto era tremendamente clara, pausada, como si hubiera escrito aquello en la misma antesala del paraíso.

Patricio ya casi se la sabía de memoria.

Mientras su padre leía, él la recitó mentalmente, para sí mismo.

Lo siento, pero no puedo soportarlo más. Lo siento, mamá, de veras. Lo he intentado, de muchas formas, pero no puedo. Te escribo a ti porque sé que papá se enfadará mucho conmigo por lo que voy a hacer. Y también Patricio. Ellos me enseñaron a tener orgullo, así que no voy a defraudarles. El orgullo lo tengo, por eso he tomado esta decisión. Pero es todo lo que me queda. Si continuara así, lo perdería. Dicen que la muerte es un acto valiente. Espero que lo entendáis.

Voy a ser libre, mamá. Llevo mucho tiempo sin serlo. Caminaré por otro mundo, un espacio sin miedo, sin violencia, sin dolor. Un infinito sin crueldades ni angustia por el mañana. Un lugar, espero, en el que Salva, Segis, Alan o Cafre no puedan alcanzarme jamás. No sé por qué me odian. No lo entiendo. Pero es hora de decir basta. Despideme de Cecilia. Dile que la quiero. Y de Miguel Ángel. Dile que lo supere. Os pido perdón a todos por el daño que pueda hacerlos. Lo siento. Lo siento. Lo siento.

Confío en que haya un poco de calor allá a donde voy, porque quiero seguir viviendo en un mundo mejor que este.

Jacinto.

58

Segis no dejaba de pensar en Alan mientras caminaba en dirección a su casa.

Otro imbécil caído. Un tipo legal, sano, de mente brillante, que se olvidaba de lo más importante, los amigos, para empezar a ponerse tibio por culpa de una chica.

Increíble.

Si Alan era capaz de tropezar, todos estaban en peligro.

Le dolía el trasero, por la caída. Se le había incrustado una piedra en el hueso del final de la columna vertebral. ¿Cómo lo llamaban? ¡Bah, qué más daba! Peor era el daño en su ánimo. Alan se desmoronaba. Adiós, Alan.

Seguirían ellos tres.

De hecho, nunca le había gustado Alan. Todo lo contrario que a Salva. Decía que tenía algo especial, que le diferenciaba y que armonizaba con ellos. Algo como... carisma.

Qué idiotez.

El carisma no servía de nada, tenerlos bien puestos sí.

Cecilia Torralba era como un helado de vainilla, fragante, cristalina y pura. Podía derretirse al sol. Una niña con cara de ángel, como todos los diablos. Una completa serpiente.

Aquella dulzura...

Segis se estremeció.

Se sentía más y más herido por la traición de su compañero.

No la entendía. No podía con ella. Ni siquiera sabía de dónde le llegaba aquella rabia ni a dónde le conducía. Lo malo era que ya no iban a tener a Jacinto para liberar un poco de energía y soltar adrenalina.

No había vuelto a pensar en Jacinto desde hacía rato.

Qué estúpido.

Nunca, ni una sola vez, se les había rebotado. Nada. Como los judíos de aquella película yendo al matadero en manadas. Cientos, miles, con apenas tres o cuatro alemanes controlándolos, caminando hacia la muerte con plena resignación. Hubieran podido arrollar a sus guardias pero no lo hacían, aceptaban los hechos, su muerte. Alucinante.

El mundo era de los fuertes.

Al diablo los Jacintos, y también los Alan.

Salva y él...

Segis se detuvo en seco.

Primero fue por el uniforme. Después por los dos profesores, la señorita Manuela y Osvaldo Jiménez. El sargento de la guardia civil caminaba entre ellos, por su misma calle.

No le gustó.

No le gustó nada.

Volvió a dar media vuelta para alejarse de las inmediaciones de su casa. Siempre podía decir que había estado en la iglesia, o en cualquier otra parte, a causa de lo sucedido. Sus padres no iban a meterle bulla por eso. Al contrario. Eran de la clase protectora, núcleo duro, contemporizadores, poco dados a riesgos, espaldas siempre cubiertas, a bien con todo el mundo, conservadores al máximo...

Ya no pensó en Alan.

¿Por qué demonios dos maestros del instituto estaban allí con un guardia civil?

59

El pueblo entero empezaba a estar patas arriba.

Ahora de forma visible.

Corrillos, prisas en los gestos, rostros graves, luces por todas partes para combatir la primera oscuridad del inmediato anochecer que pronto caería sobre ellos, miradas extraviadas...

Alan se apoyó en la esquina.

Seguía sin tener el menor deseo de ir a su casa, de enfrentarse a sus padres y a sus preguntas: «¿Sabes algo?», «Pero iba a tu clase, ¿no?», «¿Cómo te encuentras?», «¿Estás afectado?».

Si se desmarcaba de Salva, Segis y Cafre, tal vez en unos meses Cecilia...

Dejó caer la cabeza sobre el pecho.

Demasiado tarde.

El fantasma de Jacinto estaría siempre allí.

Siempre.

Alan ya no cerró los ojos. Cada vez que lo hacía veía a Jacinto en el suelo, escuchaba los ruidos sordos de los puñetazos, los gemidos de unos a causa del esfuerzo y los gritos ahogados del caído. Y se veía a sí mismo el último día, el viernes, lanzando su mano en aquel acto de furia desmedida, de rabia incontrolada, sólo porque horas antes había visto a Cecilia y a Jacinto riéndose.

Los demás le pegaban porque no les caía bien. Pero él no.

Él lo odiaba.

Y ahora estaba muerto.

Con Cecilia perdida.

Si iba a su casa sería peor. Si no iba, también. Sentirse perdido era algo desconocido hasta ese momento. Toda su vida, segura, normal, se desmoronaba en aquellos minutos tan extraños. Minutos de reflexión. Horas del despertar frente a un futuro lleno de niebla. El aplomo se le desvanecía en el alma.

¿En qué momento había cometido el error?

Cerca de donde se encontraba pasó un grupo de personas. Siete. Cinco mujeres y dos hombres. Una de las mujeres lloraba. Las otras hablaban entre sí, todas a la vez. Uno de los hombres miró en su dirección y, sin saber por qué, Alan reaccionó aplastándose contra la oscuridad del lado ciego de la esquina.

Ya no se quedó allí.

Le dio la espalda al pueblo y desapareció de nuevo sin un rumbo fijo.

Temblaba.

En el bar, la parroquia empezaba a animarse, aunque no tanto como otras tardes a la misma hora. Los comentarios rondaban un único tema, en voz baja o a gritos.

—¿Os habéis enterado de lo que le ha pasado a ese chaval?

—¡Pobre chico, tú!

—Si es que andan como locos...

—¡Que se ha echado, hombre, que se ha echado abajo! ¿Crees que se ha caído del acantilado?

—¿Y si lo han matado y por eso mismo lo han hecho, dejarlo ahí para que la gente piense que ha sido un suicidio?

Cafre sirvió dos cervezas. Nadie reía. Nadie hablaba de fútbol. Era un lunes diferente. Un hombre decía que a los chicos había que atarlos en corto, porque si no, a esa edad, se desmandaban. Otro argumentaba que el problema siempre era el mismo, las malditas drogas y la bebida. Y mientras lo decía se tomaba su segundo coñac. Un tercero comentaba que los tiempos del cinturón habían terminado, porque ahora se rebotaban.

—¿Por qué iba a matarse un chico de 14 años?

La pregunta sonó alta y clara procedente del otro lado de la barra.

Cafre miró al hombre que la había lanzado al aire.

Rostro cetrino, mirada perdida, barba rala, piel torturada por el sol, el cabello espeso y abundante pese a tener, como mínimo, más de 50 años, manos grandes habituadas al trabajo duro.

Y tanta tristeza en su semblante.

—Carlos, ¿estás tonto?

El chico despertó del súbito letargo. Su madre le observaba a menos de un metro.

—¿Qué?

—¿No me has oído? Sirve allí un cortado, vamos.

—Lo siento, he de ir al lavabo.

Era mentira, pero de pronto quería estar lejos de la barra, de los comentarios, de la sensación de miedo generalizado, de toda la espiral en la que el pueblo iba cayendo a medida que el día se deslizaba hacia su final.

—¡No tardes, o dile a tu padre que venga, que yo sola no puedo con todo a esta hora!

Salió del bar para llegar a la trastienda y lo hizo demasiado rápido. Su padre siempre le decía que por allí no se podía correr, porque el lugar era angosto. Cuando se lo encontró encima de improviso fue demasiado tarde para evitar el choque.

La caja que sostenía el hombre se escurrió de sus manos y cayó el suelo. El estropicio no fue total, ni siquiera cuantioso, pero dos o tres botellas sí se quebraron.

Cafre sintió pánico.

—Papá, lo siento...

El miedo de sus ojos no fue bastante.

—¡Mierda, Carlos, mira que eres burro, joder!

La bofetada fue plana, pero impactó con todas sus fuerzas en la cabeza del muchacho. Lo único que pudo hacer fue encogerse, asustado, mientras su padre le descargaba la segunda y la tercera, en el hombro, la espalda.

—¡Cagüen...!

Se acurrucó más y más, sin escuchar ya los gritos, sin pedir perdón ni lamentarse, protegiéndose la cabeza con ambas manos para evitar que más tarde le doliera tanto como le dolía.

Luego se metió en una cápsula de tiempo, como las otras veces, y dejó de estar allí.

Desapareció.

61

Miguel Ángel tuvo un ligero sobresalto al escuchar los golpecitos en los cristales de la ventana. Arrancado

de su abstracción, se tranquilizó de inmediato al encontrarse con Cecilia al otro lado. Cuando la abrió no mediaron saludos. La ayudó a entrar por allí y luego la cerró de nuevo. Después de hacerlo se encontró con su abrazo.

El abrazo más cálido y firme que jamás le hubieran dado, más incluso que el de su propia visitante no mucho antes en su casa.

Era por lo único que a veces envidiaba a Jacinto, por tener a alguien como Cecilia tan y tan cerca.

—¿Qué pasa? —no supo si alarmarse más por su presencia o por el abrazo.

—Ahora ya nada —le susurró ella al oído.

—¿Cómo que...?

—Espera —volvió a susurrar la chica.

El abrazo se hizo más firme, más estrecho. Miguel Ángel acabó poniendo también sus manos en la espalda de Cecilia. Durante unos segundos fue como si se fundieran con él.

Había tanto silencio...

Tanta paz.

Hasta que cedió, vencida la emoción, y su amiga le cogió de la mano para que se sentaran en la cama.

Miguel Ángel esperó.

—Han venido a verme la señorita Manuel y el señor Osvaldo, con la guardia civil —anunció por fin Cecilia.

—¿Por qué?

—Vamos, Miguel Ángel. Todo el mundo sabe que éramos amigos de Jacinto. ¿Con quién van a hablar si no?

—Pero la guardia civil...

—Lo saben.

—¿Qué es lo que saben? —el chico apenas si tenía voz.

—Que Jacinto se ha matado.

—¿Y... qué les has dicho?

—Todo.

Los ojos de Miguel Ángel se desencajaron. La tur-

bulencia exterior enlazó con la interior. Su corazón empezó a latir tan fuerte que le zumbaron los oídos, las sienes, y los ojos se le llenaron de lucecitas.

—Cecilia... —balbuceó.

—Ya no podemos seguir callando —la muchacha le cogió las dos manos—. Jacinto ha muerto porque nosotros también lo hicimos.

—¡Él no quería que nadie supiera...!

—Teníamos miedo, Miguel Ángel.

—Dios... ¿Sabes lo que nos harán? —gimió asustado.

—Ya nada.

—¿Cómo puedes estar segura?

—Porque se acabó, ni ellos podrán tocarnos ni les será fácil puesto que van a detenerlos.

—¡Cecilia, han venido a verme Salva y Segis! ¡Me han dicho que si hablo me matarán!

—¿Me has escuchado? —le presionó las manos para vencer su miedo—. La guardia civil sabe que Salva, Segis, Alan y el bestia del Cafre han estado torturando a Jacinto. Yo se lo he contado todo. Lo único que te pido es que si vienen aquí tú también lo hagas, aunque hoy ya no creo que sea necesario. ¡Vamos a ser libres! ¡Se acabó! ¡Jacinto no puede haber muerto sin más!

—¿Y si...?

—Por él —Cecilia le transmitió algo más que fuerza y calor. En sus ojos latía una profunda pátina de ternura—. Se lo debemos, Miguel Ángel, ¡se lo debemos!

¿Era posible volver a vivir sin miedo?

—Por favor... —suplicó Cecilia por última vez.

CUARTO GRITO

Las consecuencias

(Anochecer)

62

Salva no quería hablar con nadie, así que los intentos de los vecinos con los que se cruzó, ya en las inmediaciones de su casa, tuvo que abortarlos a base de apretar el paso o manifestar «que no podía detenerse» o «no tenía palabras».

De lejos escuchó una: suicidio.

De cerca otra a la que no prestó atención: carta.

Seguro que en su casa el ambiente sería de funeral. Por Jacinto, por «el mierda». Demasiado. No tenían ni idea. A lo peor, el muy imbécil terminaba siendo un héroe.

Salva sacó su propia llave del pantalón y la introdujo en la cerradura.

Debía ir con cuidado. Si les decía que Jacinto era un tío idiota le mirarían mal, dirían que carecía de sensibilidad, que siempre sería un bruto. Pero tampoco iba a ponerse a decir maravillas de él.

Su hermano Roque y el hermano mayor de Jacinto habían sido colegas.

Intentó no hacer ruido, pero ni estaba puesta la televisión ni pudo evitar el chasquido de la puerta al cerrarla. A los dos pasos se le aparecieron ellos.

Su padre, su madre, Roque...

No le gustaron sus miradas.

Ni aquello que transmitían sus rostros.

En especial el de su padre, porque su madre estaba llorando.

—Hola —dijo lleno de inseguridades mientras se frenaba en seco.

—Hijo...

El intento de ella fue abortado en seco por su marido.

—¡Calla!

El grito sonó como una descarga de alta tensión. A la mujer se le doblaron las rodillas y Roque tuvo que sostenerla. El hombre dio el último paso que le separaba de su hijo pequeño.

Salva empezó a sentir miedo.

Conocía aquella expresión.

—Papá, ¿qué...?

—¿Es cierto? —lo detuvo él.

—¿Lo de Jacinto? —intentó que su voz sonara lo más convincente posible—. Bueno, sí, lo han encontrado...

La bofetada le cruzó la cara.

Salva se quedó mudo.

—¿Es cierto? —repitió la pregunta su padre.

No hubo respuesta.

Salvo en sus ojos.

—¡Dilo! —tronó la voz del cabeza de familia.

Apenas si consiguió sostenerse en pie, como su madre. No tenía ni idea de qué había sucedido, cómo lo sabían, pero sí tenía una idea clara de lo que iba a suceder a continuación.

Su madre lloraba ya de forma desatada.

Y la nueva bofetada de su padre, no por esperada, le pilló menos desguarnecido.

Salva rebotó contra la pared antes de sentir que el suelo se hundía bajo sus pies.

63

La reunión familiar no era en el comedor, sino en la cocina. En el momento en el que Segis entró en ella, el cuadro se le antojó patético. No recordaba nada igual desde la muerte de la abuela, dos años antes. También entonces ellos estaban en la cocina, afectados, uno llorando desconsolada y el otro con el rostro extraviado, los brazos cruzados sobre el pecho y aquella mezcla de sorpresa y desconcierto aleteando como un pájaro de mal agüero en el rostro. Sólo faltaba su hermana.

Jacinto parecía extender sus alas después de largarse del mundo, como un fantasma.

A veces le llamaban eso mismo, fantasma.

—Siéntate, Segis —ordenó su padre.

Supo que él nunca le había mirado de aquella manera.

Porque no era una mirada, era una llamada de socorro.

—¿Os pasa algo?

—Siéntate.

Le obedeció. Ocupó una de las sillas, frente a su madre. También los ojos de ella eran diferentes, tan tristes, tan doloridos. Se le empequeñeció el ánimo ante la descarga de su lamento, que él percibía con toda claridad, igual que un alarido.

—¿Es por lo de ese del instituto?

«Ese del instituto».

—Se llamaba Jacinto Quesada —dijo su padre.

—Sí —asintió aún cuando no era una pregunta.
Otra pausa, muy leve. Las miradas pesaban ya como plomos suspendidos del aire.
—Hay rumores por todo el pueblo, ¿sabes, hijo?
—¿Qué clase de rumores?
—Dicen que Jacinto Quesada se ha suicidado.
—Ah.
Una vacilación.
—¿No tienes nada que decirnos?
—¿Yo?
—Hay una carta, Segis.
No entendió el sentido de aquella revelación.
—Ese chico la escribió antes de quitarse la vida
—continuó su padre.
—Segis, hijo... —musitó ella.
—Ahora no, Carlota —se lo reprochó su marido.
El sentido de lo que podía significar aquella carta se abrió paso en la razón del chico.
Una cuchilla de afeitar rasgándole la mente.
—Jacinto Quesada habla de los motivos de su acto, y da algunos nombres, Segis —acabó de decir su padre despacio.

64

Desde que se habían ido su marido y su hijo, Fernanda intentaba mantenerse en equilibrio.

Y no era fácil.

Una fuerza enorme tiraba de ella hacia abajo. Otra persistía, inundándole la mente. La tercera formaba vértigos, vientos huracanados que la agitaban y zaherían como si se tratara de un monigote animado. La idea de no volver a ver ni a escuchar jamás a su hijo fallecido chocaba frontalmente con la negación de la evidencia. Mientras había estado allí, cerca del cadáver de Jacinto,

su resistencia estaba cimentada en los otros tres pilares de su existencia: Gabriel, Patricio y Cosme.

Todo eso acababa de saltar por los aires con la irrupción de la verdad.

Jacinto suicidado.

Jacinto maltratado.

Ser y comportarse como una autómatas le impedía pensar al cien por cien, pero la ausencia de Gabriel y de Patricio actuaba igual que una cuña. Penetraba despacio en su conciencia.

—Mamá —la sacudió la voz de su hijo menor.

—¿Sí, Cosme?

—¿Adónde han ido papá y Patricio?

¿Se lo habían dicho? No estaba segura. ¿Al cuartelillo de la guardia civil? Tal vez.

Jacinto suicidado.

Jacinto maltratado.

Su hijo nunca había hecho daño a nadie, de eso estaba convencida. Amaba a los animales. Era capaz de abrir la ventana para que una mosca hallara la libertad antes que pensar en matarla. Su hijo era una buena persona, distinto de Patricio e incluso de Cosme. Patricio y su temperamento. Cosme y su agresividad.

Jacinto no.

—¿Mamá?

—Perdona, Cosme. Lo siento. ¿Qué decías?

—¿Por qué tenía que hacer eso Jacinto si nos tenía a nosotros y no estaba solo? —preguntó el niño.

Su madre extravió la mirada.

¿Le decía a Cosme que las personas pueden estar solas en mitad de una multitud?

¿Lo entendería a su edad?

La respuesta no llegó a producirse. La detuvo una presencia humana, una furia con forma de mujer que ella reconoció al instante a pesar del rostro descom-

puesto, los ojos enloquecidos y la figura rota por la tensión.

Jadeaba.

—¡Fernanda, Santo Dios... Fernanda, tu marido y tu hijo...!

La madre de Jacinto se puso en pie.

—¿Qué les pasa? —disparó sus últimas fuerzas.

Las palabras de su vecina Isabel la asaetearon una a una.

—¡Han ido a tu casa, han cogido la escopeta! ¡Yo los he visto salir! ¡Dios mío, Fernanda, están buscando a los Mateos! ¡Dicen que el Salva le hizo cosas a tu hijo... y que hay una carta...! ¡Todo el pueblo está en la calle!

65

En el cuartelillo de la guardia civil, Cipriano Galindo vio como Manuela Giner y Osvaldo Jiménez firmaban sus respectivas declaraciones. Un trámite cumplimentado. Lo que le quedaba era, sin duda, mucho peor.

Lo hubiera dejado para el día siguiente de no haber estado el pueblo tan agitado en aquella última hora. Para el día siguiente y para la vuelta del teniente.

—Gracias —les dijo a los dos profesores del instituto.

—¿Qué va a hacer ahora? —preguntó ella.

Había nombres. Cuatro nombres. Cuatro adolescentes más. Era un tema para la fiscalía de menores. Pero antes, por su propia seguridad, mejor sería tenerlos a buen recaudo y evitarse problemas. Tomarles declaración, ver a sus padres...

Las noticias podían volar muy rápido.

Tanto o más que la imaginación de las personas.

—Mañana estén localizables —no respondió a la pregunta—. En sus casas o en la escuela, ¿de acuerdo?

—Sí, sargento —Osvaldo Jiménez le tendió la mano.
—¿Qué va a hacer ahora? —insistió la profesora de lengua.

Cipriano Galindo sostuvo su mirada.

—Irá a por ellos, ¿verdad? —Manuela no se rindió.

—Anda, vámonos —su compañero tiró de ella.

—Sargento, esto es demasiado pequeño para que algo tan grande se mantenga bajo secreto de sumario o como lo llamen —se resistió la profesora—. Son unos indeseables, pero ahora los que están en el filo de la navaja son ellos.

—Esté tranquila y váyase a casa —él mismo les abrió la puerta del despacho—. Y gracias por su ayuda con esa chica, Cecilia. Reconozco que yo solo no lo habría conseguido.

Manuela vaciló por última vez. Osvaldo seguía tirando de ella. Finalmente cedió, rendida por la evidencia y porque allí todo estaba ya dicho y hecho. Soltó una bocanada de aire y se despidió del guardia civil de la misma forma que su compañero, estrechando la mano derecha del agente de la ley.

La puerta se cerró tras ellos.

Cipriano Galindo también soltó una bocanada de aire.

—¡Morales! —llamó.

Pensó que el número de la guardia civil estaba detrás de la puerta, porque esta se abrió coincidiendo con su grito. Luego comprendió que era por azar, que su hombre a lo que iba era a comunicarle algo.

Y urgente.

—Hay que enviar a todos los agentes de que dispongamos a casa de cuatro chicos, y cuanto antes —empleó su autoridad para imponerse a la prisa del hombre.

—Ahora mismo sólo estamos Ureña, usted y yo, mi sargento —le anunció su hombre, sin moverse del quicio

de la puerta, antes de añadir—: ¿Cuatro chicos del instituto?

—Salvador Mateos, Segismundo Garrido, Alan Gao y Carlos Freser, sí. Tengo las direcciones aquí. Habrá que traerlos con sus padres.

—No hará falta que vayamos a por todos, mi sargento —Morales recordó el motivo de su urgencia—. Uno de ellos está aquí: Segismundo Garrido, y con sus padres. Es lo que venía a decirle cuando me ha llamado. Les he metido en el despacho del teniente, por si acaso.

Fue tan inesperado que tardó en reaccionar.

En el mismo instante, por detrás, surgió la cabeza de su otro hombre disponible, Ureña. Y también él tenía prisa.

—¡Sargento, han llamado diciendo que el padre y el hermano del chico muerto van por la calle armados y se dirigen a casa de una familia llamada Mateos! ¿Qué hacemos?

Cipriano Galindo se olvidó del resto.

—¡Usted, Morales, ocúpese de los Garrido! ¡Vamos, Ureña, cagando leches!

66

Gabriel Quesada se detuvo en mitad de la calle, con su hijo Patricio a un lado.

La escopeta, de dos cañones, la llevaba el padre de Jacinto y apuntaba al frente, sin vacilar.

Cuando ellos quedaron inmóviles, la docena de personas que los seguía a distancia también dejó de caminar. No había tráfico. Apenas se lo habían encontrado en el camino. Una ciudad fantasma habitada por rostros espectrales que eran como farolas alumbrando el comienzo de la nueva oscuridad. Nadie se atrevía a dar el paso decisivo hacia ellos. Los dos cañones del arma los habían barrido al comienzo, como advertencia.

Ellos y los ojos de su portador, capaces de todo.
No había hecho falta más.

—¡Salva!

Se percibió un movimiento al otro lado de una ventana. La cortina tembló imperceptiblemente.

Gabriel Quesada repitió su grito:

—¡Salvador Mateos, sal aquí!

Nuevos rostros se sumaron a los primeros, hombres y mujeres temerosos y asustados, vecinos, conocidos, amigos. El centro de sus inquietudes continuaba representándolo el arma.

La puerta de la casa se abrió.

Y por ella aparecieron dos hombres.

Acompañados por un desgarrador gemido de mujer.

El padre y el hermano de Salva se quedaron bajo el marco de la puerta, sin dar un paso más. En el interior, además del muchacho, la madre no debía de estar sola. Se escuchó un forcejeo. Otra clase de tensión.

—¡Vete, Gabriel! —pidió el dueño de la casa.

—¡No tengo nada contra ti, Mauricio, pero haz que salga tu hijo!

—¿Estás loco?

—¡Dile que salga o será peor para...!

—¡Tienes dos cartuchos! ¡No puedes matarnos a todos!

—¿Sabes lo que le estaba haciendo a mi hijo?

La pregunta se quedó sin respuesta. Por encima del breve silencio, Patricio y Roque se buscaron y se encontraron. Sus miradas vacilaron un instante.

—No voy a dejar que hagas daño a mi hijo —habló de nuevo Mauricio Mateos con más calma.

—¿Daño? ¿Y Jacinto, qué? —ahora las palabras se le atragantaron—. ¡Lo ha matado él!

—¡No!

—¡Como si lo hubiera hecho! ¡Tú no sabes nada!

—Sí lo sé —asintió el hombre atravesado por un rictus de cansancio y dolor—. Pero ahora todos estamos

ofuscados y... —se llevó una mano a los ojos y pareció que estaba a punto de llorar.

—Patricio —se escuchó entonces la voz de Roque—, son cosas de críos y lo sabes. Tú y yo hacíamos lo mismo, ¿o lo has olvidado?

—¡Cállate, Roque!

—No hagamos de esto un baño de sangre...

—¡He dicho que te calles!

Nadie esperaba que Patricio intentara coger la escopeta de manos de su padre.

67

La empujaba el odio, el miedo, todo menos la reflexión o la piedad. Pero mientras corría, ya sin aliento, agitada hasta superar el agotamiento, Fernanda sólo repetía dos palabras:

—¡No, Dios... no! ¡Dios...! ¡No, no, no!

Creía no moverse, que las casas eran las mismas, que sus pasos no la hacían avanzar, como en las pesadillas más atroces, hundida en la tierra que la devoraba. Creía que el tiempo corría a la velocidad de la luz y se le burlaba en la cara. Creía que la sangre inundaría el pueblo entero y aunque la quería, la temía.

Porque no sólo sería sangre de los Mateos.

Odio y miedo. Odio y miedo. Odio y miedo.

Todo ese odio desapareció al llegar a su destino.

El miedo se agigantó.

En la puerta de su casa vio a Mauricio Mateos y a su hijo Roque. En mitad de la calzada a su marido y a su hijo Patricio.

Forcejaban por el arma que el primero sostenía entre las manos, aunque ya quedaba poco por hacer porque ni siquiera Patricio, con sus 19 años, había podido con su padre.

Gabriel Quesada se deshizo de su hijo.

Y apuntó de nuevo a los dos hombres que protegían la entrada de la casa.

—Ya basta, Mauricio —anunció.

—No dejaré que le haga daño. Tendrás que matarme a mí.

—Sólo quiero llevarlo a que vea a mi hijo, y después al cuartelillo.

—No, Gabriel —el padre de Salva movió la cabeza de lado a lado—. Tú no quieres eso y lo sabes. Deja que...

—¿Dejar? ¿A quién? ¿Por qué iba a dejarlo? ¡Lo ha matado él, como si hubiera disparado sobre su corazón! ¡Lo ha hecho y ha de pagar por ello!

Levantó la escopeta.

Roque Mateos hizo un gesto, para protegerse. Su padre no.

Fernanda habló entonces.

—¡Gabriel!

Su marido miró hacia ella. Caminaba despacio, a su encuentro, a unos cinco metros.

No dejó de apuntar a Mauricio Mateos y a su hijo mayor.

—¡Vete! —le ordenó a su mujer.

Tres metros, dos, uno.

Fernanda se puso delante de los dos cañones.

—Ya he perdido un hijo —le dijo con una extraña entereza—. No quiero perder otro —señaló a Patricio—, ni tampoco a ti.

—¡Apártate!

Fernanda no se movió.

A su marido le bastó con verle la cara.

—¡Por Dios! —estalló desmoronándose—. ¿No has leído esa carta?

La mujer puso una mano en los cañones de la escopeta. La escena volvía a estar paralizada. El único mo-

vimiento se detectó en ellos, en sus ojos, la crispación del dedo de Gabriel Quesada en el gatillo de su arma.

Fernanda era una máscara.

—Jacinto no quería esto —fue lo último que le dijo a su marido.

El coche de la guardia civil aulló calle arriba en el momento en que ella tomaba la escopeta de manos de su marido.

68

Alan escuchó el ulular de la sirena.

Como en las películas, pero allí, en el pueblo.

Por entre los árboles vio la línea del mar, y cerca, bajo los riscos agrestes y llenos de vegetación que se deslizaban abruptamente hacia las aguas, escuchó el sonido de las olas rompiendo contra las rocas. Era un día apacible, calmado, sin temporal ni viento. Aun así, el sordo rumor de aquella eterna ida y venida dominó el ambiente, se impuso al silencio y a la lejana sirena, que calló de pronto.

Sólo quedó el mar.

Llegó hasta la cumbre y escrutó la profundidad del abismo.

Vio la espuma blanca a sus pies.

Cambiante, igual que un cuadro sin forma, abstracto, lleno de poder y de magia.

¿Dónde había leído que ese abismo ejerce un atractivo hipnótico sobre las personas, que por esa razón algunos se asomaban a un balcón o a la vía del tren y pensaban en echarse abajo antes de retroceder, asustados?

En algún libro de la clase de la señorita Manuela, seguro.

Alan se quedó mirando aquella inmensidad.

El horizonte recto, la tierra rota.

El acantilado, a su izquierda, a menos de trescientos metros.

No podía verlo, pero estaba allí, al otro lado de los árboles. Probablemente algunos ya habrían puesto flores y velas, recordando a Jacinto. Probablemente hubiera personas rezando. Siempre había alguien que rezaba. Probablemente alguien propondría volarlo, como la última vez, años atrás.

El día declinaba tan rápido...

Y en la hora del anochecer, bajo la penumbra que empezaba a igualar los colores y las formas, tiñéndolos a ellos de gris y a ellas de fantasías, Alan se sintió como el día.

Como la noche.

En el momento de la fusión total.

Pensó en Cecilia, en Jacinto, en sí mismo, y supo qué hacer.

Tan sencillo.

Después de todo, ¿y si era el auténtico sentido de todo lo que había sucedido?

Alan esbozó una sonrisa.

De pronto lo veía todo tan claro...

69

La sirena había estado a punto de hacerles retroceder. No lo habían hecho y ahora se alegraban de ello.

Lejos del pueblo, aunque su presencia fuera constante a sus espaldas, todo parecía mucho más asimilable, como si la naturaleza tuviera sus propias normas y protegiera a quienes buscaban en ella un poco de amparo y unos minutos de paz.

Por desgracia, sus pensamientos sí seguían allí detrás, pegados a las huellas del camino.

—¿Qué les ocurrirá? —preguntó Manuela.

—Serán expulsados del instituto, se les pondrá un tutor que les atenderá un par de horas cada día a cada uno y por separado, estudiarán por su cuenta, en casa... No sé, depende de muchas cosas, y también de lo que haga la fiscalía de menores o la comisión de menores del Consejo General del Poder Judicial. Porque no dejan de ser eso, menores de edad, y la ley dice que siguen teniendo derecho a una educación.

—Pero si no son conscientes de lo que han hecho, ¿de qué sirve lo otro, cualquier acción que se emprenda?

—Es trabajo de los psicólogos —reflexionó Osvaldo—. La violencia escolar tiene muchos paralelismos con la violencia de género. La falta de cultura crea monstruos. Y sabes que no me refiero a la falta de cultura por no estudiar, que no se trata sólo de eso. Esos chicos que no tienen referentes, que creen saberlo todo y han perdido hasta la curiosidad... No tienen nada. ¿Qué les queda después? Una vez me encontré a uno de los que me pegaba de niño. Su vida había sido una mierda, con perdón. En el paro, divorciado... El que pega de niño, pegará de mayor a su mujer y a sus hijos. Y la rueda sigue. Este país necesita una dosis de cultura en todos los sentidos.

—Antes, en el coche, le has dicho al sargento Galindo que sólo un tercio de las familias tiene capacidad para socializar a sus hijos. Estás muy enterado de esas cosas.

—Lo intento. Supongo que son secuelas de lo que me pasó de niño —reconoció Osvaldo.

—Sin embargo tú, yo, nadie ha querido ver lo que estaba pasando con Jacinto Quesada.

—No puedes ser tan crítica.

—Lo soy. Estaba delante de nuestros ojos pero...

El profesor de ciencias miró las puntas de sus za-

patos. El anochecer era tan hermoso como claro. Se acercaban a la costa. Se escuchaban las olas rompiendo contra las rocas.

—Puede que cuando has sido un niño agredido, nunca estés preparado para enfrentarte a eso, ni de adulto. Algo se te colapsa muy adentro. De hecho... sigues teniendo miedo. ¿Quién espera que algo así pase en tu escuela, en tu clase?

—¿Crees que la familia, o nosotros, somos los únicos culpables?

—Hay más factores. Hace 50, 40 años, la Iglesia tenía un poder moral que hoy ha perdido mayoritariamente —reflexionó Osvaldo—. No diré que fuera una influencia mejor o peor, pero existía. Las familias han cambiado y han perdido autoridad. En el fondo, los hijos piden una cierta disciplina, incluso para reafirmar su rebeldía. En cuanto a nosotros... Formar personas que tengan una cabeza capaz de discernir lo importante de lo accesorio ha dejado de ser importante. La escuela ha dimitido totalmente en este sentido. Necesitamos más filosofía y menos tecnología.

—Es curioso —musitó Manuela—. Tanto tiempo juntos y nunca te había oído hablar así.

—Bueno, es en el instante previo a que te despeñes barranco abajo a la salida de una curva cuando tu vida pasa ante ti, o eso dicen, ¿no?

Ella se detuvo y él lo hizo a su lado. El resplandor del pueblo seguía quedando atrás. Por delante, el mar, las peñas abruptas, el acantilado.

Era como si volvieran, sin darse cuenta, al ojo del huracán.

—Mañana esto será una locura —Manuela no ocultó el punto de dolor—. Nos invadirán los medios informativos, saldremos en todos los telediaris, los periódicos hablarán de Jacinto y de su historia... Y nosotros tendremos que seguir adelante, con nuestra culpa.

—Sigues siendo dura.

—Nuestra culpa —lo repitió—. El grado es lo de menos. A veces las cosas nos pesan tanto que renunciamos, sin darnos cuenta. Y otras bajamos la guardia por la misma razón. Y basta una leve dejación para que ya nada sea igual. No fabricamos tornillos, Osvaldo: educamos mentes.

—Lo intentamos, y no es fácil.

—Fue nuestro compromiso cuando aceptamos ser maestros, ¿no?

Osvaldo reanudó el paso, en dirección al acantilado.

Manuela tardó un par de segundos en hacer lo mismo y ponerse a su altura.

Dos perros solitarios, buscando el olor perdido después de la tormenta. La sensación le hizo estremecer. Observó a su compañero de reojo. En un día le había conocido más que en todos aquellos años.

Y si no le conocía a él, ¿cómo intentarlo con treinta chicos y chicas en una clase, cada uno con su mundo, su intimidad, su vida a cuestas?

70

Cipriano Galindo recordó la presencia de Segismundo Garrido y sus padres en el cuartelillo al llegar a sus inmediaciones. Lo que menos quería era que Salvador Mateos y los suyos se cruzaran con ellos y se vieran. Y todavía quedaban los otros dos.

Habría que empezar a hacer magia.

—No los baje del coche hasta que yo esté dentro, ¿de acuerdo?

—Sí, mi sargento —asintió su hombre.

Detuvo el vehículo oficial en la entrada y se apeó sin decir nada más. Morales salió a su encuentro. No hubo saludos, sólo un intercambio rápido de palabras.

—Han venido a declarar, insisten en que voluntariamente, pero quieren hacerlo con quien esté al mando.

—Que nadie entre en ese despacho, ¿de acuerdo? Ayude a Ureña con los Mateos.

No se detuvo. Llegó al despacho del teniente y sin llamar a la puerta la abrió. Al otro lado se encontró con un silencio cargado de tensiones. El padre y la madre estaban sentados en las dos sillas, frente a la mesa. El muchacho permanecía de pie, inexpresivo, apoyado en la pared. Un chico normal y corriente, como tantos.

Costaba imaginárselo golpeando a alguien.

—Buenas noches —se presentó—. Soy el sargento Galindo.

—Ricardo Garrido —el hombre se levantó rápido—. Mi esposa Carlota y mi hijo Segis.

Les estrechó la mano a ellos, los padres. Segis no se movió de donde estaba. La presencia del uniforme había disparado la palidez en su semblante. El rostro del hombre estaba serio. El de la mujer atenzado.

—Ante todo —volvió a hablar Ricardo Garrido—, quiero que conste que hemos venido voluntariamente —dijo las mismas palabras que le acababa de referir Morales al llegar—. Imagino que esto se tendrá en cuenta.

—Nadie ha acusado a su hijo de nada —mencionó el guardia civil.

—Pero se tendrá en cuenta.

—Es posible —concedió—. Sea como sea, y según lo que tengan que decir, deberían llamar a un abogado.

—¡Ay, Señor! —musitó ella.

—¿Por qué? —el padre de Segis se envaró—. Conozco los rumores que corren por el pueblo y puedo asegurarle que mi hijo me lo ha contado todo y él no fue. Los que pegaban a ese chico eran Salva Mateos, Carlos Freser y Alan Gao. Segis es el mejor amigo de Salva, sí, pero está dispuesto a jurar que fueron ellos, que él siempre intentó ser justo, tratar de... Bueno, puede que al-

guna vez le empujara, en broma, como hacen todos, pero de ahí a pegarle...

—¿Estás dispuesto a declarar esto? —Cipriano Galindo buscó los ojos que Segis se empeñaba en rehuirle. El chico los mantenía pegados al suelo.

Allí, solo, se le veía tan desguarnecido.

—¡Contesta! —le gritó su padre provocando su sobresalto.

Y lo hizo.

—Sí, claro.

El sargento de la guardia civil continuó mirándolo con fijeza.

Pero Segismundo Garrido no levantó los ojos para enfrentarse a él.

71

Cafre se movía por su habitación como un perro enjaulado.

No quería estudiar. ¿Para qué? Lo más seguro es que al día siguiente no hubiera escuela tampoco. Y de todas formas, el futuro era el bar. Por lo tanto... ¿Qué más le daba estudiar? Lo malo era que tampoco quería jugar con la videoconsola, ni ver la tele, ni hacer nada.

Sólo moverse, no quedarse quieto.

Necesitaba a los otros, a Salva y a Segis. Incluso a Alan.

Con ellos se sentía bien, era alguien, formaba parte de algo.

Con ellos nada importaba, la vida era un juego, el tiempo se detenía, podían comerse el mundo, se reían, vivían a tope. Salva era genial. Salva era el mejor de los colegas. Y también Segis.

Se llevó una mano a la cabeza. Le dolía. No tanto como otras veces pero le dolía. ¿Por qué su padre tenía

que darle siempre en la cabeza y de la peor de las formas? Aquel zumbido...

En el fondo odiaba el bar.

Lo odiaba porque estaba atrapado, unido a él.

—Mierda... —se apoyó en la ventana.

Permaneció en silencio unos segundos, tal vez diez. Y fue ese silencio el que le hizo escuchar los pasos al otro lado de la puerta de su habitación. Unos pasos que sonaban distintos a los de su madre o su padre en solitario. Unos pasos extraños, fríos...

Nadie llamó.

Cuando se volvió, mitad temeroso mitad curioso, lo primero que vio con la puerta abierta fue a su padre, muy serio, pero inmediatamente detrás destacaron los uniformes de los dos guardias civiles.

Entonces reaccionó.

Volvió a la realidad.

Y dijo:

—¿Qué pasa? Sólo estábamos jugando.

72

Miguel Ángel dejó de mirarse en el espejo del cuarto de baño cuando ya no pudo más y tuvo miedo de sus propios ojos y de su rostro.

Aquel desconocido...

Recordaba a Salva y a Segis, su propuesta. Recordaba la visita de Cecilia, sus palabras. Recordaba a Jacinto.

Y frente al espejo lo único que veía era a un niño asustado y gordo, gordo, gordo.

¿Hasta cuándo?

Salió del cuarto de baño y regresó a su habitación. La casa estaba tan silenciosa, tanto, que pensó que sus padres se habían ido. Se hablaba de una manifestación.

Pero sus padres estaban allí.

El silencio también hablaba.

No llegó a entrar en el único lugar del mundo en el que se sentía seguro y a salvo, las cuatro paredes de su cuarto. Se detuvo en la puerta y pensó en el chico del espejo, su otro yo.

Y allí, en tierra de nadie, lo vio claro.

La respuesta.

A todas las preguntas.

Salva y Segis. Cecilia. Jacinto.

Los dos primeros ya no podían hacerle daño. No después de la muerte de Jacinto. Y si no podían hacerle más daño era porque Jacinto le había dado la libertad, un don, algo que debía aprovechar. Ellos perdían. Salva y Segis fracasaban.

Entenderlo, de pronto, le aceleró el pulso.

Y estaba Cecilia.

Su valor.

Otra puerta abierta.

Miguel Ángel volvió la cabeza hacia el silencio, hacia la sala en la que sus padres consumían su propio dolor. Descubrió que también les tenía a ellos, que los quería y le querían. Todo en un segundo muy rápido.

—De acuerdo, Jacinto —susurró débilmente.

Cuando se asomó a la puerta de la sala, ellos parecían estarle esperando, o haber escuchado el rumor de sus pasos. Su padre le ofreció un rostro apacible, amigo. Su madre, la huella de un dolor situado en otra dimensión. Lo último que vio Miguel Ángel en su mente fue la sonrisa de Jacinto, pero lo que más sintió fue la huella de la mano de Cecilia en su brazo pidiéndole valor.

Por primera vez.

—Papá, mamá, quiero hablaros de algo —dijo el chico entrando en la sala y en su vida para siempre.

